

LA CULTURA AL PUEBLO

131

304
F18
304
F18
6

Ciencia Propia y Colonialismo Intelectual

304
F18
6
304
F18
6

por

ORLANDO FALS BORDA

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

304
F18
6

SEGUNDA EDICION
1971

304
F18
6

Primera edición, 1970

Derechos reservados conforme a la ley

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Avenida Universidad 771
Despachos 402 y 403
México 12, D. F.

Segunda Edición, 1971
Impreso y hecho en Colombia

Distribución conjunta en
América Latina:
Nuestro Tiempo - Oveja Negra

© Editorial Oveja Negra
Apartado Aéreo 23940
Bogotá, Colombia

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	7
Introducción	9
1. El Reto de Rockefeller	11
2. ¿Es Posible una Sociología de la Liberación?	22
3. La Crisis Como Concepto Integrante de la Liberación	32
4. La Crisis, el Compromiso y la Ciencia	40
5. Antecedentes de una Idea	77
6. Casos de Imitación Intelectual Colonialista	94
7. Un Caso Trascendental de Colonialismo Intelectual: la Política Cooperativa en América	101
8. El pro y el Contra del Reto	134

PRESENTACION

El sociólogo colombiano Orlando Fals Borda ha participado activamente en reuniones sobre temas de ciencias sociales. En cada una de ellas —con naturales desenvolvimientos— ha insistido en la perentoria necesidad de que los pueblos subdesarrollados, sobre todo los de América Latina, den los pasos necesarios para contar con una ciencia propia y desembarazarse de la calca, el remedo de ciencia y tecnología procedente de la metrópoli imperialista.

El propósito no se informa exclusivamente en afanes nacionalistas: Fals Borda pone en relieve por medio de su trabajo todo lo que de comprometedor para la independencia de los pueblos, y todo lo que de rémora para el adelanto científico se implica en la importación de ciencia y técnica que sobre llegar a los países importadores deteriorada y con escaso rango, trae declaradamente la intención de someter, deformar la cultura y, en suma, aumentar la dependencia.

A quienes replican que la ciencia es costosa y sólo los países desarrollados pueden pagarla y fomentarla, tanto el autor como otros científicos sociales latinoamericanos contestan que no se trata de copiar el modelo de la ciencia y tecnología de lujo, despilfarro y consumo, sino al contrario de crear una modesta, con metas claras y precisas en que la interdependencia de muchos científicos de diversas áreas, y su trabajo en equipo, logren subsanar la escasez de recursos a la vez que acercar la era de auténtico paso de los pueblos subdesarrollados a mejores niveles de convivencia.

Una ciencia de ese cariz es por fuerza militante y está destinada al pueblo. De ahí que *Nuestro Tiempo* haya decidido publicar este libro en una nueva colección, "La Cultura al Pueblo", con características de contenido, impresión y de otra índole apropiadas para hacer efectivo el enunciado de su título.

FEDERICO GARCÍA

compartir un nivel de libertad económica y política. El
 el sistema colonial de control sobre los recursos de producción
 del sistema de explotación de los recursos naturales de una zona
 económica, sobre el tipo de producción agrícola y el tipo de
 tecnología que se utiliza, sobre el tipo de productos que se
 producen y sobre el tipo de mercados que se abren para
 los productos, sobre el tipo de relaciones que se establecen
 entre los productores y los consumidores, etc.

esta es una característica esencial de la ciencia
 de la cultura popular, que se diferencia de la ciencia
 tradicional en que esta última se ocupa de la
 producción de bienes materiales, mientras que esta
 última se ocupa de la producción de bienes culturales.
 La ciencia popular es una ciencia que se ocupa de
 la producción de bienes culturales, que se diferencia
 de la ciencia tradicional en que esta última se ocupa
 de la producción de bienes materiales.

La ciencia popular es una ciencia que se ocupa de
 la producción de bienes culturales, que se diferencia
 de la ciencia tradicional en que esta última se ocupa
 de la producción de bienes materiales.

La ciencia popular es una ciencia que se ocupa de
 la producción de bienes culturales, que se diferencia
 de la ciencia tradicional en que esta última se ocupa
 de la producción de bienes materiales.

La ciencia popular es una ciencia que se ocupa de
 la producción de bienes culturales, que se diferencia
 de la ciencia tradicional en que esta última se ocupa
 de la producción de bienes materiales.

La ciencia popular es una ciencia que se ocupa de
 la producción de bienes culturales, que se diferencia
 de la ciencia tradicional en que esta última se ocupa
 de la producción de bienes materiales.

INTRODUCCIÓN

La América Latina sigue sujeta a presiones críticas de todo género. Los ensayos del presente tomo responden a la necesidad de articular alguna respuesta intelectual, con consecuencias prácticas, a las urgencias existentes.

Se dirigen, en especial, a los profesores y colegas y a los jóvenes universitarios de varios países cuyas preocupaciones son convergentes con los temas aquí tratados. Espero que encuentren estímulo en las ideas que esbozo.

Quiero agradecer a todos los amigos que me han ayudado a reorientar mi pensamiento y mi vida en estos últimos años, y que así han hecho posible que preparase este libro, dentro de la permanente crítica que debe distinguir a todo intelectual. En especial a mi esposa María Cristina, que ha compartido tantas de mis preocupaciones e ilusiones.

Orlando Fals Borda

Ginebra, Suiza
Enero de 1970

EL RETO DE ROCKEFELLER

Las declaraciones políticas pueden tener consecuencias para el desarrollo científico y cultural. La relación de ambas esferas, ya se sabe, no es tan desinteresada, ni la ciencia permanece virgen en su torre de marfil cuando reclama para sí una neutralidad teórica ante los problemas que la asedian.

En efecto, la orientación de los trabajos científicos —lo que pudiera definirse como la producción técnica y cultural de un pueblo— depende de ciertas directrices políticas que definen prioridades, conceden recursos y canalizan la fuerza del trabajo intelectual. La ciencia y su producción dependen en gran medida de los marcos políticos: éstos pueden reducirla, eliminarla, como también estimularla y reorientarla para servir mejor los intereses nacionales. Lo que es la política viene a reflejarse en la ciencia; y ésta no se convierte en elemento dinámico —de liberación, de fuerza, de originalidad— sino dentro de las pautas fijadas por los encargados de aquélla.

Estas reflexiones vienen al caso de hacerse público el informe del delegado presidencial de los Estados Unidos, el gobernador Nelson A. Rockefeller, sobre la situación de América Latina. (*Quality of Life in the Americas*, reproducido por la AID, Washington, DC, noviembre de 1969).* Es un informe que se dirige naturalmente a fo-

* Este capítulo tiene como punto de partida la presentación crítica que hice en el coloquio-debate sobre "El Informe Rocke-

mentar una nueva política exterior hacia los países latinoamericanos, pero que no se detiene ahí, sino que al aplicarse va a acarrear consecuencias de la mayor entidad para el desarrollo científico y cultural de estos países. Destaca un elemento político que es al mismo tiempo un reto para los intelectuales y científicos latinoamericanos: lo que queda en juego es saber si se quiere desarrollar una ciencia y una cultura propias al sur del río Bravo, o si se quiere copiar, sin discusión y casi a la fuerza, el patrón de cultura y técnica anglosajón, lo que llevaría a una imposición política externa y a una ampliación automática de los mercados de los Estados Unidos en América Latina.

Estudiemos este problema, primero desde dentro y luego desde fuera del sistema. Cierta tipo de ciudadanos minoritarios de los Estados Unidos —la clase media alta, los grupos empresariales— no veían nada grave en tales propuestas, que juegan de manera tan clara con lo que ellos mismos han definido como “destino manifiesto”. No obstante, un estudio más a fondo de las propuestas del informe revela cuánto se oponen éstas a los ideales más valorados, no sólo por los rebeldes, sino por la gente común y corriente de aquel país (la “mayoría silenciosa” que sigue yendo a las peluquerías cada quince días, los normales o *squares*), ideales que muchas personas, de dentro y de fuera, aprendieron a respetar y admirar especialmente durante sus estudios en los colegios del *Middle West*.

Así, para ellos debe ser frustrante —por lo menos— constatar cómo las siguientes posiciones que aparecen en el informe Rockefeller contradicen aquellas tradiciones valoradas del pueblo norteamericano:

1. Reforzar los gobiernos existentes en la América Latina, así sean dictatoriales y represivos. Obviamente, ello va en contra de las reglas ideales de la democracia norteamericana que conceden poder preferencial a la comu-

—feller y el futuro de América Latina”, organizado por Josué de Castro en el *Centre International pour le Développement*, París, 19 de diciembre de 1969.

nidad de gentes y a su expresión directa, no a los gobiernos seccionales.

2. Defender y favorecer a los grupos poderosos tradicionales, gobernantes, de la alta industria y del comercio (con los cuales se ligan intereses de empresas de los Estados Unidos), así se agrande la distancia entre ellos y el resto de los grupos sociales y económicos, se aumente el desempleo y la pobreza y se mantengan salarios de hambre. Esto contradice la creencia norteamericana en la igualdad de oportunidades que ofrecerían el individualismo bien entendido, la libre empresa clásica y la educación universal y popular.

3. Combatir, ciega y cerradamente, a Cuba y los países socialistas, así como a las fuerzas revolucionarias del cambio social y económico que se acepta como necesario. Esto olvida la tradición revolucionaria y el ideal de progreso y bienestar colectivo que han animado al pueblo de los Estados Unidos desde hace varios siglos, en los que han intervenido fuerzas tan disímiles como el puritanismo, el socialismo y el utopismo, para llegar al pluralismo y la tolerancia actual en teoría).

4. Fomentar una política de violencia reaccionaria que lleva a reforzar ejércitos y aun imponerlos donde antes no existían (como en Costa Rica y Uruguay), siendo que el ejército mismo no se institucionalizó en los Estados Unidos sino en este siglo, en contra de las convicciones de grupos mayoritarios y religiosos. (Los ejércitos se usaron para defender o combatir los intereses imperialistas durante el siglo XIX. En el presente, no habiendo amenaza externa al hemisferio, ni popularidad para guerras nacionalistas locales, los ejércitos no se necesitan sino para reprimir movimientos internos y para la "contrainsurgencia" a que se refiere el punto anterior.)

En términos generales, un creyente en las tradiciones democráticas históricas de los Estados Unidos esperaría: 1) que la política exterior de este país apoyara la lucha por la libertad y la autodeterminación de los pueblos, y

2) que pusiera los inmensos recursos y el poder del pueblo norteamericano al servicio de las transformaciones significativas que se saben necesarias para levantar el nivel de vida de los pueblos subdesarrollados, destruyendo las bases de sustentación de las minorías explotadoras.

Pero he aquí que, por el contrario, en el Informe Rockefeller prevalece una posición macartista que distorsiona la verdad de la crisis sociopolítica que agita al continente latinoamericano, y que lleva a colocar el poderío de las mayorías norteamericanas precisamente al servicio de tales grupos oligárquicos explotadores, que actúan en escala nacional e internacional.

Puede verse, en fin, cómo éste es un error trágico que quiere detener el ritmo de la historia moderna, que protocoliza una imagen conservadora de los Estados Unidos y de su pueblo y corroe la esencia misma del "sueño americano", haciendo recaer en ese país la profecía que hiciera Metternich en la década de 1820 sobre la amenazante subversión americana a las monarquías europeas. Sólo que se truecan los papeles: el nuevo Imperio Austro-Húngaro que defiende a los reaccionarios del mundo y que actúa en contra de los subversores que quieren una sociedad mejor resultan ser ahora los mismos Estados Unidos.

Los peligros que para América Latina surgen de esta política reaccionaria y de minorías privilegiadas son muy grandes. En pocas palabras, el Informe Rockefeller exige la homogeneización del hemisferio occidental bajo la égida de los Estados Unidos, como única manera de preservar y defender la seguridad interna y externa de ese país, es decir, de los intereses particulares de aquellas minorías. No concibe el progreso real del pueblo común latinoamericano, ni le preocupa, sino en función de la preservación del statu quo tanto en los Estados Unidos como en los otros países del hemisferio (menos Cuba). Así la idea de seguridad se torna negativa y egoísta. Sin decirlo expresamente, quiere que se haga un gran Puerto Rico de la América Latina, en el que no sólo se olviden las tradiciones culturales propias sino que toda la estructura eco-

nómica y social quede supeditada a la de los grupos minoritarios dominantes de los Estados Unidos.

Para convencer a sus lectores, el informe elabora temas como el del "interés mutuo" que dice ligar a los países del hemisferio (menos Cuba, cuya realidad echa por tierra los argumentos del informe y demuestra de paso las falacias en que se sustenta): hay, "problemas comunes", "beneficios comunes", "mutualidad de actividades", "relaciones especiales". La batería de términos para adornar el sofisma de la homogeneización hemisférica es muy impresionante, para concluir en que "la calidad de vida de un área del hemisferio está ligada indisolublemente a todo el resto", frase que aclara por qué hay tanta riqueza al norte del río Bravo mientras persiste la miseria al sur del mismo.

Si se hablara del hemisferio sur poniendo énfasis en las porciones tropicales y subtropicales, quizás estas tesis tendrían vigencia, dentro de la región. Pero pretender que haya una mutualidad de intereses entre los Estados Unidos y el resto de países pobres del área es una simpleza "interesada", que contradice toda la evidencia histórica, política, económica, social y cultural. No puede haber aspiraciones y necesidades comunes entre un pueblo dominante y otro dominado. No es posible hablar de metas comunes entre países que están en diferentes etapas de desarrollo económico (a menos que se plantee en términos de los grupos dirigentes consulares a que ya se ha hecho referencia).

Para vencer estas dificultades lógicas, el informe presenta la idea cristiana de la "hermandad" entre los países (ya no la simple "vecindad" que antes caracterizaba la política de los Estados Unidos en el hemisferio), y propone a la Organización de Estados Americanos (OEA) como mecanismo para realizarla. La idea es plausible y puede abonársele a Rockefeller como un buen deseo para defender los extensos intereses comerciales e industriales norteamericanos minoritarios, que ya no respetan fronteras. Pero no es fácil promover la hermandad entre naciones desiguales, y este esfuerzo lleva los peligros de la hipoc-

crecía cuando proviene del país dominante. Quizá funcione mejor en Europa, entre naciones más o menos homogéneas. En el hemisferio americano ello es tono de otro cantar. Aquí una verdadera "hermandad" no se concebiría con la miseria y la ignorancia de nuestros países, que han venido siendo explotados tan impunemente por otros "cristianos". No sería posible sin dejar a estos países pobres el control real de sus riquezas, recursos y materiales. No sería genuina si no se les permitiera a todos los países latinos articularse independientemente como un verdadero bloque económico y político, con voz y voto determinantes en los asuntos mundiales. En otra forma no sería la hermandad del que deja crecer a su hermano menor y con ello no se siente amenazado ni coartado, sino que experimenta alegría y complacencia.

Esperar todo ello del espíritu de "hermandad" que destilan el informe Rockefeller y los intereses minoritarios que representa sería demasiado. Esperarlo de la OEA sería todavía más ilusorio. Ya se han puesto a andar allí los mecanismos adecuados para implementar esta política. En efecto, en el campo cultural se creó el Consejo Interamericano Cultural, que acaba de reforzarse en 1969 en Trinidad, para convertirlo en un nuevo Consejo de la OEA para la Educación, la Ciencia y la Cultura. ¿Qué objeto tiene? Ningún otro que controlar el proceso de homogeneización hemisférica y fomentar los mercados internos para los productos norteamericanos. Comienza creando en Bogotá otro centro interamericano: el de periodismo científico y educativo, con el cual penetrar más en las masas y condicionar sus creencias, gustos y referencias. La amenaza es, pues, real e inmediata.

Pero tales ideas se encuentran abiertamente presentadas en el informe y deben estudiarse. No sería difícil aceptar, en principio, tesis de compañerismo, hermandad y amor entre naciones, en un mundo que bien los necesita. La imagen pública oficial de los Estados Unidos como potencia democrática y cristiana, aquella que se aprende en sus escuelas y universidades, podrá dar bases serias a

las tendencias filantrópicas. Pero desgraciadamente, aparte los síntomas preocupantes que en los últimos años han venido manchando y desvirtuando aquella imagen próspera, el informe Rockefeller y el Consejo de la OEA cierran ahora las posibilidades de elección libre y democrática de la política de "hermandad". Golpean así duramente a aquellos que aún podían esperar una marcha atrás en la política dogmática e inconsecuente que ha venido caracterizando al gobierno de los Estados Unidos ante los cambios estructurales del resto del mundo, y especialmente de la América Latina. El informe no deja alternativa: o se escoge la política de "hermandad" propuesta, con la OEA como madre y el *State Department* como padre, o se impone esta política a la fuerza, con represión de grupos progresistas (asimilables a comunistas, cubanos, cristianos, maoistas, sindicalistas, estudiantes y otros subversores y rebeldes locales con causa), represión que se haría a través de una política entreguista de grupos consulares, con intervención directa o indirecta del gobierno y el ejército de los Estados Unidos.

El resto es claro: hay que ser hermanos porque sí, bajo el toldo de la "democracia" anglosajona, en el campamento armado del anticomunismo y el macartismo fascistoide, y gozando del gran mercado internacional de consumo. En el fondo esto no es un reto sino una imposición. En consecuencia, invita a la rebelión justa. No cabe hablar aquí de una posición antinorteamericana. La reacción es normal y constituye una respuesta adecuada a una posición rabiosamente antilatinoamericana. El deslinde bélico se hace allá, no acá. Aquí se toma nota de las consecuencias de la violencia declarada que se institucionaliza en *tonton macoutes*, boinas verdes, tanques, gases y cámaras de tortura para reprimir la protesta justa y la justa rebelión.

No es posible ponerse honestamente de parte de esa represión, ni estar de acuerdo con tales contradicciones entre ideales y realidades, entre las palabras y los hechos. Ya es fácil ver las consecuencias nefastas de esa represión y de esas inconsecuencias en casi todos los países latinoameri-

canos. Si se lleva en esta forma a los latinos a escoger, por la coerción, entre el ya dudoso modelo anglosajón de la sociedad, el gobierno y la economía hemisférica y otro más nuestro, con cultura y técnica propias —así sea a medio cocinar, como el modelo mexicano o el boliviano, o en pleno impulso como el cubano—, no debe haber la menor duda en la elección. Es preferible responder al reto del trópico y del subtrópico con nuestros propios medios, concibiendo nuestras soluciones con nuestra propia ideología y utilizando y vigorizando nuestra cultura y sociedad, que seguir siendo una copia de segunda clase y un simple mercado de un pueblo extraño.

En este punto se dramatizan las consecuencias culturales, científicas y técnicas del Informe Rockefeller. La aceptación de este informe, como hemos visto, lleva a una alianza política de minorías represivas que condicionaría la producción técnica y científica de todos nosotros a través de una sutil o abierta penetración cultural. Nos induciría a seguir imitando, transfiriendo o comprando modelos y equipos, a mantener nuestros grupos de referencia (a quienes admiramos y respetamos) en las latitudes de la zona templada, a seguir recibiendo de ellos las normas científicas y los marcos "finales" de la ciencia universal.

Nada más fácil para nosotros que seguir la vía del mitosismo intelectual. Pero nada también más peligroso para nuestra identidad y supervivencia como pueblo. Hemos creído que ganamos el respeto universal repitiendo o confirmando científicamente lo que dicen los maestros de otras latitudes; en la realidad no ganamos sino la sonrisa tolerante y paternal de quienes hacen o imponen las reglas del juego científico, a su manera.

Así, es fácil ver cómo el Informe Rockefeller exige una vía política de entrega total que limita las posibilidades de expresión propia del intelecto latino. Pero su reto debe ser aceptado en lo que no espera: en el sentido de la independencia cultural, técnica y científica de América Latina, que llevaría también a la independencia política y económica de la región. Es tiempo de seguir un nuevo

rumbo y marcar un nuevo paso en el desarrollo de nuestros países.

Lo primero a que esto induce sería descartar nuestro complejo de inferioridad, sin necesariamente llegar al chovinismo ni dejar de tomar nota del desarrollo general de las ciencias. Lo segundo sería crear grupos de referencia dentro de nuestro propio medio, desplazando a nuestros antiguos colegas y maestros de otras latitudes, si fuere necesario; que habláramos más entre nosotros y para nosotros. Lo tercero sería trabajar arduamente con nuestros materiales y realidades, tratando de articular nuestras respuestas con fórmulas, conceptos y marcos de referencia de aquí mismo: ¿Que encajen o no en la corriente universal de las ciencias? Eso se verá. No hay razón alguna para pensar que los referees de la ciencia deban estar siempre en Oslo definiendo quiénes son los que deben ganarse los premios Nobel. Bien se sabe que hay maneras de ser universal siendo creador con lo que se tiene a la mano. Pero los temas no deberán ser los mismos que nos han impuesto o sugerido desde otras partes, sino aquellos que hallemos nosotros solos en función de las necesidades de nuestros pueblos.

Evidentemente, los años que siguen no serán fáciles para aquellos que escojan la vía de esta ciencia rebelde y subversiva: no habrá para ellos fondos ni fundaciones corrientes, ni cargos seguros, ni títulos pomposos, ni premios, ni prebendas. Habrán de ser así doblemente ingeniosos, porque tendrán que crear no sólo una ciencia insurgente sino una ciencia humilde, para pobres, una ciencia sencilla, sin diseños estrambóticos ni complicaciones innecesarias, pero útil para los fines que se persiguen. Esto no acarrearía graves pérdidas: históricamente es fácil ver cómo los grandes descubrimientos no se han dado en función del número de hombres de ciencia ni del monto de los dólares disponibles para la investigación y sus equipos materiales.

Pero la situación podrá cambiar a medida que el peso específico del trabajo científico pueda irse desplazando de

la zona templada a la zona tropical, como ocurriría si aquí se aceptase el reto de Rockefeller y se trabajase con ardor e independencia. Para llegar a esta meta habrá de seguirse la vía estrecha y difícil de la autodeterminación cultural y política y la de la dignidad del vergonzante. Es la ruta del anti-Informe, la que lleva a separarse del "destino manifiesto" de los Estados Unidos y de sus grupos consulares.

¿Qué esperanza queda entonces en cuanto al Coloso del Norte? No podemos ignorarlo, es cierto, y apena verle aislarse en su poderío filisteo, como una gran estatua de Baal. Puede que no sea mucho esperar que algún día se transforme internamente para que vuelva a merecer adhesión y admiración. Los imperios no pueden modificarse desde la periferia y deben experimentar los desafíos en su propio corazón. El de una América Latina independiente debería estimular ese replanteo interior que modificara los factores nacionales de poder y llevara a un nuevo tipo de sociedad en los Estados Unidos, a una sociedad menos canibalesca e imperialista, menos hipócrita e inconsecuente que la que hemos conocido. El informe Rockefeller acepta esta crítica. Falta ver si el ejemplo remozado de ese país, al que él incita, será suficientemente convincente como para que se vuelva a creer en los clisés de la "democracia en la libertad", en el "orden basado en la justicia", y aun en el protestantismo que exportó con sus misioneros y que ha resultado ser tan reaccionario en América Latina, factores que pudieran haber sido ángeles tutelares de aquella impresionante civilización.

Conversión a la izquierda y vigorización de los grupos progresistas e insurgentes de los Estados Unidos (dentro y fuera de las universidades, entre los negros, en las iglesias, en la juventud); término a la política colonial de la OEA; relevo o caída de los grupos consulares en América Latina; desarrollo de la autonomía cultural y científica; obtención de la independencia política y económica de la región. He aquí un programa de acción y una política general. El científico latinoamericano puede colaborar en

esta tarea al promulgar e imponer reglas adecuadas para una ciencia nueva, rebelde y comprometida con la reconstrucción social necesaria, concebida y efectuada, por lo menos, al nivel de la que nos ha venido "guiando" desde fuera. Es la tarea del momento, la que parece de mayor trascendencia y envergadura, la que definirá el futuro de la América Latina, como el todo que ya es y que empieza a articularse.

Ante el reto de Rockefeller, la vía propia de acción, ciencia y cultura es la única respuesta digna para una sociedad como la nuestra, que merece sobrevivir en el mundo y que debe ser defendida.

¿ES POSIBLE UNA SOCIOLOGIA DE LA LIBERACION?

La vía propia de acción, ciencia y cultura, como acaba de verse, incluye la formación de una ciencia nueva, subversiva y rebelde, comprometida con la reconstrucción social necesaria, autónoma frente a aquella que hemos aprendido en otras latitudes y que es la que hasta ahora ha fijado las reglas del juego científico, determinando los temas y dándoles prioridades, acumulando selectivamente los conceptos y desarrollando técnicas especiales, también selectivas, para fines particulares.

Hace apenas unos pocos años no era posible hablar en estos términos, escribir sobre una disciplina comprometida, ni mucho menos postular una ciencia rebelde y subversiva. He aquí que ésta parece ser una de las consecuencias de la agudización de la crisis de todo orden por la que pasa la América Latina. Las estructuras políticas, económicas, ideológicas y culturales sufren tensiones cada vez más fuertes, y estas tensiones sacuden y cuartejan las torres de marfil en que preferían acomodarse los científicos. No hay ahora escapatoria posible, y quienes salen de esas torres a respirar el aire del cambio tienen que hablar un nuevo lenguaje científico, y sobre temas inusitados, quizá espeluznantes, aparentemente anticientíficos, porque no encajan dentro del molde de lo *normal* que nos viene de otros territorios o de nuestros antiguos grupos de referencia.

Uno de esos campos nuevos para la sociología sería, indudablemente, el de la *liberación*, es decir, la utilización del método científico para describir, analizar y aplicar el conocimiento para transformar la sociedad, trastocar la estructura de poder y de clases que condiciona esa transformación y poner en marcha todas las medidas conducentes a asegurar una satisfacción más amplia y real del pueblo.

Ya pueden verse las arrugas en frentes venerables y las cejas ceñudas de los críticos que pertenecen a la tradición "respetable" de la ciencia internacional. ¿Una "sociología de la liberación"? ¿Dónde encaja esa tal disciplina? ¿Por qué no se sigue hablando del *status-roles*, de función, del pequeño grupo? Precisamente, por razones de prioridad e importancia. No hay ninguna causa lógica que nos haga pensar que el problema de la "difusión de innovaciones", por ejemplo, sea más o menos importante que el de la "liberación", a menos que aceptemos el criterio sobre prioridades que imponen los sociólogos rurales norteamericanos y europeos. Pero la escala de valores es o debe ser distinta en estos países críticos, y quizá no haya persona conciente que niegue la importancia que para todos sus habitantes tenga el proceso histórico, social y político que pueda llevarles a una posición autónoma y digna, es decir, a su liberación. Nada podría ser más vital en este momento para la colectividad. Por lo mismo, ¿por qué no se justificaría entonces hablar de una sociología del proceso liberador y, aún más, trabajar para que el proceso se acelere y así aprender más de la sociología aplicada como ciencia a la liberación?

Por fortuna, las barreras del prejuicio se están rompiendo y ya se pueden ver horizontes más amplios. Un buen ejemplo lo constituye el opúsculo que acaba de publicar en la Argentina el distinguido ingeniero Óscar Var-savsky, titulado *Ciencia, política y cientificismo* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969), en el que propone una ciencia rebelde y "hacer ciencia guerrillera" aplicable no sólo a lo social y económico sino tam-

bién a lo físico, exacto y natural. "La misión del científico rebelde —dice— es estudiar con toda seriedad y usando todas las armas de la ciencia los problemas del cambio de sistema social, en todas sus etapas y en todos sus aspectos, teóricos y prácticos. Esto es, hacer ciencia politizada". Sostiene que esto no es destruir la ciencia, sino enriquecerla; no es negar su universalidad, sino precisamente llegar a ella a través de la originalidad impuesta por las realidades locales; no es producir por producir, como robots dentro de una economía de consumo, sino como seres pensantes animados por un verdadero espíritu de servicio; no es seguir las reglas del juego ni los criterios de importancia fijados en otras latitudes, sino fijar los propios y actuar en consecuencia. Una ciencia rebelde va en contra de la rutina amiga de lo extranjero, entroniza la crítica inteligente, batalla contra el colonialismo en todas sus formas (como el integracionismo de la OEA) y estimula la formación de frentes interdisciplinarios en respuesta a las complejidades que plantea la crisis. Su justificación es la investigación del proceso de toma del poder y la construcción de un nuevo sistema social. Por eso, en esa ciencia nueva no podrán participar sino científicos rebeldes, politizados, "a quienes poco importa sacrificar su carrera científica dentro del sistema, y que saben [tener en cuenta] esas condiciones ambientales: intereses hostiles y falta de fondos".

¡Ni qué decir en cuánto Varsavsky tiene la razón! Sus preocupaciones son las de un verdadero hombre de ciencia, animado por el presente y el futuro de su pueblo, haciéndose las preguntas más pertinentes, levantando dudas sobre lo esencial y lo secundario en la ciencia en el momento actual. En efecto, la misión de la ciencia en una sociedad como la nuestra consiste en "participar directamente en el proceso de reemplazarla por otra mejor, y en la definición e implementación de ésta".

La sociología debe reflejar, más que la física y la ingeniería, esas preocupaciones científicas. Por fortuna, los síntomas de apertura siguen acumulándose con rapidez. Ya

en un congreso internacional de sociología rural, realizado en Enschede (Holanda) en agosto de 1968, empezaron a escucharse voces discordantes del Tercer Mundo. Se trató allí, en especial, el tema del adiestramiento de los sociólogos. Tomando la voz de América Latina hice la siguiente exposición, que he complementado en algunos de sus aspectos para hacerla más clara y pertinente:

En las actuales circunstancias históricas, el adiestramiento de sociólogos (y de otros científicos sociales) en la América Latina afronta un problema ideológico abrumador. Es un problema de orientación en la política científica que implica abrir o cerrar las puertas a la creatividad y la originalidad de nuestras gentes.

Si se acepta la premisa general de que las concepciones científicas están inevitablemente condicionadas por —y ligadas a— la estructura de la sociedad en la cual son concebidas, el sociólogo latinoamericano de hoy en casi todos nuestros países no puede dejar de reaccionar ante las dramáticas incongruencias e inconsistencias sociales que le rodean. Mientras más conciencia tiene de la conexión entre conocimiento y conflicto, más efectivo puede llegar a ser, bien como científico o como miembro de la comunidad. Esta tesis no es nueva: fue expuesta por Dilthey y Cooley, entre otros, quienes la practicaron.

Por lo tanto, un objetivo lógico del adiestramiento en ciencia social en estos países sería ayudar a los estudiantes a alcanzar una nueva dimensión de la objetividad científica: aquella derivada del estudio de las situaciones reales de conflicto y desajuste presentes en la sociedad, y de su participación activa en tales situaciones para buscar la liberación de esa misma sociedad. Esto es, estudio y acción combinados para trabajar contra la condición de dependencia y explotación que nos ha caracterizado, con todas sus consecuencias degradantes y opresivas expresadas en la cultura de la imitación y de la pobreza, y en la falta de participación social y económica de nuestro pueblo.

48 COMIC

Es claro que en el caso cubano nos vemos ante otro horizonte. Allí se encuentra la sociedad en otra etapa, la de la reconstrucción, y por lo mismo sus urgencias científicas son otras: las de la superación. Pero aun en ese país subsiste la disyuntiva política que llevaría a la experimentación y a la creación de algo nuevo en las ciencias sociales, si se permite que aparezcan y se mantengan las coyunturas favorables. Este reto especial a los cubanos proviene del hecho obvio de que rompieron el marco institucional que ha limitado el remozamiento de la ciencia en el resto de América Latina. Por eso las posibilidades que se les abren de ser genuinamente creadores e innovadores son muy grandes. Estas posibilidades aumentan cuando los marcos de referencia con que trabajan no son importados, sino que se basan en la propia realidad y se enriquecen mucho más cuando logran echar raíces en la América Latina, dentro del contexto actual de su crisis. Por ejemplo, en Cuba se puede hacer con relativa facilidad (porque no hay muchos intereses creados fuertes) una ciencia social verdaderamente interdisciplinaria: esto sería una novedad en cualquier parte del mundo. Con esta ciencia social interdisciplinaria —quizá pueda llamársela sociología, pero de un nuevo cuño— se podría no sólo articular diversas explicaciones de la revolución que ilustren el proceso ante propios y extraños, sino seguir siendo útil a la causa revolucionaria.

- Pero esta ciencia nueva no puede alcanzarse si se insiste en seguir los diseños funcionalistas y las manías metodológicas norteamericanas y europeas que han encontrado un nuevo canal de difusión en la Unión Soviética y en otros países socialistas, donde el prurito de ponerse al día (además de otras razones de índole cultural) les ha hecho relegar el marxismo y olvidar la bondad de otros métodos clásicos de investigación social más a tono con el ambiente y la realidad revolucionarias o prerrevolucionarias, en Cuba y en nuestros países. Semejante desarrollo científico frustraría la potencialidad creadora cubana e impediría a su

revolución proyectarse en el campo científico-cultural sobre el resto de América Latina.¹

En cuanto a los otros países latinoamericanos que todavía deben romper sus marcos políticosociales, entender bien el problema de la objetividad es fundamental.

Generalmente se confunde la objetividad con la indiferencia ante situaciones reales en que pueda verse envuelto el hombre de ciencia. Pero aun Max Weber, el pontífice en esta materia, ha aceptado que tal posición es errónea, ya que la indiferencia en este sentido equivale a estar comprometido con el statu quo. Para superar esta trampa ideológica, el buen científico social generalmente da un paso metodológico adicional: [combina los modelos sincrónicos de corte seccional con los del proceso social e histórico, diacrónicos] Si esta combinación es aceptable en universidades importantes de otras partes, se torna aún más indispensable para entender la situación contemporánea en América Latina, y para sentar allí las bases de un sólido adiestramiento social en este campo.]

El adiestramiento sociológico por lo regular ha estado limitado, como norma, a dar interpretaciones estructurales que han reflejado la idealización de las respectivas sociedades en las cuales fucionan las universidades. Con algunas excepciones muy recientes, los *pensum*, cursos e investigaciones de centros universitarios en países avanzados (aún en la URSS) reflejan en gran parte esta orientación estática, en la cual el "orden" y la "funcionalidad" son las normas supremas.

Desde luego, "orden" y "función" no son características notorias de los países en desarrollo. Por lo tanto, la orientación ofrecida en los países avanzados a estudiantes venidos de aquellas regiones subdesarrolladas generalmente no es suficiente. Éstos llegan impulsados por cuestiones que tienen su origen en las realidades dinámicas de su sociedad, y con frecuencia abrigan la idealista intención de

¹ Ver mesas redondas en la Universidad de La Habana, 7 y 8 de octubre de 1969.

hacer algo tangible para mejorar las condiciones sociales y económicas de su pueblo. Debido a la orientación incompleta que reciben obtienen sólo respuestas parciales a aquellas cuestiones: los temas ofrecidos en las universidades "avanzadas" pueden resultar insulsos, y las técnicas de investigación aprendidas allí pueden ser ineficaces al aplicarse a las realidades de su propia tierra.

Este problema de orientación abre por lo menos dos cursos de acción complementarios: 1) modificar las ideologías, los *pensum* y los marcos de referencia investigativa, en las universidades de los países avanzados, con el fin de reflejar la necesidad de entender la revolución, el conflicto y el cambio social, tanto en el propio país como en el extranjero, y 2) establecer escuelas para graduados en naciones en desarrollo, las que intentarían construir autónomamente sus métodos y filosofías científicas para manejar los problemas sociales que les atañen y así transmitir a los estudiantes actitudes nuevas y más dignas hacia sus realidades nacionales.

El primer curso de acción (modificar la ideología, los *pensum* e intereses en los países avanzados) significa crear disidencia dentro de las actuales instituciones de educación superior. A juzgar por hechos recientes en Europa y en los Estados Unidos, el proceso de disidencia ha venido ganando terreno. Esto parecería positivo, porque podría estimular la creación de una antiélite intelectual en aquellos países avanzados, que pudiera acercarse espiritualmente a los grupos que se han rebelado por justa causa en el Tercer Mundo, y llegar a entenderlos. Este descubrimiento de identidad de propósitos de cambio social en diversos contextos puede justificar la colaboración internacional y los programas de intercambio entre científicos y estudiantes de naciones más o menos desarrolladas, siempre y cuando, además, la antiélite intelectual de las naciones desarrolladas libre su propia batalla contra la injusticia económica internacional y contra el aparato de "contrainsurgencia" que limita la independencia de nuestros países. Estas actitudes políticas también condicionan

la investigación y la docencia, como ha sido amplia y tristemente comprobado en los últimos años.

2 Pero visto desde el ángulo de las naciones en desarrollo, el segundo curso de acción (estimular la creación nacional de escuelas independientes) es más eficaz y conveniente. Este curso significa, ante todo, poner fin a la imitación, a menudo ciega, de modelos y temas incongruentes concebidos en otras partes y para situaciones diferentes. Significa disminuir el servilismo y el colonialismo intelectual de los que vivimos en países en desarrollo, sin caer, naturalmente, en el defecto de la xenofobia. Significa sentar bases firmes para hacer una "sociología de la liberación" en nuestro continente, que incluya el examen de los procesos y mecanismos de la toma del poder por las clases populares, la búsqueda de nuestra razón de ser y una explicación propia de nuestras realidades, especialmente de aquellas que aparecen en los trópicos y subtrópicos hoy tan mal utilizados y tan poco comprendidos, que ayudarían a que aquellos procesos se desarrollaran con eficacia y prontitud.

Pienso que el estudiante que lograra esta orientación llegaría a prepararse insuperablemente para hacer contribuciones fundamentales al progreso de su sociedad y de la ciencia. Pero esta no es una vía fácil: exige labor ardua y gran constancia y disciplina. El estudiante aquí descrito debe ser capaz de manejar las técnicas de los países avanzados, y al mismo tiempo debe tener suficiente ingeniosidad, sentido común y seriedad para diseñar sus propios instrumentos con el fin de "llegar al nivel de los hechos". Por lo tanto, debe desarrollar una mentalidad capaz de realizar simultáneamente dos tareas: adoptar e innovar, y pulir una personalidad capaz de combinar el pensamiento y la acción.

No hay duda de que esto es difícil; pero no debe ser imposible. De otra manera no podría explicarse la inventiva en los países hoy dominantes, que una vez estuvieron más atrasados que la América Latina, España o Portugal. En resumen, opino que el adiestramiento en ciencias

sociales para la América Latina debe incluir la investigación autónoma e independiente de los hechos sociales del área, estimulando el pensamiento creador y la originalidad para liberarnos de antiguas o presentes tuteladas de toda clase. Esto es indispensable, porque las realidades encontradas son de un tipo conflictivo y discrónico sobre el cual se conoce muy poco en los países avanzados de donde se difunden las pautas científicas; las metodologías y orientaciones ofrecidas en estos países pueden ser parcialmente contraproducentes. En cambio, de la observación directa y de la intervención personal en los procesos del cambio profundo, muchas veces revolucionarios —tan característicos de las regiones en desarrollo—, pueden derivarse las más valiosas contribuciones al conocimiento sociológico, siempre y cuando se trabaje en ello con seriedad y disciplina.

“Por lo tanto, impulsar activamente el logro revolucionario de una sociedad superior a la existente puede brindar, en fin de cuentas, el mejor tipo de adiestramiento sociológico en el momento actual.”

Cejas que se fruncen, voces airadas que se levantan en el público, amenazas de pérdida de empleo. *E pur si muove*. La tendencia sigue marcándose, para llegar a una expresión concreta en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología, en México, en noviembre de 1969. Si en alguna forma puede catalogarse ese congreso habrá de ser como la culminación de una actitud intelectual de real compromiso con el cambio social, con la acción necesaria para transformar revolucionariamente la sociedad latinoamericana, sin perder la rigurosidad científica. La idea de crisis saturó ese congreso como nunca antes, llevando a sus participantes a apoyar la ciencia rebelde. La declaración final es muy elocuente. Además de condenar la represión policiaca, militar y política, reclamar la libertad de presos políticos y señalar la intervención del imperialismo como un factor responsable de las condiciones de dependencia que nos ahogan, los sociólogos presentes proclamamos:

"En la fase actual de crisis y de transición hacia una nueva forma de vida económica, social y política, los países de América Latina necesitan de la colaboración crítica de los especialistas en ciencias sociales, en los diversos procesos históricos de transformación social. Por esto, no anhelamos regalías académicas ni privilegios sociales, sino el derecho de ejercer nuestras actividades de enseñanza y de investigación con plena identificación con los intereses y angustias de nuestros pueblos. Queremos y exigimos la existencia normal de condiciones de trabajo que permitan convertir las ciencias sociales, en nuestros países, en un instrumento de conciencia crítica, en factor de autonomía cultural y política y en un medio de lucha contra la miseria y las desigualdades sociales. Nuestro objetivo más amplio consiste en poner las ciencias sociales al servicio de los derechos fundamentales del hombre y de la creación de formas auténticas de democracia económica, social y política.

"Estos objetivos son esenciales tanto para el desarrollo autónomo y la integración de los países de América Latina como para la reorganización de las universidades y para el progreso de las ciencias sociales en una perspectiva latinoamericana. Por esta razón defendemos tales objetivos, concientes de que formamos parte de los pueblos latinoamericanos y de que somos sus actores intelectuales en los procesos de cambio social."

La "sociología de la liberación" queda así lanzada, enmarcada por la máxima entidad sociológica regional. Se vindica una posición. Se abren nuevas perspectivas. El sentido de autonomía crece a medida que se reenfoca la temática y se la relaciona con la crisis.

He aquí un concepto clave para la sociología de la liberación: ¿Qué es crisis? ¿Cuál es nuestra crisis? El congreso trató también de contestar estas preguntas inusitadas, rompiendo así otra tradición: la del formalismo sociológico estilo euronorteamericano, donde tales temas también no se tratan.

LA CRISIS COMO CONCEPTO INTEGRANTE DE LA LIBERACION

El IX Congreso Latinoamericano de Sociología puede considerarse como un jalón en nuestra historia intelectual, que marca la voluntad de marchar hacia una ciencia propia, libre del colonialismo intelectual que nos ha caracterizado hasta ahora, con una temática especial muy de la etapa de crisis, acción y decisión en que nos encontramos.

En casi ninguna otra sección del congreso se reflejó mayormente ese deseo de autonomía que en la dedicada al estudio de la crisis social latinoamericana. El tema mismo invitaba a romper los marcos académicos, a hacer ciencia rebelde. Y, en efecto, a pesar de la inmadurez conceptual representada en una aventura de tan reciente data, los asuntos tratados y las conclusiones allegadas constituyeron un buen punto de partida para hacer una sociología nueva en la América Latina.

He aquí el resumen que preparé como coordinador de esa sección, para la sesión plenaria final, con los temas y subtemas que se sugieren para esta nueva sociología en nuestro medio:¹

¹ Los ponentes fueron los siguientes profesores: Luis Pereira, Luis Soberón Álvarez, Marco Virgilio Carías, Obdulio Nunfo, John Saxe-Fernández, Enrique Valencia, Florestan Fernández, Luis Molina Piñeiro, Julio Cotler, Sergio Benvenuto, Germán Guzmán, Orlando Fals Borda, y L. A. Costa Pinto y Sulamita de Costa Pinto (ausentes).

"La sección VI de este congreso, en su consideración del tema propuesto, reflejó los dilemas de un grupo de intelectuales enfrentados a la difícil tarea de rendir, de la manera más rigurosa y sistemática, un concepto del habla común, como es el de la crisis. Se repitió el proceso de examen que se ha hecho a tantos otros conceptos sociológicos que antes pertenecían al terreno vernáculo y que hoy tienen una tradición científica, como sería, por ejemplo, el de dependencia. hace cinco años.

El caso del concepto de crisis es tanto más agudo cuanto que en el presente congreso se constituyó en tema recurrente, no sólo de nuestra sección sino de muchas de las otras, así como en las discusiones de plenarias. Hecho que obliga a ser doblemente cuidadosos en cuanto al contenido de la idea de crisis.

No se justificaría la tarea de nuestra sección si no lograra, por lo menos, fijar algunos criterios básicos en cuanto a la definición y la potencialidad de este concepto tan socorrido y estudiado.

Hubo consenso en nuestra comisión en que la crisis, como realidad social y como conciencia que tengamos de ella, puede dar origen a un legítimo y fructífero concepto sociológico. Es, sin embargo, un tipo de concepto que adquiere su significado pleno cuando se le localiza dentro de un proceso histórico y en determinado ambiente político, social y económico. De ahí que resulte más valioso hablar de una "crisis latinoamericana actual" que tratar de buscar un planteamiento metafísico que, por lo general y difuso, no permita concretar la realidad crítica. Esto es tanto más importante cuanto que el estudio de las crisis conlleva consecuencias prácticas o proyectivas que invitan a su resolución. No puede hablarse entonces de crisis dentro de un vacío teórico, ni sin referencias empíricas.

Así planteado el problema de la concepción de la idea de crisis, procede esforzarse por delimitarla. Desgraciadamente, para comenzar (lo cual indica la etapa rudimentaria en que nos encontramos en este campo), la sección

no tenía sino dos definiciones concretas de crisis, que convergían esencialmente en lo siguiente: se trata de una situación en que una sociedad o nación, en su desarrollo histórico, experimenta contradicciones e incongruencias de tal entidad que la solución de ellas no se logra sin producir transformaciones fundamentales, llevando a un nuevo tipo de estructura social. La discusión, en general, siguió esta línea de razonamiento, pero esforzándose por hacerla más concreta para identificar los factores e indicadores de la crisis que afecta a la América Latina actualmente. Se advirtió, en este sentido, que la crisis está ligada a un proceso de cambio producido por las contradicciones de un tipo de sociedad dependiente que ha ido ganando más y más impulso.

En general, se destacaron dos grandes tipos de problemas políticos como componentes de la crisis actual latinoamericana. Obviamente, en este cuadro no encaja Cuba, como se advirtió en el curso de la discusión, debido a que allí se rompieron ya los moldes estructurales que producían la crisis local hasta 1959, cuando la revolución socialista llegó al poder. Los dos tipos generales de problemas políticos son:

1. El fracaso del reformismo o desarrollismo y sus tácticas de paliativos para crear el nuevo tipo de sociedad que propone. Siendo que los problemas básicos estructurales persisten, la dinámica de la crisis va exigiendo soluciones más radicales, aunque se concede que algunos tipos de reformas generan cambios irreversibles que crean mayores incongruencias para el futuro.

2. La revelación de los mecanismos de explotación y de dominación, así en lo externo como en lo interno de nuestras sociedades o naciones, lleva a una mayor conciencia de las implicaciones y consecuencias del imperalismo y el colonialismo que caracterizan mucho de nuestra historia. Esta revelación lleva a la articulación de grupos subversivos, por una parte, y de prácticas represivas violentas por otra.

La elaboración de estos tipos de problemas llevó a un interesante planteamiento de diversos factores e indicadores de la crisis latinoamericana actual. Se mencionaron, por ejemplo, indicadores como la corrupción administrativa, la bancarrota moral, la aparición de ideologías como la del populismo militar, el control abusivo de la propaganda y los medios de comunicación de masas, la urbanización generalizada, el neonacionalismo desenfocado, el prurito reaccionario de la seguridad nacional, la contrainsurgencia, etc., que corren por una de las vertientes de la crisis; e indicadores como la vigencia de la guerrilla, la rebeldía clerical, la acción de partidos revolucionarios, el efecto deletéreo de contraélites, la aparición de antivalores, la vigencia y pertinencia inmediatas del modelo cubano en toda la región, etc., que se deslizan por la otra vertiente. El todo nos ofrece un cuadro completo y dinámico que refleja la realidad de la crisis actual latinoamericana.

Se discutió la necesidad de estudiar las crisis según tipos específicos y centrando sus orígenes por tipos de crisis. De especial interés se consideró el estudio de la crisis neocolonial de los últimos decenios de este siglo.

Se rechazó la idea de que la crisis sea solamente una situación o solamente un proceso. Más que semejanzas entre situaciones de crisis, habría que estudiar las diferencias específicas. La crisis puede ser un proceso, por cuanto los cambios sociales parciales o las reformas no afectan a las clases dominadas. En este último sentido se intentó una definición de la crisis como una tensión social profunda vivida por las clases dominadas, y como un inconformismo popular que emerge, en su mayor parte, a través de portavoces indirectos.

Por lo que respecta al contexto espacial en que deben estudiarse las crisis, los debates apuntaron hacia la inclusión de un contexto supranacional, que incluya las contradicciones entre y dentro de los estados metropolitanos. En este sentido se llegó a determinar que la relación de dependencia no es lineal, ni aun en el caso de las relaciones entre los cuadros militares imperialistas y los cua-

cuadros militares locales. Frente a esta concepción lineal, el análisis debería incluir las variedades de nacionalismos que se enfrentan al dominio total, así como los procesos de socialización internos y la composición de clase de los cuadros militares locales.

Pareció muy difundida la idea de que es escasa la información disponible para evaluar, en casos concretos, hasta qué punto las reformas y los reformadores tienen una mayor o menor independencia relativa para efectuar cambios estructurales que hagan disminuir la situación de crisis, y hasta qué punto las reformas introducidas son paliativos necesarios para el mantenimiento del equilibrio social.

Entre las causas de la crisis que fueron señaladas con frecuencia en los debates se pueden enumerar las formas internas y externas del neocolonialismo, la insuficiencia económica generalizada y provocada por ellas, el tipo de integración al mercado internacional con la aparición de empresas norteamericanas filiales que pueden llevar al enfrentamiento de unos países con otros. El apoyo norteamericano se inclinaría probablemente por aquel país donde los Estados Unidos tuvieran mayores inversiones e intereses, como en el caso del conflicto entre Honduras y El Salvador. Se mencionó también la dependencia cultural y política de las clases dominantes latinoamericanas, que les impide introducir reformas que modifiquen la situación de crisis de las clases dominadas. A este factor se puede unir la corrupción administrativa como un agravante. A su vez, para mantener el orden o equilibrio que no llegue a la violencia, la misma dependencia cultural y política de las clases dominantes constituye un factor altamente negativo.

Para ilustrar el contenido de esta parte del trabajo de la sección se pueden mencionar también los siguientes planteamientos teóricos específicos, hechos por algunos miembros de la misma:

• Los conflictos entre distintas clases y sectores de clases en el Perú amplían o restringen la participación política de los mismos. Estos conflictos, al no tener forma de solución valedera para los diferentes protagonistas históricos, provocan una grave fisura en la legitimidad del sistema de dominación imperante. Es entonces cuando las fuerzas armadas procuran, mediante su intervención directa en la vida política, salvar esta crisis —antagonismos sin solución viable para todos los componentes—, modificando las relaciones sociales dentro de un marco de modernización-homogeneización del régimen existente. Estas alteraciones de las relaciones sociales ampliarían la participación de las clases y sectores en proceso de emergencia política, y se reducirían las tensiones sociales, dando cabida a una relegitimación del sistema de dominación.

• La guerra de guerrillas es a la vez causa y efecto de una situación de crisis. En este sentido es la expresión del conflicto entre grupos que, o bien dominan el poder como resultado de su influencia en las estructuras sociales, políticas y económicas de un país, o bien lo detentan en razón del sometimiento del poder nacional a un poder extranjero, y grupos nacionales que rivalizan y desafían ese poder. La crisis no sólo está dada por el conflicto de enfrentamiento sino también por los factores que a él llevan: el planteamiento de un cambio revolucionario en un caso, la guerra de invasión o de conquista, en el otro. Ahora bien, la guerrilla es causa de crisis porque el desafío que supone tiende a originar tensiones, conflictos y desorganización entre los grupos y lugares en que opera. Pero la guerrilla es efecto de la crisis en cuanto se presenta como alternativa para alcanzar el cambio social que se ha detenido por otras vías.

• En América Latina la incompatibilidad de las estructuras sociales, políticas y económicas con las necesidades del desarrollo y cambio social ha dado lugar a un proceso y una situación de crisis, que ha planteado la viabilidad

de la guerra de guerrillas y de la guerra popular como un mecanismo de cambio. Pero a su vez estos fenómenos han generado inestabilidad, tensiones y conflictos que han contribuido a desarrollar o acelerar el proceso de crisis.

En fin, puede verse que se concede al concepto de crisis una dimensión objetiva y que se considera como un hecho real identificable científicamente. Es un concepto que merece ser abordado y esclarecido independientemente, con base en una metodología investigadora que todavía está por ensayarse plenamente (sólo dos ponencias tocaron este tema de la metodología y de la utilización de modelos conceptuales concretamente), pero que puede fijar y aislar los factores e indicadores aludidos y señalar las concatenaciones de causas y efectos, pues el fenómeno no puede ser ni unilineal ni unicausal. Así, es posible que dentro del amplio campo de la sociología de la crisis puedan tratarse conceptos relacionados o subordinados, como revolución, subversión, tensión, conflicto, *clivage* y quiebra estructural, que se han venido empleando por diversos sociólogos desde hace mucho tiempo.

¿Qué perspectivas y problemas de método se abren con este nuevo concepto? Evidentemente, como se demostró en la última reunión de la sección, hay mucho que hacer todavía para refinar el concepto de crisis. La definición deja mucho que desear; el problema de las etapas, ritmos y puntos de partida sigue sin rumbo fijo; la metodología aplicable, como queda dicho, debe aún ensayarse. Pero en todo caso se considera que se ha dado ya un primer paso adecuado en esta dirección, que no debe dejar de brindar dividendos científicos en lo futuro.

Se reconoce que son los hechos reales los que irán determinando si las interpretaciones e hipótesis sobre la crisis son correctas o no; y que, en fin de cuentas, la sociología en época de crisis no se justificaría sino como reveladora de los mecanismos que agudizan o mediatizan esa crisis. Tal es su compromiso.

Se sugiere que en próximos congresos se especifique más el área de la sociología de la crisis y se preparen

trabajos sobre aspectos específicos del problema como los mencionados antes. No hay duda de que el interés en el estudio sociológico de la crisis latinoamericana suscitado por el congreso llevará a muchos colegas a trabajar en este campo nuevo y fascinante, donde se está en la frontera del saber científico-social y donde, si se trabaja arduamente, se podrá articular un pensamiento autónomo latinoamericano de validez universal.

Instamos a los colegas a prestar mayor atención a este tema, y a exigir el rigor necesario para que el conocimiento así adquirido sea a la vez válido para la ciencia y útil para la causa de la transformación profunda que nuestros pueblos necesitan."

LA CRISIS, EL COMPROMISO Y LA CIENCIA

Ya varias veces se ha mencionado el concepto de "compromiso", al relacionarlo con las ideas de liberación, crisis y ciencia propia que preceden a este capítulo.

No es posible hablar de ciencia propia y colonialismo intelectual sin hacer un planteamiento más o menos a fondo de todos estos conceptos, más aún porque algunos de ellos, como el de compromiso, están sujetos a confusiones interesadas.

Aprovechando la coyuntura del IX Congreso Latinoamericano de Sociología, antes de que se hiciera público el Informe Rockefeller —que agudizaría aún más esta posición—, escribí el siguiente ensayo que trata de aclarar lo que se debe entender por compromiso y cómo esta idea se relaciona con las de crisis, ciencia rebelde y política nueva, que acabamos de esbozar. El texto presentado a dicho congreso dice así:

"Hay muchos indicadores que muestran que la América Latina ha venido pasando por una situación de crisis desde hace algún tiempo, muy probablemente desde fines de la segunda guerra mundial, pero de manera más visible al finalizar la década de 1950. Los estudios técnicos así lo señalan, no sólo en el campo de la sociología sino también en el de las otras ciencias sociales, políticas y económicas.

La crisis que nos afecta es una fase crucial de nuestra historia que lleva al cambio de las estructuras tradiciona-

les de la sociedad latinoamericana. Es crisis porque las estructuras mismas han llegado a plantearse contradicciones o a sufrir incongruencias de tal entidad que no pueden resolver sin modificar esencialmente sus propias formas y contenidos.¹ La sociedad sufre así un proceso irreversible de desorganización interna que crea cuerpos y anticuerpos, expresado en valores, normas, grupos, instituciones y técnicas en conflicto. Según algunas interpretaciones teóricas, este conflicto debe ir refractando y agotando el orden social existente para formar eventualmente un nuevo tipo de colectividad.

Este proceso decisivo tiene alcance universal y llega a saturar todos los niveles de la sociedad hasta tocar al individuo en sus grupos. Por eso los científicos sociales, como todas las demás personas, participan del conflicto e inevitablemente reflejan y expresan las disyuntivas, paradojas, complejidades y dificultades de la crisis. Es inoperante preguntarse si en esas circunstancias los científicos actúan como tales o como simples ciudadanos, o si son neutrales o no. No es posible hacer tal diferencia. Este tema de la objetividad y la neutralidad valorativa, ya tan zarandeado, no vale la pena volver a tratarlo. Aquellos que todavía dudan pueden acudir a innumerables fuentes, en todos los idiomas: ya es un asunto de cultura general y de conocimiento histórico. !

Aun tomando en cuenta esa participación involuntaria en las crisis que, como decía Hans Freyer, lleva a la sociología a ser una autoconciencia científica de la sociedad—su redomada expresión intelectual—, queda por resolver si los sociólogos, junto a otros grupos participantes, lograrán ilustrar y orientar aquel proceso decisivo e irreversible. Este problema práctico de la orientación e ilustración del cambio social, que va más allá del planteamiento teórico mismo para situarse en el de la ideología

¹ L. A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*. Buenos Aires, EUDEBA, 1963, pp 44-61, 215-218.

y en el de los métodos,² es de la más crítica importancia, porque de su resolución dependerán la justificación y existencia de las ciencias sociales tanto en la actual época de crisis como en la etapa posterior de reconstrucción social.

Por lo mismo, sobre estos aspectos prácticos de orientación científica quisiera dirigir la atención. Otros colegas están presentando, por fortuna, síntesis teóricas e interpretaciones específicas de la crisis, tarea que también se necesita. Esta división del trabajo es tanto más necesaria cuanto que en nuestros países subdesarrollados se acumulan en tasa geométrica los problemas por resolver, ya que tenemos por delante no sólo el deber de diseñar nuestras propias técnicas de investigación y manejo sino de estar al día con lo que ocurre en países avanzados, para controlar sus implicaciones en nuestro medio.

Visión de la crisis

No obstante, para sentar las bases del examen ideológico y de las tesis metodológicas que siguen es inevitable entrar un poco en lo sustantivo del tema. Lo que sigue resume puntos de vista expresados por muchos colegas autorizados, en obras publicadas (citados en éste y en otros trabajos de la sección 6 del congreso), y responde a observaciones y experiencias directas. No es, pues, una

² Al hablar de ideología en la ciencia nos referimos a la modalidad que el juego de ideas toma como "representación del proceso de producción de conocimientos", que va ligado a "las interpretaciones sobre la naturaleza de la sociología y sus características", como lo indica Eliseo Verón en su estudio "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina" (*América Latina*, Año II, N° 4, octubre-diciembre 1968, pp. 23-30). Por lo tanto, no deben confundirse los conceptos teóricos, ni los sistemas de valores, con la ideología así entendida, aunque todos, inclusive la ideología, forman parte del cuerpo de la ciencia e intervienen simbióticamente en la acumulación del conocimiento.

expresión pontifical, ni una mera intuición. Por el contrario, debe tomarse como una autocrítica, ya que de todo ello se ha sido a la vez actor y víctima.

Para comenzar, puede sugerirse que la crisis latinoamericana, en el momento actual, se alimenta de una mayor conciencia colectiva de determinados tipos de problemas políticos que no pueden resolverse sin implicar transformaciones profundas. Hay por lo menos dos tipos de problemas políticos que parecen estar en el meollo de la cuestión. Ellos son:

1. Las limitaciones del reformismo (o desarrollismo) y sus campañas, que, aunque bien intencionadas a veces, no han inducido sino cambios marginales en la sociedad. Como ésta, a pesar de todo, se sigue desorganizando, la crisis exige ahora soluciones más integrales y significativas de tipo estructural.

2. La revelación de los mecanismos propios de una dominación bastarda y de una inicua explotación, lo que lleva a concebir la posibilidad de cortar los vínculos coloniales internos y externos en que ellas se basan, suscitando el enfrentamiento en unos y en otros la represión violenta.

Esto quiere decir que, en la actual etapa de la crisis, estaríamos ante un movimiento colectivo prerrevolucionario de protesta y resistencia, tanto a la marginalidad producida por las políticas de paliativos cuanto al colonialismo opresor de tipo heródiano, que hasta hoy han caracterizado y condicionado el subdesarrollo latinoamericano, esto es, el atraso, la pobreza y la dependencia del área. Puede colegirse de ahí que la crisis que nos afecta no sería resuelta sino cuando se logran las transformaciones fundamentales exigidas, así en el plano interno con una subversión total, como en el plano externo con un rompimiento de los actuales vínculos de dominación y explotación, para llegar a construir una sociedad más satisfactoria, capaz de autodeterminarse y de autorrealizarse.

La sociología latinoamericana está en capacidad de contribuir a esta revelación de los mecanismos políticos, al enfocar y desmenuzar las condiciones objetivas de la crisis e inducir la racionalidad en los respectivos procesos. Además, ella puede también demostrar, con los trabajos existentes y los futuros, que las dos tesis expuestas se adecúan a la realidad. Ello se puede constatar con la investigación y con la aplicación práctica. En efecto, muchas personas han venido adelantando estudios y trabajos, en todas partes, para entender mejor la problemática de la crisis y acercarse al pueblo que la sufre directamente. Resulta de ahí una cadena de frustraciones no sólo para el observador sino para el pueblo mismo, producidas por factores estructurales. Pero esta experiencia negativa no torna pasivos a sus sujetos, sino que origina en ellos una corriente soterrada de resistencia y esperanza. Muchas veces se engaña a las masas haciéndoles promesas que no se cumplen, para pacificarlas; pero, por el proceso de las contradicciones de los sistemas vigentes, insensiblemente se va llegando a un nivel de saturación y presión semejante al que precede a una explosión. Así, hasta los paliativos se dinamizan y pueden convertirse en catapultas de acción. Pero este ciclo de cambio social dirigido y controlado, de naturaleza marginal y frustrante, parece llegar a su fin.

Es evidente, por lo mismo, que la crisis latinoamericana es un asunto cualitativo y no meramente cuantitativo. Lo cualitativo empezó a desbordar lo cuantitativo, en el sentido de que las campañas oficiales de desarrollo económico y social, los planes de fomento de la inversión, la teoría del "despegue" y los mitos de la inyección de capitales no han satisfecho ni a sus propios campeones. El cerrado bastión de las cifras y de los dólares no ha permitido ver los valores sociales que se derivan de los imperativos históricos. Por eso tales esfuerzos reformistas no han provocado sino las modificaciones superficiales señaladas, deformando a la sociedad, aumentando la distancia entre los grupos y creando una barbarie técnica moderna.

Este es un desarrollo social inútil, que hace sufrir en balde al pueblo, porque no dinamiza suficientemente los factores últimos de la transformación. En esencia, éstos no son de índole material sino que llegan al dominio de lo moral y espiritual. Para ganar la autodeterminación política y la autorrealización intelectual que permitan a nuestra región articularse como un todo ante el mundo se necesita formar un hombre latinoamericano nuevo.

Era más fácil para nuestros abuelos organizar revoluciones, porque no existían entonces tantas vinculaciones restrictivas de todo orden con países de fuera del área como hoy, que impiden un enfrentamiento radical conjunto. Pero parece evidente que hay que hacer un reto al mundo desarrollado, si queremos realmente soltar las amarras. Este reto puede hacerse en varios sentidos, pero primordialmente buscando acelerar el proceso de ajustes y desajustes internos que en ese mundo de los privilegiados se ha desencadenado últimamente, y de cuyo acontecer vienen llenos los diarios. La maquinaria imperialista es demasiado fuerte para que no pueda resistir los ataques externos, aquellos que provienen de su periferia; pero es vulnerable desde el interior. De ahí que la crisis latinoamericana, si se maneja bien, pueda ser un catalítico más en la crisis interna del mundo occidental avanzado que parece perfilarse. Quizá no sea muy ilusorio esperar que las relaciones y los factores de poder varíen sustancialmente en esos países, para permitir la formación de un mundo distinto, mucho más justo y menos cruel que el que hemos conocido hasta ahora.

La sociología, respondiendo a esta crisis, entra ella misma en crisis. Plantea entonces las implicaciones que la situación tiene, así para la teoría como para los métodos clásicos de observación e inferencia. Como veremos más adelante, la sociología, al sufrir la crisis, se reorienta hacia las urgencias actuales de la sociedad. Sin ánimo de abusar de los adjetivos, parecería que la sociología latinoamericana, al reorientarse en estos momentos, fuera dejando poco a poco su servilismo intelectual —que la ha llevado

a la adopción casi ciega de los modelos teóricos y conceptos desadaptados a nuestro medio, pero que tienen sus referentes en Europa y los Estados Unidos—, para tratar de “andar sola” y ensayar su propia interpretación de nuestras realidades. Al mismo tiempo, casi sin notarlo, va adquiriendo una dimensión política central para desen-
trañar el sentido de la crisis, convirtiéndose en ciencia
estratégica para el presente y clave para el porvenir del
área.

Si esto es así, entonces la ciencia social verá el surgimiento de un nuevo e interesante conjunto de teorías y conceptos construidos alrededor del proceso político liberador, en respuesta a la superación de la actual crisis: porque para cambiar el mundo es necesario comprenderlo. Esta “sociología de la liberación” sería un acto de creación científica que satisfaría al mismo tiempo los requisitos del método y de la acumulación del conocimiento científico, aportando tanto a las tareas concretas y prácticas de la lucha inevitable como a las de la reestructuración de la sociedad latinoamericana en esa nueva y superior etapa. Teoría y práctica, idea y acción se verían así sintetizadas —o en fructuoso intercambio— durante este período de dinamismo creador.

Esbozo histórico de la “sociología comprometida”

Como dije antes, estas ideas no son nuevas. Constituyen, hasta cierto punto, una convergencia en los trabajos y preocupaciones de diversos colegas de varios países latinoamericanos, cuyo esfuerzo vale la pena ahora colocar en perspectiva, desde el punto de vista de la estructura de su pensamiento ante la crisis misma de la sociología.

Juzgando por las fuentes publicadas pueden distinguirse varias etapas en el desarrollo de este proceso de crisis y protesta intelectual. La primera es la de la incubación del movimiento. Se recordará que durante la década de 1950 se establecieron departamentos universitarios de so-

ciología que protocolizaron el paso de la sociología filosófico-literaria a la empírica (especialmente en la Argentina, Venezuela y Colombia), y se establecieron institutos de investigación como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile, y el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, en Río de Janeiro. Estos departamentos y centros se inspiraron en modelos teóricos y conceptos que tendieron a sistematizar el conocimiento e incorporarlo a la corriente intelectual de Europa y los Estados Unidos, donde se habían educado sus principales promotores. Pero pronto se descubrió que ese intento, aunque positivo en varios sentidos, impedía el estudio de algunos temas fundamentales propios de la región, así como la conformación de un pensamiento autónomo sobre la problemática latinoamericana. Este descubrimiento fue relativamente rápido, porque a comienzos de la década de 1960 ya se registraron algunas expresiones articuladas de la protesta intelectual, en respuesta a los crecientes problemas del hemisferio.³ No menos pertinente había sido el ejemplo de economistas latinoamericanos que acababan de adoptar una posición crítica respecto de su propia disciplina.⁴ Otros pensadores, como Alberto Guerreiro Ramos y Sergio Bagú, habían añadido contribuciones iconoclastas de gran interés.⁵ Guerreiro Ramos, en especial, hizo disquisiciones completas sobre la "ley de compromiso del investigador",

³ Por supuesto, ya habían aparecido obras preocupadas por el proceso general del cambio social y económico, como las del grupo del Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB), entre otras: Hélio Jaguaribe, *O nacionalismo na atualidade brasileira*, Rio de Janeiro, 1958; Alvaro Vieira Pinto, *Ideologia e desenvolvimento nacional*, Rio de Janeiro, 1960; y Cândido Mendes de Almeida, *Perspectiva atual da América Latina*, Rio de Janeiro, 1960.

⁴ Principalmente Celso Furtado, Jorge Ahumada, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel y Juan F. Noyola.

⁵ Alberto Guerreiro Ramos, *La reducción sociológica*, México, UNAM, 1959; Sergio Bagú, *Acusación y defensa del intelectual*, Buenos Aires, Editorial Perrot, 1959.

la heteronomía y autonomía científicas, la "sociología consular" y otros conceptos hoy corrientes que en aquella época eran heréticos, lo cual hace de él un verdadero pionero de la "sociología comprometida".

Así, de la incubación se pasa a una primera articulación de la nueva posición, todavía indecisa, que es más que todo un reflejo de lo que ocurre en otras disciplinas y en otros lugares. Un momento clave en esta transición parece haber sido la organización del seminario sobre *Resistências a mudança* en el Centro de Río de Janeiro, en 1959, entonces bajo la dirección de Luiz A. Costa Pinto, otro de los grandes promotores de la "sociología comprometida". Convocado durante los tiempos prerrevolucionarios del Brasil, y luego del impacto de la Revolución Cubana, dio ocasión a sus participantes para expresar una crítica más firme a la función de la sociología y de otras ciencias sociales en aquel momento histórico. El volumen con los estudios presentados en ese seminario, publicado en 1960, tuvo una amplia resonancia y abrió la puerta a aventuras de mayor aliento en el nuevo campo de la sociología y de la autocrítica científica, que tan oportuna y tempranamente hacían su irrupción en nuestro medio.⁶

En 1961 aparecen algunas observaciones críticas dirigidas a la aplicación del método científico y a la orientación de la sociología, notablemente la de Octavio Ianni.⁷

⁶ Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais: *Resistências a mudança*, Rio de Janeiro, Editora Lioro/SA, 1960. En esta reunión se hicieron presentes, entre otros extranjeros al área, C. Wright Mills y Jacques Lambert, cuyas obras siguieron ejerciendo alguna influencia en este movimiento.

⁷ Octavio Ianni, "Estudo de comunidade e conhecimento científico", *Revista de Antropologia*, vol. 9, Nos. 1-2, 1961 (São Paulo), pp. 109-119. De este mismo autor se registran luego, dentro de este campo, "Sociologia da sociologia na América Latina", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 4, Nº 1, junio 1966, pp. 154-182; y "Sociology in Latin America", en *Social Science in Latin America*, editado por M. Diégues Junior y B. Wood, Nueva York, Columbia University Press, 1967, pp. 191-216.

Un evento internacional de gran trascendencia fueron las Jornadas Latinoamericanas y Argentinas de Sociología, realizadas en septiembre de 1961 en Buenos Aires. Allí, entre otros trabajos meritorios, se registra la ponencia de Camilo Torres, entonces profesor de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, titulada "El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana", que es un planteamiento franco sobre la incidencia de los valores en los enfoques metodológicos.⁸

La nueva senda se abre en los años siguientes, pasando a una etapa más decisiva del movimiento, cuando éste adquiere mayor seguridad y hace sus primeros intentos firmes de autonomía intelectual. Así, en 1963 aparecen dos obras capitales en que se plantea con mayor precisión el nuevo papel del sociólogo —y del intelectual— ante el desarrollo de la región y sus problemas: la de Luiz A. Costa Pinto, *La Sociología del cambio y el cambio de la sociología*,⁹ y la de Florestán Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*.¹⁰

La obra de Costa Pinto, en especial, trata del concepto sociológico de crisis, del que parten algunos de los plantea-

⁸ Camilo Torres, "El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana". Bogotá, Facultad de Sociología, Lecturas Adicionales, 1961; reproducido ahora en diversas recopilaciones.

⁹ Costa Pinto, *op. cit.* La obra de este autor, en la dirección del "compromiso", viene de muy atrás. El primer capítulo del libro comentado fue una conferencia pronunciada en la Universidad del Brasil el 15 de mayo de 1947 y publicada en la revista *Sociologia*, de São Paulo, meses después, con alguna oposición. Los trabajos subsiguientes de Costa Pinto se fueron enfocando en el mismo sentido: *O negro no Rio de Janeiro* (1953), *As ciências sociais no Brasil* (1956), "Sociología y cambio social: quince años después"; *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (1961). Sin embargo, el impacto firme en nivel continental lo da la obra citada en el texto.

¹⁰ Florestán Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1963.

mientos del presente estudio. En esos años estas obras representaban una posición corajuda y algo insular. Pero estos libros se distribuyeron por toda la América Latina, sembrando justificadas inquietudes.¹¹

Sea a través de tales publicaciones o de manera independiente —pero que demuestra la vigencia y amplitud del movimiento de transformación latinoamericana—, la misma protesta vuelve a aflorar al nivel intelectual en Colombia y la Argentina entre 1964 y 1965, países ambos que a la sazón entraban en crisis políticas agudas. La organización del VII Congreso Latinoamericano de Sociología en Bogotá da mayor impulso al movimiento intelectual de protesta, al estimular un pensamiento propio sobre la problemática regional, expresado en muchos de los estudios allí discutidos.¹² Poco después, la nueva *Revista Latinoamericana de Sociología*, de Buenos Aires, se convierte en portavoz de las nuevas ideas publicando trabajos que expresan las inquietudes corrientes, entre otros los de Jorge Graciarena¹³ y Torcuato S. Di Tella.¹⁴ Juan F. Marsal, en su estudio "Los intelectuales latinoamericanos

¹¹ Debe tomarse nota también de los comentarios pertinentes de José Medina Echeverría en *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, UNESCO, 1963, vol. 2, pp. 46 y siguientes.

¹² Varios trabajos e intervenciones (como en el acto de clausura) reflejaron el ambiente y las expectativas que reinaron durante este congreso. Hubo una invitación a seguir ensayando la vía autónoma de desarrollo científico en la sociología latinoamericana. El efecto del congreso en Colombia protocolizó la tendencia marcada ya con la publicación de *La violencia en Colombia* (1962-1964), tendencia que siguió el recién creado Programa Posgraduado de Sociología del Desarrollo con los colegas latinoamericanos incorporados a la Facultad: Guillermo Briones, Jorge Graciarena, Luis Ratinoff.

¹³ Jorge Graciarena, "Algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 1, No 2, julio 1965, pp. 231-242.

¹⁴ Torcuato S. Di Tella, "La sociología en América Latina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 3, No 1, marzo 1967.

y el cambio social", ofrece entonces otra importante contribución en este campo.¹⁵ Casi simultáneamente se organiza en Londres un seminario sobre "Obstáculos al cambio", del cual fue coordinador Claudio Veliz, en el que se logró cristalizar más el pensamiento común de los participantes latinoamericanos ante la crisis del área y la de sus respectivas disciplinas;¹⁶ y otro en Buenos Aires, del que resultó el volumen *Del sociólogo y su compromiso*, editado por Juan Carlos Agulla y otros.¹⁷

También se registran las importantes aportaciones de Rodolfo Stavenhagen,¹⁸ Pablo González Casanova,¹⁹ Manuel Maldonado Denis,²⁰ Eliseo Verón,²¹ Theotonio dos Santos,²² y Aldo Solari.²³

¹⁵ Juan F. Marsal, "Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social", *Desarrollo Económico*, vol. 6, Nº 22-23, julio-diciembre 1966. Véase también su análisis de teorías contenido en *Cambio social en América Latina*, Buenos Aires, Ed. Solar/Hachette, 1967.

¹⁶ Claudio Veliz, editor, *Obstacles to Change in Latin America*, Londres, Oxford University Press, 1965.

¹⁷ Juan Carlos Agulla et al., *Del sociólogo y su compromiso*. Buenos Aires, Edit. Libera, 1966.

¹⁸ Rodolfo Stavenhagen, "Siete tesis equivocadas sobre América Latina", *Desarrollo Indoamericano*, vol. I, Nº 4, 1966, pp. 23-27.

¹⁹ Pablo González Casanova, "La nouvelle sociologie et la crise de l'Amérique Latine", *L'homme et la société*, Nº 6, octubre-noviembre 1967, pp. 37-47; y su libro, *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, México, UNAM, 1967.

²⁰ Manuel Maldonado Denis, "Sobre el uso y abuso de las ciencias sociales", *Ciencias Sociales* (Cumaná, Venezuela), vol. 4, Nº 1, junio 1968.

²¹ Eliseo Verón, *op. cit.*, pp. 19-48; y su reciente libro, *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1968.

²² Theotonio dos Santos, "La crisis de la teoría del desarrollo", *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile*, Nº 3, 1968; "La crise de la théorie du développement", *L'Homme et la société*, Nº 12, abril-junio 1969, pp. 43-68.

²³ Aldo Solari, "Algunas reflexiones sobre el problema de los valores, la objetividad y el compromiso en las ciencias sociales",

La de Solari señala algunas debilidades y peligros de la tendencia estudiada y se refiere, en parte, a un estudio del presente autor sobre el mismo tema.²⁴ En otros países, como Chile, Paraguay, Uruguay, Venezuela y el Perú, hay expresiones varias de esta nueva sociología, no sólo en el plano intelectual y del conocimiento como se viene describiendo, sino en el resultado de diversas investigaciones. La tendencia ha sido registrada también últimamente en Cuba.

Como la crisis misma, este movimiento intelectual de revisión y autonomía no tiene trazas de detenerse. Por el contrario, se ha extendido a otras ciencias sociales como la antropología, la historia y la ciencia política.²⁵ Se constituyó, además, en tema central de la última asamblea del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en Santiago de Chile (octubre de 1969), donde figuraron como ponentes Juan F. Marsal, Miguel Wionczek y Marcos Kaplan.²⁶ Llega así a cierta culminación este movi-

Aportes, Nº 13, julio 1969, pp. 6-24; "La crise sociale, obstacle à l'institutionnalisation de la sociologie en Am. Latine". *Revue Int. des Sc. Sociales*, vol. 21, Nº 3 (1969), pp. 478-489.

²⁴ O. Fals Borda, "Ciencia y compromiso", *Aportes*, Nº 8, abril 1968, pp. 117-128. Trabajos anteriores pertinentes del mismo autor: "Nuevos rumbos y consignas para la sociología en Colombia", Bogotá, Facultad de Sociología, Lectura Adicional 179, octubre 1965; y su ponencia en el Congreso Mundial de Sociología en Evian (Francia), sobre "Sociología subversiva", reproducida en *Kölner Zeitschrift für Soziologie*, año 18, Nº 4, 1966, pp. 702-710.

²⁵ Para fines comparativos, en otras ciencias: *Social Research*, vol. 35, Nº 4, invierno 1968; *Current Anthropology*, vol. 9, Nº 5, diciembre 1968; números recientes de *Catalyst* y del *Berkeley Journal of Sociology*; Rui Mauro Marini, "La crisis de la sociología latinoamericana", *La Gaceta* (del Fondo de Cultura Económica), junio 1968; "Necesidad de nuevos enfoques en la enseñanza e investigación en ciencia económica en América Latina" (documento firmado por un centenar de economistas, de 17 países, reproducido en varias publicaciones); "Declaración de antropólogos mexicanos", publicada en *América Indígena* (1969); etc.

²⁶ Para la Asamblea de CLACSO: Juan F. Marsal, "Sobre la

miento, confirmada por los aportes para el presente congreso y por la creación de su sección especial sobre "La crisis latinoamericana".

En esta ocasión tan propicia conviene seguir delimitando el área de discusión y señalando aspectos centrales. Con base en la división del trabajo ya señalada, por nuestra parte enfocaremos algunos problemas prácticos de la orientación científica en épocas de crisis, bajo los siguientes aspectos:

- ✓ 1. Algunas normas y métodos apropiados para el estudio en situación de crisis.
- ✓ 2. La tendencia a convertir a la sociología, en tales circunstancias, en una ciencia política.
- ✓ 3. La consecuente definición del "compromiso" del sociólogo.
- ✓ 4. Las dificultades de este "compromiso" para la acumulación sistemática del conocimiento sociológico.
- ✓ Discutiremos cada uno de estos problemas a continuación.

Normas y métodos ✓

Es humano y natural que en época de crisis se quiera refugiarse en instituciones más o menos estables de las que puedan derivarse normas claras, o "reglas del juego", tanto para la disciplina como para la conducta de sus practicantes. Sin embargo, esta tendencia eminentemente escapista —y algo acomodada y floja— debe controlarse en épocas críticas, precisamente porque tiende a fosilizar la acción y a rutinar el estudio en momentos en que éstos requieren

investigación social institucional en las actuales circunstancias de América Latina"; Miguel S. Wionezek, "Los problemas de la investigación sobre el desarrollo económico-social de América Latina"; Marcos Kaplan, "La ciencia política latinoamericana en la encrucijada". Todos mimeografiados para una futura publicación del Consejo.

de la mayor libertad y agilidad. Evidentemente, no se trata de abolir las reglas del juego, sino de advertir sus limitaciones cuando tienden a convertirse en cadena del pensamiento, impidiendo la continuidad de éste y el proceso de acumulación del conocimiento o su formalización, que distingue a toda ciencia.

En efecto, es observable que la crítica científica y la crítica de la crítica —de las cuales se esperan las normas propias de nuestra disciplina— no ayudan a resolver el problema de la ideología que tiene cada investigador, siendo que éste es un asunto básico en momentos de crisis. No es prometedora esa guía, ni aún cuando el criterio que se usa para tal fin es el de seguir las reglas que impone la comunidad de científicos, especialmente si esta comunidad es numerosa y variada. Si por los frutos se puede conocer, la experiencia norteamericana y europea con sus respectivas comunidades científicas, tan numerosas y variadas, no ha sido suficiente para obviar el problema de la ideología de sus miembros; antes al contrario, tal institucionalización ha producido en esos casos un nivelamiento hacia lo superficial o secundario. Para el caso latinoamericano de los últimos años, Verón observa que “el funcionamiento de un proceso autocorrectivo dentro de los mecanismos de la comunicación científica”, en sociología, no fue nada eficiente: produjo, en cambio, el reforzamiento de la orientación ideológica dominante (el funcionalismo).²⁷ Este nivelamiento lleva a un refuerzo de los valores tradicionales, así de la sociedad como de la imagen “estereotipada” de la ciencia que esa sociedad transmite. Muy conocidos son los peligros del mutuo “incensario” y el cruce de ideas dentro de tales grupos de intelectuales, que llevan a la mediocridad y la esterilidad científica. Por eso no se supera necesariamente el sociocentrismo —o el etnocentrismo— cuando se establece o amplía la comunidad de científicos, sino que se puede reforzar aquella negativa actitud, disminuyendo las posibilidades de renovación

²⁷ Verón, *op. cit.*, p. 26.

y de reorientación de la ciencia. Así se consagran, más bien, los valores tradicionales de los adeptos, que pueden quedar incongruentes con los de la sociedad mayor en un momento dado. Es lo ocurrido en las venerables academias de élites intelectuales tradicionales (historiadores, lingüistas, jurisperitos, periodistas), sin contar con otras capillas de reciente constitución, como las de los economistas ortodoxos. En otras palabras, para creer a los críticos, éstos deberían también reflejar y estar concientes de los problemas reales de la sociedad, aunque no llegaran a organizarse.

Las normas generales que mejor podrían guiar el trabajo científico en época de crisis (las de una nueva ciencia rebelde) parecen ser aquellas que resultan de la experiencia misma de la aplicación del método a los procesos sociales, observando las actitudes de responsabilidad y honradez que deben distinguir a todo científico... La mejor manera de saber si se va por la mejor dirección —y saber, por lo mismo, si se está siendo objetivo o no— es la de producir hechos y hacer que las ideas se traduzcan a la práctica; que los estudios demuestren, ante todo, sus méritos y su objetividad por el rigor con que han sido concebidos y elaborados, y por su eficacia en la reconstrucción de la sociedad, y que la teoría se deje guiar por la realidad para que pueda enriquecerse. Así se iría formando, en efecto, una ciencia proyectiva y futurista, adaptada a la comprensión y superación de la crisis existente y que a ella afecta, en la que podrían entrar en juego algunas profecías autorrealizables.²⁸

Esto es así porque los datos del análisis y los hechos pueden ir cambiando las situaciones reales en que se involucran, en forma tal que las hipótesis se vuelven correctas. La idea de que tales hipótesis puedan validarse "sólo por

²⁸ Cf. Kaplan, *op. cit.*, pp. 10-40. Esta idea originalmente es mertoniana. Pero la han suscrito muchos otros científicos, notablemente Barrington Moore. Véase también, de José Honorio Rodrigues, *Vida e historia*, Rio de Janeiro, Ed. Civilização Brasileira, 1966.

sus propios canales de verificación y no por la acción política inmediata"²⁹ peca de *misplaced concreteness*, es decir, de confundir la naturaleza de la evidencia. Ello puede ser cierto en el campo de las ciencias naturales, pero no en el de las sociales, porque implica cierta plasticidad e inercia en los elementos naturales que los hechos sociales, obviamente, no tienen. En efecto, es elemental que éstos constituyan sistemas abiertos de naturaleza volitiva y reflexiva. Esto induce a buscar canales de verificación sin salir del marco real de la acción social, política o económica. Por ejemplo, la hipótesis de que las antiélites tienen tendencia a la claudicación podría confirmarse dentro del proceso social e histórico inmediato y, en efecto, anticipa esa posibilidad de acción. También puede verificarse a través del examen de una distribución de variables que, en todo caso, estarían condicionadas por la dimensión tiempo, y que marcarían cierta tendencia proyectiva hacia el futuro: viene a ser como la antigua idea de la predicción, pero puesta en nivel más dinámico y, si se quiere, más realista. Una técnica interpretativa distinta nos llevaría a un plano de determinismo cientificista en el que la ciencia aparece como un ente aparte, con volición y leyes propias, desconectadas de la realidad social, como han intentado hacerlo, por ejemplo, algunos demógrafos con el concepto de "optimum de población". O llevaría también a aplicar normas naturalistas o exactas irrelevantes, lo que es otro error, como bien se sabe desde los sermones de Sorokin sobre "Achaques y manías".

Pero el reconocer esta distinción entre lo natural y lo social no implica subrayar menos el rigorismo. Puede llegarse a la formalización de la ciencia social en sus propios términos, y con mayor seguridad, sin seguir aquella vía imitativa un tanto ridícula (que sólo desprecios y burlas nos ha traído de los científicos exactos), adoptando reglas de juego basadas en la experiencia pasada y en la acción proyectiva, sin salir del ámbito de lo social. Ahí radica, pre-

²⁹ Marsal, *Sobre la investigación*, p. 12.

cisamente, el mérito que han tenido "profetas" sociológicos como Rousseau, Malthus y Marx, cuyas obras, hasta cierto punto, condicionaron la sociedad futura al emitir hipótesis y hacer proyecciones que se constituyeron en factores activos de cambio social. Es lo mismo que en nuestros días están haciendo estudiosos como André Gorz y Herbert Marcuse, visionarios del marxismo humanista, cuyas ideas (hoy vistas a veces como ilusas) pueden en un momento dado catalizar la acción y transformar las sociedades del Viejo Mundo y del Nuevo, tornando así en verdaderas sus hipótesis. Esta tendencia proyectiva o futurista en la ciencia social, que va confirmando o desvirtuando conceptos en la realidad de la vida, es muy conveniente tenerla en cuenta en épocas de crisis, por lo menos porque muestra ciertos parámetros posibles.

Algunos de los métodos requeridos para esta tarea de análisis y proyección son conocidos, otros muy poco ensayados. Una regla general puede ser aquella derivada del marxismo: la de afirmarse en la realidad ambiente vinculando el pensamiento con la acción. Así, por ejemplo, podrían concebirse las siguientes técnicas graduadas para trabajos de encuesta en el terreno:

✓ 1. *La observación-participación*, el grado más bajo, que tiene defensores muy ortodoxos y una tradición respetable. Aquí la actitud del científico es eminentemente "simpática" en el sentido de Cooley, es decir, se vuelve sensible a la personalidad de la gente y puede lograr una descripción fiel y piadosa de la comunidad estudiada.

✓ 2. *La observación-intervención*, también ya utilizada, aunque mucho menos, por sociólogos y antropólogos en el Perú, Bolivia, El Salvador y Colombia), que implica experimentar con elementos culturales dentro de una situación para observar los efectos de los cambios inducidos dentro de cierto margen. Aquí la actitud del científico sería eminentemente empática, es decir, tiene visos de participación vicaria con la gente estudiada, pero todavía con-

dicionada por un involucrimiento parcial con ella. Está un grado más adelante que la anterior.

✓ 3. La observación-inserción, vista como una técnica muy apropiada en época de crisis, que implica no sólo combinar las dos anteriores sino ir más allá para ganar una visión interior completa de las situaciones y procesos estudiados, y con miras a la acción presente y futura. Esto implica que el científico se involucre como agente dentro del proceso que estudia, porque ha tomado una posición en favor de determinadas alternativas, aprendiendo así no sólo de la observación que hace sino del trabajo mismo que ejecuta con los sujetos con quienes se identifica. Emplearía así lo que Dilthey llamó la "comprensión total" (*verstehende Erfassen*), para ganar las metas del cambio propuesto y el entendimiento científico del proceso respectivo.³⁰

Como no se ha delimitado bien este campo de los métodos, estudios de casos con entrevistas no estructuradas, de preguntas abiertas y con sondeos en profundidad, con marcos flexibles bien diseñados, todos ellos parecerían fundamentales. El método de investigación histórica es necesario: la búsqueda de datos históricos y documentales y el trabajo en archivos deben complementar el corte seccional con la perspectiva diacrónica.

En general, se buscaría lo cualitativo y el sentido de las cosas y los procesos, con una visión global e histórica, pero sin rechazar lo mensurable ni despreciar lo sectorial. No se trata de volver atrás, a la sociología elemental de hace veinte años (en lo que tiene razón González Casanova),³¹ ni tampoco al ensayismo sin rigor de tiempos pasados. Se busca seguir adelante en las técnicas, construyendo sobre lo ya alcanzado, que en muchas partes no es despreciable. Que las cifras y las series tengan sentido y trasciendan al conjunto; que los microestudios adquieran la perspectiva

³⁰ Debo a Kaplan la idea de "inserción" como la presenta en su trabajo ya citado, p. 40.

³¹ González Casanova, *La nouvelle sociologie*, p. 44.

temporal y se coloquen en un marco general; que las técnicas no se vuelvan un mero pasatiempo o ejercicio intelectual; que el diario de campo vuelva a ser herramienta básica del sociólogo, que demuestre cómo el mejor equipo que pueda tener un investigador es su mente observadora y no el computador.

En lo que se refiere a la cuantificación misma, quizá valdría la pena desarrollar técnicas proyectivas de análisis semejantes a algunas establecidas en otras ciencias, como la de "aceleración de sistemas" en sicología industrial, y el "análisis de paso" (*path*) de los matemáticos. Estas técnicas, así como la del *panel*, se han ensayado con relativo buen éxito en países avanzados. Aquí habría que alimentar esos modelos con variables y atributos críticos, con presuposiciones muy diferentes enraizadas en nuestros problemas, con el fin de evitar los peligros de reducida trascendencia que ya se observan en esas técnicas. En similares condiciones, valdría la pena seguir ensayando con modelos de simulación y con la cibernética, como se ha hecho en Venezuela, y con la probabilística de la "teoría de los juegos". Valdría la pena, también, volver a preguntarnos sobre las diferencias entre "tiempo social" y "tiempo cronológico", plantear las posibilidades de "correlaciones diacrónicas", hablar de "trayectorias" hacia el futuro y del punto en que los cambios cuantitativos producen una transición cualitativa, como lo hace Galtung en reciente artículo.³²

Finalmente, una observación sobre la comunicación de las ideas que puede tener vigencia no sólo en época de crisis sino quizá en todo momento. La sociología ha tenido cierta tendencia a usar eufemismos y barbarismos innecesarios que, como es de esperarse, disfrazan la realidad. Siu

³² Johan Galtung, "Correlación diacrónica, análisis de procesos y análisis causal", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 5, Nº 1, marzo 1969, pp. 94-121. No deben confundirse estas proyecciones con los simples cálculos de tendencias que se usan sobre todo en la demografía. Éstos son modelos más dinámicos y de muchas variables.

perjudicar, por supuesto, el proceso de conceptualización (nomotecnia) que distingue a toda ciencia, el nuevo estilo debe ser preciso y claro, y las técnicas deberían simplificarse al presentarlas al público. Este público incluye también a los planificadores y políticos, hecho que con frecuencia se olvida y que tiende a crear una ciencia de "recinto cerrado" en momentos en que más se necesita en la propia sociedad.³³

No cabe así pensar que la sociología producida con estas preocupaciones intelectuales y técnicas pueda ser mejor o peor que aquella que defienden los puristas y los científicos que se dicen neutrales. Por el contrario, juzgando por lo acontecido en épocas anteriores de similares encrucijadas decisivas en la historia de la ciencia, puede asegurarse que los trabajos producidos en estas circunstancias, con plena conciencia de la crisis y deseos de superarla en el sentido del cambio real y profundo, son los que justifican y aseguran la existencia de la sociología en tales épocas. Veremos más adelante, al discutir los aspectos políticos, cómo muchos de los nombres más respetados de la sociología están vinculados a este tipo de ciencia que responde a las crisis. Por lo tanto, aquellos que siguen esta tendencia bien pueden mantener la frente en alto. Pero esta justificación científica debe provenir del trabajo arduo y constante y del contacto fiel y estrecho con la realidad. Esta tarea se delinea más claramente en épocas críticas que en etapas "normales" del devenir histórico. Es una tarea indispensable si queremos asegurar la continuidad de nuestra ciencia y la creación de una nueva y mejor sociedad.

Sociología y política

Es posible derivar diferencias de presentación y forma entre la "sociología científica" y el "género literario" del

³³ González Casanova, *La nouvelle sociologie*, pp. 42-43; Wionczek, *op. cit.*, p. 8.

ensayo político, como a veces se ha hecho. Pero, en el fondo, tales diferencias parecen espurias. Cabe preguntarnos si en verdad puede concebirse una sociología sin política, esto es, sin que ataña o afecte en una u otra forma los intereses de la colectividad. Intrínsecamente, ella es una ciencia política, y la llamada "ciencia política", bien hecha, es sociología científica. Pero lo mismo puede decirse de otras disciplinas sociales. En momentos críticos, más que en otros, se acumulan problemas y decisiones en una escala global tal que ninguna ciencia por separado logra articular respuestas satisfactorias. Aparece así una urgencia de sintetizar y combinar ciencias, lo que lleva al trabajo interdisciplinario. La crisis parece exigir una "ciencia integral del hombre", sin distinguir fronteras artificiales o acomodaticias entre disciplinas afines.³⁴

Esto puede ser cierto en todo momento por la índole misma de los problemas que se estudian, pero se refuerza e intensifica en épocas de crisis colectiva. El caso concreto de la sociología y la ciencia política lo ilustra plenamente, y también el de la ciencia económica.

Las obras sociológicas de mayor influencia que se han concebido con la suerte del *polis* en mente han tenido siempre un definido impacto político. Pero, al mismo tiempo, han proinovado escuelas de pensamiento social e introducido importantes teorías y conceptos. Según Myrdal, "las principales orientaciones nuevas en teoría económica, aquellas conectadas con nombres como los de Adam Smith,

³⁴ Este punto de vista es ampliamente reconocido, aunque no se haya llevado a la práctica en universidades y centros sino en escala muy limitada. Véanse, entre otros, los planteamientos de Costa Pinto, *Sociología del cambio*; González Casanova, *Categorías*; Wionczek, "Problemas de la investigación", pp. 2-3, 9. Según Jean Labbens, este esfuerzo integrador es un fenómeno original de América Latina, sin equivalentes en Europa ni en los Estados Unidos, del que puede resultar una nueva teoría del cambio social, y hasta una sociología rejuvenecida. Véase "Les rôles du sociologue et le développement de la sociologie en Amérique Latine", *Revue Internationale des Sciences Sociales*, vol. 21, No 3 (1969), pp. 460-467.

Malthus, Ricardo, List, Marx, John Stuart Mill, Walras, Wicksell y Keynes, eran todas respuestas al cambio de condiciones y posibilidades políticas [y] estuvieron concientes del subfondo político de sus obras".³⁵ Esto, que parece obvio, debe repetirse porque se olvida con frecuencia. Lo mismo, aunque en otro sentido, puede aducirse de aquellos intelectuales aparentemente menos preocupados con la política, como los sociólogos "científicos" o "puros" de la escuela empírica, que han respondido a su manera a las necesidades políticas de sus sociedades, saturando sus obras de racionalizaciones y mediciones de los sistemas vigentes.³⁶ Han llegado hasta a servir (conciente o inconcientemente) a estados beligerantes a través de investigaciones sobre la "contrainsurgencia", concepto que puede llegar a ser científico en sí mismo.

En la práctica parece ocurrir que los sociólogos de esta escuela "científica", como muchos otros científicos políticos, no han sabido estudiar el fenómeno revolucionario de nuestros días y han hecho un parcial análisis del mismo, fomentando ideas erróneas sobre el socialismo y otros movimientos iconoclastas, deformaciones que sólo ahora empiezan a corregirse. Es fácil ver cómo el solo hecho de enfocar la sociedad y sus realidades —especialmente las conflictivas y problemáticas— ya concede al estudio sociológico una dimensión política, si no activa por lo menos latente, y lo convierte, si se quiere, en un ensayo político. Pero esta visión política no niega, ni mucho menos, el quehacer científicosocial.

³⁵ Gunnar Myrdal, *Var Truede Verden*, Oslo, Pax, 1965, traducido y citado por Gutorm Gjessing, "The Social Responsibility of the Social Scientist", *Current Anthropology*, diciembre 1968, p. 398.

³⁶ Cf. André Gunder Frank, "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología", *Pensamiento Crítico*, No 23, 1968, pp. 152-196; también publicado en *Desarrollo indoamericano* (Barranquilla, Col.), No 10, mayo 1969, pp. 30-43; y su "Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista", *Ruedo Ibérico* (París), No 15, octubre-noviembre 1967, pp. 78-82.

Por eso la diferencia que se quiere hacer entre sociología científica y ensayo político no existe en el fondo. Esta diferencia un poco falaz se deriva del vacío conceptual y teórico producido en la sociología desde fines del siglo XIX, que pretendió llenar la escuela empírica, cuantitativa y sincrónica de este siglo, dominante hasta ahora, la que se considera como "científica" y "neutra". La potencialidad política de la sociología, tan evidente en el siglo XIX, vino a considerarse algo anticientífico e indeseable, que había que combatir. En este cambio de enfoque tuvo que ver la búsqueda de la objetividad *à la science naturelle*, y la acumulación fáctica que obsesionó en especial a los pensadores norteamericanos, una tarea que, como ya hemos visto, es y será fútil como tal. Como se sabe ya ampliamente, lo que produjeron aquellos pioneros anglosajones fue una sociología que desembocó en modelos de equilibrio estructural cuyo efecto político fue el mantenimiento del statu quo. En cambio, los grandes fundadores de nuestra disciplina en el siglo XIX, aun aquellos que la cultivaron en la América Latina, siguieron una vertiente diferente: la de la historia y los procesos sociales. Su visión era diacrónica y su modelo resultó ser el del conflicto social. Ni qué decir que también ellos tuvieron profundo efecto en la política; pero también de ellos y de su síntesis sociológica y política se derivan buena parte de la teoría y de los conceptos vigentes hoy en nuestra ciencia y que emplean hasta los sociólogos "científicos" y "neutros".

En consecuencia, la alternativa que se presenta a los sociólogos de hoy es si van a seguir preferentemente los marcos de referencia del equilibrio estructural y la acumulación fáctica de rutina, con su tendencia a temas sin trascendencia y con las consecuencias políticas sabidas, o los del desequilibrio y el conflicto, que parecerían estar más a tono con nuestros tiempos críticos y de cuya aplicación también se esperarían, como antes, efectos tanto en lo político como en el enriquecimiento de la ciencia.

La temática reflejaría inmediatamente esta disyuntiva, porque los problemas que se presentan son grandes y

complejos. Para pasar por encima del vacío conceptual de este siglo habría que acudir a muchos temas de los sociólogos del siglo XIX y retomar de ellos el hilo investigativo que el empirismo y la microsociología mal entendida dejaron trunco. Así, por ejemplo, en el caso colombiano, para el estudio de la pobreza actual habría que tomar como punto de partida a Miguel Samper (cuya obra fundamental sobre este tema es de fecha 1880) y no a ninguno del siglo XX. El tema mismo de la pobreza, bien entendido, ya tiene una dimensión política, y ésta es inseparable de la sociología de la pobreza. Como no podría evitarse su estudio si se quiere superar la crisis latinoamericana, esta decisión es al mismo tiempo política y científica. Lo mismo habría de decirse de otros pioneros, como Esteban Echeverría, Sarmiento, Lastarria, Saco, Martí, Juárez, Silvio Romero, José Bonifacio, así como de conceptos centrales como "explotación", "imperialismo", "violencia", "poder", "liberación", "democracia" y "caudillismo"; todos temas del siglo XIX, que al mismo tiempo son sociología y política y que se encuentran en la esencia misma de la problemática actual.³⁷ No son menos que otros grandes temas por estudiar, como el neocolonialismo, la contrarrevolución y la dependencia.

Por eso, cuando afrontan los grandes problemas como deberían hacerlo, los estudios de sociología son también una forma de acción política, ya que la una va inextricablemente mezclada con la otra, aún más en épocas de crisis. Mientras más conciencia se haga sobre ello, mayor control tendremos los científicos sociales sobre el resultado de nuestras indagaciones y el efecto de nuestras enseñanzas, sin esperar por eso que lleguemos a ser "filósofos-reyes". Concediendo que esta actividad sea crucial en toda época, una política sociológica, análoga a la ya existente

³⁷ Véase cómo este nuevo tipo de sociología comprometida va produciendo obras importantes, como los recientes libros de Pablo González Casanova, *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 1969, y Theotonio dos Santos, *Socialismo o fascismo, dilema latinoamericano*, Santiago, Tróika Latinoamericana, 1969.

política económica, sería el menor de los males, como lo reconoce Hans-Jürgen Krysmanski en su estudio sobre la sociología en Colombia.³⁸

Definición del compromiso

Tales dilemas se agudizan al estudiar el problema del compromiso como un hecho social en sí mismo. Debe decirse, ante todo, que no se ha pretendido crear una nueva escuela sociológica "comprometida", comparable a otras que, justificadamente o no, hubieran precedido a este movimiento. Ello negaría la existencia misma de la sociología, por cuanto ésta es una ciencia con un cuerpo propio de conocimientos, que se alimenta de lo que a ella le traen sus cultores, sean comprometidos o no. Pero, evidentemente, existe confusión respecto de la naturaleza del compromiso de que tanto se habla. Vale la pena aclararlo, aun a riesgo de parecer elemental.

Hay aquí, desde su origen, un grave problema semántico que debe resolverse, semejante al de otros conceptos ambiguos de nuestra lengua (como subversión, política, igualdad) que reflejan nuestro acondicionamiento cultural y la socialización incongruente con el cambio a que nos hemos visto sometidos desde la niñez. Los franceses tienen la ventaja de emplear dos palabras que dramatizan las diferencias que en el español quedan cobijadas por una sola: *engagement* y *compromis*. La idea sartriana de *engagement*, como se sabe, es la que más se acerca al concepto de "compromiso" que queremos definir para la so-

³⁸ H.-J. Krysmanski, *Soziologische Politik in Kolumbien*, Dortmund, COSAL, 1967. Véase su traducción al español en la revista *Eco*, N° 100, agosto 1968, pp. 404-433, y N° 101 (noviembre 1968). Admito esta mezcla en mi propia obra *Subversión y cambio social* (Bogotá, Tercer Mundo, 1968), pero parece generalmente aceptado que los conceptos (nuevos y viejos) allí introducidos son, en todo caso, sociológicos. Cf. Solari, *op. cit.*, pp. 22-23.

biología de la crisis: es la acción o la actitud del intelectual que, al tomar conciencia de su pertenencia a la sociedad y al mundo de su tiempo, renuncia a una posición de simple espectador y coloca su pensamiento o su arte al servicio de una causa. En tiempo de crisis social esta causa es, por definición, la transformación significativa del pueblo que permita sortear la crisis decisivamente, creando una sociedad superior a la existente. Por lo tanto, haciendo por ahora abstracción de los medios (lo que plantea un problema sociológico distinto, más complejo y menos delimitado aún), el compromiso con esta causa de la transformación fundamental es la acción válida, el *engagement* consecuente. Es el "compromiso-acción" que justifica a los activistas y a la ciencia social en un momento histórico como el actual.³⁰ †

El otro compromiso, el *compromis* francés, implica el transigir, hacer concesiones, arreglos, arbitrajes, entregas o claudicaciones. Es el "compromiso-pacto" que anima conciente o inconcientemente a los que se creen neutrales en situaciones críticas, y a todos aquellos que abren sus flancos a procesos de captación.

Naturalmente, habrá tantas modalidades de compromiso-acción cuantas decisiones personales se tomen sobre el particular. Por ello, para saber si la decisión es válida y consecuente, se hace necesario buscar criterios definidos, como aquellos ofrecidos por la definición sartriana de *engagement*. Demos un paso más en esta dirección. Lo que sigue no debe interpretarse como una posición insular. Representa el consenso basado en la experiencia de los últimos tiempos de un buen número de sociólogos con quienes he trabajado o mantenido correspondencia sobre el particular. En vista de la falta de un cartabón de este

³⁰ Jean-Paul Sartre, *Questions de méthodes*, París, Gallinard, 1960, pp. 26-31 (especialmente). La idea de *engagement* fue presentada con fuerza en la década de 1930 por Paul Nizan, *Les chiens de garde*, París, François Maspero, edición de 1968, pp. 37-45, quien se basó, en parte, en Lenin y su repulsa a la etiqueta de los "sin partido".

tipo en la literatura disponible, he optado por presentar estos puntos de vista como base de discusión, sin ningún ánimo proselitista. La articulación de las ideas es de mi sola responsabilidad.

El compromiso-acción es, esencialmente, una actitud personal del científico ante las realidades de la crisis social, económica y política en que se encuentra, lo que implica en su mente la convergencia de dos planos: el de la conciencia de los problemas que observa y el del conocimiento de la teoría y los conceptos aplicables a esos problemas. El punto de convergencia sobrepasa el nivel de la producción práctica de conocimientos para tocar el nivel de la interpretación de la comunicación social, quedando así dentro de la dimensión ideológica de la ciencia que ha aprendido.¹⁰ Sabido es que estos dos niveles no son paralelos ni independientes: son dimensiones simbióticas de un mismo conjunto científico, que ejercen mutuos efectos en el proceso de sistematización y avance del conocimiento. Por eso el compromiso-acción, aunque ideológico, no queda por fuera de los procesos científicos; antes por el contrario, como veremos más adelante, los enriquece y estimula.

Una vez adoptada esta actitud, el compromiso-acción lleva al científico a tomar una serie de decisiones que condicionan su orientación profesional y su producción técnica. Estas decisiones tienen las siguientes consecuencias en la acción, de donde se puede juzgar el tipo y la calidad del compromiso adoptado:

- ✓ 1. En la *elección*, por el científico, de los temas o asuntos por investigar y las *prioridades* que a éstos concede, así como los enfoques y formas de manejar los datos resultantes. Algunos criterios para ello se ven más adelante.
- ✓ 2. En las posibilidades de *creación y originalidad* que se abren con su decisión. Cuando se tiene la actitud de compromiso con una rebelión o insurgencia de significación que se considera necesaria, estas posibilidades aumen-

¹⁰ Cf. Verón, *op. cit.*, p. 29.

tan porque se rompen los moldes antiguos, así en la sociedad como en la ciencia, el arte y la cultura. (Ésta es, precisamente, la posibilidad que se les ofrece a los latinoamericanos de seguir un curso investigativo propio, dejando de imitar lo hecho o propuesto en países avanzados y desarrollando un pensamiento autónomo, sin necesariamente caer en la xenofobia. Es una de las grandes lecciones de la Revolución Cubana, como lo fue de la Mexicana en su primera época. La ciencia del trópico y del subtropico, por ejemplo, está todavía por hacerse. (¿No hay ahí un cierto reto a la creatividad de los latinoamericanos?)

✓ 3. En la determinación de aquellos grupos claves que merecían ser servidos por la ciencia, y en la identificación con ellos, convirtiéndolos así en grupos de referencia del científico, a quienes éste destinaría de preferencia sus aportes. Los grupos claves aplicarían y llevarían a sus resultados lógicos el conocimiento que se les entregara, y serían fuentes de demanda y de apoyo. Esta asistencia mutua permitiría una mayor efectividad y un menor margen de error en la acción de tales grupos.⁴¹

Los primeros dos tipos de consecuencia son ampliamente reconocidos y existen muchas referencias al respecto en la literatura. El tercero tiene pertinencia más inmediata en lo que se viene discutiendo, y a él debemos prestarle alguna atención.

Siendo que el tomar un compromiso es asunto propio de cada investigador, el cuestionarse uno mismo sobre sus grupos de referencia —el saberse ubicar socialmente, como diría Marx— brinda un buen punto de partida. Para definir los criterios de un compromiso-acción pertinente en nuestra época de crisis, y para saber quiénes merecen recibir la asistencia de nuestra ciencia entre la pléthora de grupos, movimientos o partidos posibles, por lo menos

⁴¹ Cf. González Casanova, *La nouvelle sociologie*, p. A2; Kaplan, *op. cit.*, p. 49.

las siguientes preguntas deben ser absueltas por el hombre de ciencia:

1. Sobre el *previo compromiso* (pacto): ¿Con qué grupos ha estado comprometido hasta ahora? ¿A quiénes ha servido conciente o inconcientemente? ¿Cómo se reflejan en sus obras los intereses de clase, económicos, políticos o religiosos de los grupos a que ha pertenecido?

2. Sobre la *objetividad*: ¿Cuáles son los grupos que no temerían que se hiciese una estimación realista del estado de la sociedad y que, por lo mismo, brindarían todo su apoyo a la objetividad de la ciencia?

3. Sobre el *ideal de servicio*: Tomando en cuenta la tradición humanista de las ciencias sociales, ¿cuáles son los grupos, movimientos o partidos políticos que buscan servir realmente al conjunto de la sociedad, sin pensar en sí mismos sino en el beneficio real de las gentes marginadas que hasta ahora han sido víctimas de la historia y de las instituciones? ¿Cuáles son los grupos que, en cambio, se benefician de las contradicciones, inconsistencias e incongruencias reinantes?

El no haber podido articular antes estos criterios con claridad es causa de las ambigüedades que se observan en diversas obras sociológicas del género.⁴² En este territorio sin demarcar, tan lleno de fieras y tremedales, sólo la experiencia enseña. Así, es interesante constatar cómo diferentes sociólogos han visto la necesidad de reubicarse, ante la magnitud de los hechos que analizan y que les envuelven al mismo tiempo. Esto puede seguir ocurriendo,

⁴² Mi primer libro sobre la subversión es un caso claro de ambigüedad, y en ello se justifica la crítica de Solari (*op. cit.*, pp. 18-19). Fue escrito antes de haberme ubicado socialmente, lo que produjo un desenfoque al identificar grupos claves. Este defecto he intentado corregirlo en posteriores ediciones, incluyendo la inglesa (*Subversion and Social Change in Colombia*, Nueva York-Londres, Columbia University Press, 1969). Cf. mi otro opúsculo, *Las revoluciones inconclusas en América Latina, 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968.

aunque lleve a la pérdida de posiciones burocráticas o amenazas a las instituciones sociológicas que no se sometan a la pauta establecida.⁴³

El especificar la naturaleza de esta transición personal, a veces dolorosa, puede ser útil e ilustrativo. Por ejemplo, el intento de identificar grupos claves en Colombia tuvo efectos tanto en la interpretación sociológica como en la política nacional. Esta fue una experiencia interesante desde el punto de vista científico, porque quedó claro que la noción de compromiso no es un simple ejercicio académico, sino que se aquilata, confirma o desvirtúa con la acción. Como se dijo antes (en la sección sobre normas), son los hechos los que en última instancia van indicando la consistencia de la realidad, hasta el punto de que por ahí —por los hechos y las pruebas demostradas en la acción— podríamos saber si estamos llegando o no a los criterios finales de la objetividad en la ciencia.

Parecería una tarea urgente de la sociología latinoamericana el brindar pautas para determinar y conocer bien los grupos claves o estratégicos que quieren reconstruir nuestra sociedad y que merecerían, por eso, no sólo ser grupos de referencia para los científicos sino también ser servidos por la ciencia. Porque con ellos sería luego el compromiso. Esta urgencia nos lleva más allá de la sociología de los sociólogos para hacer la sociología de los políticos. En ello hay que ser realistas y admitir las dificultades teóricas y prácticas de la tarea. Si aplicamos el criterio del ideal de servicio postulado antes, esta regla podría permitirnos identificar determinadas agrupaciones que tienen como fin organizar genuinos movimientos de redención popular, y que están listas a responder de lleno al descontento y las

⁴³ El último caso importante puede ser el de Alain Touraine, cuyo libro *Sociologie de l'action*, París, Seuil, 1966, p. 15, ya manifiesta sus dudas, que luego encuentran cauce apropiado en su último estudio sobre *Le mouvement de mai, ou le communisme utopique*, París, Seuil, 1968, otro magnífico ejemplo de sociología *engagée*.

aspiraciones de las gentes. Pero podríamos encontrar que los militantes están a veces obsesionados por consignas irreales, o dominados por sus emociones, y que en la práctica no aprecian totalmente el aporte científico cuando éste contradice sus simplificaciones o prejuicios. La política puede ser ululante y acomodaticia, llevando a dilemas tácticos que inducen la disensión en las propias filas del grupo.

Pero la ululancia, la emotividad y la falta de consistencia pueden ser combatidas, así en el plano científico como en el orden político. En lo científico, competería al sociólogo ilustrar la situación como es, suministrar datos y participar como observador-inserto en la aplicación de la política derivada de esos datos. Sería esencial entonces que la influencia y el ejemplo del sociólogo lograran racionalizar la acción de los grupos claves, para que llegaran a ser más eficaces y menos erráticos, articulando con seriedad sus ideales y transformando su emotividad en mística. El sociólogo no fomentaría el dogmatismo, sino que resistiría las mitologías de los medios políticos, oponiéndose a los macartismos y mostrando la vía de la evidencia y de los hechos, así sea ésta una tarea dura y mal agradecida.

Con la identificación de tales grupos claves en países en etapas prerrevolucionarias no sólo se resolvería el problema práctico y concreto del compromiso, sino que también se ayudaría a iluminar el panorama general, hoy tan oscuro, para hacer más fácil la tarea del cambio político y social necesario. Así, también la sociología dejaría de ser la ciencia del *post-mortem*, que llega a examinar los volcanes cuando ya se han apagado, para ensayar nuevas y más responsables técnicas proyectivas.

El compromiso y la acumulación del conocimiento

Veamos ahora si el compromiso-acción, como expresión ideológica, es o no perjudicial para la ciencia cuando se

inclina hacia grupos políticos insurgentes o iconoclastas, especialmente si impide o favorece la acumulación sistemática del conocimiento en tales circunstancias.

En primer lugar, como ideología, es evidente que el compromiso-acción no produce en sí mismo una acumulación de conocimientos, porque lo que maneja son intuiciones, concepciones o ideales (mensajes de comunicación social, según Verón) que pueden excluirse o suplantarse mutuamente. En cambio, como hemos visto al nivel de la actividad de producción de conocimientos con el que está ligado, ayuda a la identificación de grupos claves, "ideas-guías" y temas importantes, y puede llevar a la creatividad en la ciencia.

Pero el compromiso-acción no cumple estas importantes funciones en un vacío mental y conceptual, sino que tiene su fuente y su base en la percepción de un conjunto de fenómenos ya observados y de hechos registrados en el presente y en la historia: es decir, el compromiso-acción tiene una función analítica seria. Aún más: exige trabajo arduo y responsable en el proceso de análisis. La percepción y la observación en que se basa se hacen aplicando las reglas de la inferencia lógica, sin distorsionarlas, en tal forma que subsista la posibilidad del cambio en las ideas y en la visión personal por el impacto de los hechos y de la evidencia investigativa. Obviamente, es deshonesto, estéril y contraproducente desvirtuar la evidencia para que armonice con la ideología o con un mito, para servir al interés que se ha escogido (aunque se han visto casos en que el rigor de las pruebas disminuye o aumenta según la atracción ideológica de la proposición que se discute). Tampoco es conveniente descartar el conocimiento serio obtenido por diversas escuelas o en etapas anteriores, o considerarlo como de "segunda clase" por venir de otras vertientes, países o corrientes intelectuales. Eso sería un despilfarro trágico del recurso humano. El aislamiento completo de lo que discurre en otras escuelas y en países avanzados llevaría a un atraso que nunca lograría llenarse, además de que se perderían contactos con grupos afines en tales

países y escuelas, que podrían constituirse en actuales o eventuales aliados para el esfuerzo del cambio.

Ahora bien, aun reconociendo las diferencias lógicas de nivel que existen entre el compromiso ideológico y el proceso acumulativo de inferencias, ocurre que éste no avanzaría sin la ayuda catalítica del primero. Como se ha observado en varios países y para otras ciencias más avanzadas que la nuestra, el conocimiento científico puede irse acumulando *ad infinitum*, ritualmente, sin que la ciencia avance, produciendo en cambio confirmaciones y reconfirmaciones de hipótesis o acumulación de meros datos, pasando inclusive al clisé y lo insulso e impidiendo síntesis comprensivas. Hasta se puede llegar a saber mucho de un problema sin necesariamente enriquecer la concepción del mismo ni llevar a la decisión de resolverlo; si así fuera, gran parte de los que existen en la América Latina ya estarían resueltos. Así, como puede fácilmente observarse, los científicos de determinadas épocas, tan diligentes en inferior hechos, confirmar leyes y acumular datos y evidencias, se van saturando y hasta aburriendo del conocimiento adquirido —o fatigándose de la indecisión en que se atascan sus planteamientos—, llegando al reconocimiento de una necesidad de cambio, de una síntesis apropiada, de un mayor ejercicio de la imaginación creadora, o de una reorientación científica. Este parece ser el caso actual de la América Latina, donde se ha llegado a una gran acumulación de datos con proliferación de reuniones, declaraciones y consensos que piden ya, a gritos, o la implementación de las tesis o su definitivo descarte. (En realidad es tal la acumulación de palabras e ideas, que parecería conveniente declarar una moratoria de seminarios, conferencias y simposia, hasta tanto no se realice una mayor confrontación con la realidad, para enriquecer la expresión con la práctica y la teoría con la acción.)

El mecanismo que lleva a la ciencia a estas etapas reiteradas de producción (y de protesta) intelectual no se encuentra en el proceso ritual o mecánico de acumulación del conocimiento, sino en aquel otro nivel de comunica-

ción social con el que está simbióticamente conectada. Este mecanismo es ideológico y va implícito en el compromiso de renovación, creatividad y acción que los científicos asumen en un momento dado frente a la problemática de su ciencia y su sociedad. Va también implícito en el empeño de entender a la sociedad como un todo (lo que no es obtener un simple dato cultural), de subir a las alturas para ver los conjuntos, como aconsejaba Max Weber. La reorientación resultante permite que se reanude la acumulación del conocimiento yendo en otra dirección que se considera más adecuada, o hacia una etapa superior de técnica y teoría, redondeando el sentido de los hechos y enriqueciendo la visión de las cosas. Lleva así a una nueva justificación de la tarea científica.

Estas ideas, por supuesto, son muy conocidas, y la literatura sobre la sociología del conocimiento se ha venido enriqueciendo más y más. Schumpeter, por ejemplo, colocado hace veinte años ante una crisis intelectual semejante a la nuestra entre los economistas, logró identificar el compromiso-acción con "una visión o intuición del investigador", claramente ideológica, que surge del "trabajo científico de nuestros predecesores o contemporáneos, o bien de las ideas que flotan a nuestro alrededor en la mente pública".⁴⁴ Esta visión se puede rastrear en la historia económica con sus premisas ideológicas, porque "la pauta del pensamiento científico en una época dada va condicionada socialmente". De ahí que tales premisas se presenten por etapas para ir conformando el cuerpo de la ciencia. Ninguna ideología económica dura eternamente —pues se van "agostando" una tras otra—, y la disciplina va saliendo de la una para llegar a la otra, según los cambios en las pautas sociales. "Siempre tendremos con nosotros alguna ideología", concluye Schumpeter, "pero esto no es una desgracia. El acto cognoscitivo que

⁴⁴ Joseph Schumpeter, "Science and Ideology", *American Economic Review*, No 2, vol. 39, marzo 1949, pp. 345-359; traducido como "Ciencia e ideología", Buenos Aires, *Eudeba*, 1968, p. 20.

es la fuente de nuestras ideologías es también el requisito previo de nuestro trabajo científico. Sin él no es posible ningún nuevo punto de partida en ninguna ciencia. Por su intermedio adquirimos material nuevo para nuestros esfuerzos científicos, y algo que formular, que defender, que atacar. Nuestra provisión de hechos e instrumentos crece y se rejuvenece en el proceso. Y así, si bien avanzamos lentamente a causa de nuestras ideologías, sin ellas podríamos no avanzar en absoluto".⁴⁵

El problema de la reorientación acumulativa de la ciencia a causa de los "cambios en las pautas sociales", dejado un poco en el aire por Schumpeter, queda más concretamente dilucidado por Myrdal. En apoyo a lo anteriormente citado sobre el involucramiento político de los grandes economistas, este autor aplica la tesis a la etapa actual: "Ahora el liderazgo ha pasado a economistas que dirigen su atención a los problemas dinámicos del desarrollo y su planteamiento. Lo más importante que debemos destacar es que esta nueva dirección de nuestro trabajo científico no resulta de la autónoma reorientación de las ciencias sociales, sino es consecuencia de trascendentales cambios políticos".⁴⁶ Muchos otros científicos sociales concuerdan con él.

Y así se completa el círculo de nuestra argumentación. El compromiso-acción es ideológico e implica una visión dentro de la ciencia. Esta visión está condicionada por pautas sociales y trascendentales cambios políticos que llevan a los científicos a una evaluación de su disciplina y a una reorientación de la misma. De este proceso van resultando no sólo la acumulación del conocimiento científico sino también su enriquecimiento, su renovación, su revitalización.

Estas son las coyunturas que se presentan hoy a los científicos sociales ante la crisis de la América Latina, para justificar su tarea y la existencia misma de la cien-

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 40-41.

⁴⁶ Myrdal, *op. cit.*, p. 398.

cia. Son una prueba de decisión, de laboriosidad y de creatividad en la presente etapa histórica. Son una prueba que lleva a combinar el rigor científico con la participación en el proceso histórico, para lograr una postura intelectual autónoma, aunque ella pueda acarrear persecuciones e incomprendiones momentáneas. Quizá de estos empeños resulte no sólo una ciencia social más respetable, firme y propia nuestra, con una más clara definición de la crisis latinoamericana, sino también una política eficaz de cambio que lleve a una sociedad superior a la existente. Tal es la responsabilidad de los hombres de ciencia, y tal el *engagement* que adquirimos ante el mundo y ante la historia.

ANTECEDENTES DE UNA IDEA

Toda idea importante requiere un proceso de gestación. Las que anteceden, relacionadas con crisis, compromiso, liberación y autonomía, me fueron enseñadas por diversos colegas de varios países, como se menciona en el capítulo anterior. Pero más directamente debo manifestar cuánto debo en este campo a los de mi propia universidad, y especialmente a Camilo Torres. A través de la amistad y del trabajo que realizamos en la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia fui absorbiendo las invaluables enseñanzas de todos ellos.

Hacia poco que Camilo Torres había expuesto en Buenos Aires sus ideas sobre una sociología auténtica latinoamericana, que tanto efecto han tenido desde entonces, dentro y fuera de Colombia. Sus palabras replanteaban la función actual y la justificación de la sociología como ciencia rebelde y subversiva, puesta al servicio de la causa de la transformación real de América. Poco a poco sus ideas iconoclastas fueron calando, dentro de aquel ambiente a la vez caldeado y reaccionario que caracterizaba a la Universidad Nacional entre 1963 y 1965. Se consolidó la Facultad de Sociología, es cierto, dentro de las normas tradicionales universitarias y con un plan de estudios desarrollista que le permitió sobrevivir y progresar un tanto. Pero se trabajó casi en seguida para reorientar la enseñanza y la investigación, dándoles un mayor énfasis latinoamericano y colombiano y buscando un marco interdisciplinario enraizado en los más candentes problemas sociales nacionales.

De allí nacieron el Programa Latinoamericano de Estudios del Desarrollo, primera escuela sociológica universitaria de graduados en toda la región, organizada y dirigida por latinoamericanos meritorios, y la nueva Facultad de Ciencias Humanas, que pretendía romper las barreras entre las disciplinas sociales, para hacer de ellas un verdadero motor de cambio dentro de la Universidad y en el país. Parecía, pues, llegarse al clímax de la organización de las ciencias sociales en Colombia.

Dentro de aquel ambiente de reestructuración interna y desafío institucional, durante una semana de celebraciones en honor de la sociología, el 28 de octubre de 1965 pronuncié las siguientes palabras, con el tema de "Nuevos rumbos y consignas para la sociología":*

"Es lógico tratar aquí asuntos relacionados con nuevos rumbos y consignas para la sociología en Colombia, porque esta Facultad ha sido el principal centro formativo de esa ciencia en el país, y además ha sido foco de agitación intelectual y de creatividad académica. Hay razones para sentirse satisfechos por lo alcanzado en los años pasados desde 1959, cuando se creó el departamento de Sociología; pero es también indispensable que se recapacite, para propender a una reorientación necesaria. Este puede ser un momento adecuado para el examen, porque se cumplió una etapa de siete años y se inicia otra dentro de la nueva política de integración universitaria.

Hace siete años se partió de nada: una pequeña oficina, un escritorio, un estante de libros vacío, y dos profesores de cátedra. Pero se crearon las bases institucionales de la realidad actual. Hubo errores: quizá los naturales por falta de experiencia y de recursos. Además, fue casi inevitable que se identificara a la Facultad con su primer decano, por la naturaleza de las luchas universitarias e ideológicas de aquel entonces y la intensidad del esfuerzo

* Reproducido como Lectura Adicional N° 179 de la Facultad de Sociología, Bogotá, 1965.

por alcanzar una identidad profesional, en competencia con otras carreras ya establecidas.

Ahora se inicia una nueva etapa integracionista, que comienza con mucho: lo que se ha logrado ganar atrás. En esta etapa, la nueva Facultad que se crea (la de Ciencias Humanas) no podrá confundirse con ninguna persona en particular. Además, deberá seguir institucionalizando la autocrítica constructiva, para perfeccionar su acción. Lo que sigue es una expresión de esa autocrítica, como el esbozo de un plan que pudiera adelantarse aquí en los próximos diez o quince años.

El problema: necesidad de una reorientación

Hasta ahora hemos sido quizá demasiado provincianos en nuestra concepción de la sociología, probablemente por la necesidad de cimentarla como carrera (por la supervivencia de la Facultad) y con el fin de redondear nuestra imagen profesional. Actualmente se siente la urgencia de alcanzar una visión más amplia de los fenómenos que nos rodean, como condición indispensable para ser un verdadero sociólogo. A esta meta podría llegarse por tres vías, que pueden ser simultáneas:

- ✓ 1. Obtener una visión introspectiva de la cultura colombiana y latinoamericana, haciendo un mayor uso de la autonomía creadora. Esto implica tratar de "andar solos", con fuerzas propias y en las direcciones a que nos lleve una constructiva y fructuosa "imaginación sociológica", al estilo de las exigencias de C. Wright Mills. La realidad latinoamericana en transformación merece ideas propias para explicarla, y una metodología propia para describirla, lo cual nos lleva a poner, en principio, en cuarentena aquellos conceptos conocidos que hemos aprendido en textos y en aulas —tales como el orden primitivo, élite, casta, burguesía, el uso parcial del formulario—, no para eliminar-

los sino para buscar su exacta validez en nuestro ambiente local.

Implica también reinterpretar los valores nacionales y regionales (folklore, ciencia popular, tradición raizal) en el contexto del cambio, destacando los nuevos que vayan surgiendo con autenticidad, y también reconocer el gran desafío que en los órdenes tecnológico y social representan los trópicos para la innovatividad humana.

Este no es un nacionalismo a secas. No es aquel romántico, sentimental o emotivo de décadas pasadas. Es otro de naturaleza selectiva, basado en elementos relacionados con el desarrollo y el cambio social profundo. Es un nacionalismo que mira hacia el futuro y que lleva, además, a una especie de *nacionalismo continental dentro de la región latinoamericana*. Un nacionalismo amplio nos ayuda a entender mejor la realidad colombiana, porque nos permite colocarla en una perspectiva adecuada, que destaca sus varias dimensiones.

2. Crear una sociología comprometida con el desarrollo, es decir, que dentro de las normas científicas se identifique con las metas radicales de progreso, bienestar y justicia social que se ha fijado el pueblo. No se crea que este afán de responder a las necesidades y aspiraciones de los pueblos lleve a actitudes irracionales o a la frustración de la ciencia. Por el contrario, puede ser acicate para realizar descubrimientos o invenciones de gran alcance, como ocurrió con Caldas y la hipsometría, dentro del contexto desestimulante de la colonia a comienzos del siglo xrx. Aquel afán patriótico no elimina la objetividad científica, sino que la coloca dentro de un contexto realista de cambio social. Implica, en todo caso, una sociología dinámica, problemática, vital, al estilo de la de Engels y Ward, o al de la resucitada por Simmel y Mills. Es una ciencia que adquiere como norma el ideal de servicio, antes que la fama o el lucro.

3. Declarar la independencia intelectual, para estimular nuestros talentos y nuestra propia dignidad, combatiendo

el colonialismo. Obviamente, esto no significa rechazar lo que hacen otros grupos de diferentes latitudes, sólo por ser de naciones extrañas; tal cosa sería un miope etnocentrismo, un síntoma real de inferioridad.

Tampoco esta independencia intelectual lleva a ignorar los descubrimientos válidos de naturaleza acumulativa que se realizan en muchos sitios, y que deben tomarse en cuenta por todo científico serio, aunque en este sentido deba anotar que nos favorece la proyección de la curva de acumulación del conocimiento, que es geométrica. Así, en un tiempo relativamente reducido sería posible que las distancias de hoy se acortaran bastante. Ni mucho menos debe convertirse esta independencia en capote bajo el cual esquivar compromisos con las metas sociales propuestas, como bien lo señaló en su conferencia de Buenos Aires nuestro profesor, el padre Camilo Torres.

La independencia intelectual de que aquí se habla significa, entre otras cosas, crear nuevas formas de trabajo y pensamiento, que sean a su vez aportes a la comunidad universal de científicos. Significa poder tratar de igual a igual con colegas de otros países hoy más adelantados, no por lo que digamos o escribamos en floridas frases, sino por los hechos palpables de la ciencia que hagamos, como evidencias presentadas en macizos estudios, en impecables trabajos de investigación, en libros y monografías, como resultado de nuestra metódica organización mental y madurez conceptual. Significa no temer a las nuevas corrientes intelectuales, sino ser receptivos a todas, sin dogmatismos o prejuicios, porque sabremos discriminar entre lo que nos sirve y lo que nos es inútil para el desarrollo de nuestra ciencia.

En fin, declarar la independencia intelectual significa alcanzar dentro del mundo de la ciencia y de las letras dignidad y autoridad propias.

Soportes intelectuales para la política de amplia visión

Para alcanzar el éxito en esta reorientación ideológica vamos a tener que realizar varios actos de trascendencia.

Uno es el examen de la propia realidad social para traducirlo en investigación sistemática y docencia, siguiendo el derrotero que hemos llevado hasta hora, pero colocándolo con más claridad dentro del marco de la sociología comprometida con el desarrollo, de que hablaba antes. En este campo es pertinente recordar que no podría haber sociologías dadas sin una aplicación específica. Así, la sociología de la educación debería servir por lo menos para plantear la planificación educacional; la sociología de la medicina, para la democratización de la salud; la sociología urbana, para los problemas de desarrollo regional; la sociología del conflicto, para racionalizar la liberación de los grupos oprimidos o marginados. Además, sobresalen campos nuevos como el desarrollo político y los problemas demográficos, actividades que en buena hora se han confiado al Programa Latinoamericano de Estudios del Desarrollo, basado a su vez en una intensificada y reenfocada enseñanza a nivel de pregrado.

El campo de la sociología de las transformaciones sociales y del conflicto lleva a reconocer también la interdependencia de la primera con otras ciencias sociales: la antropología, la historia, la economía, la psicología y la geografía. Es posible que aquí en Colombia —como en los países en vía de desarrollo— se encuentren factores más positivos para llegar a una ciencia integral del hombre, su cultura y su sociedad, que en países avanzados; porque en éstos la ciencia se encuentra demasiado parcelada y alrededor de las parcelas se han creado fuertes intereses. Aquí es posible aún llegar a concebir una ciencia de síntesis.

Otro acto fundamental para alcanzar las metas de la política de amplia visión es el examen de fenómenos complejos de naturaleza internacional. Es necesario que conoz-

camos mejor a nuestros vecinos, para aprender de su experiencia histórica, pero sin rendir culto a sus culturas. Así como científicos de países dominantes vienen aquí a estudiarlos, también nosotros debemos intentar estudiarlos a ellos; y, como ellos, establecer en nuestra universidad cátedras de estudios norteamericanos, europeos, africanos y asiáticos.

Esto puede llevarnos a investigar fenómenos o instituciones como el "imperialismo", para una determinación precisa y seria de sus características, sus manifestaciones, los lazos con diversos países, su incidencia en las naciones independientes. Lleva también a vincularnos mediante la investigación y la asistencia técnica a los países del Tercer Mundo, entre los cuales es meritorio destacar a los del África, que son excelentes laboratorios sociales, casi todos en plena y acelerada evolución. Los africanos prefieren trabajar con los técnicos de países subdesarrollados, quizás por la mayor afinidad del atraso común y por la cercanía a los métodos de trabajo y de encuesta que hemos desarrollado frente a problemas reales que también nos son comunes, como la falta de estadística, el analfabetismo y el atraso agrícola-técnico. Ya se ha hecho algo allí por latinoamericanos. En efecto, la CEPAL ha destacado misiones técnicas nuestras en Egipto y en Gana, y el médico colombiano Santiago Rengifo participó activamente en la planeación de la salud pública en el Congo. En fin, nuestro apoyo al desarrollo del África debe ser un reto científico y técnico para nosotros, que nos beneficiará por las ventajas que trae el método comparativo de investigación.

También será deseable promover la colaboración de igual a igual con científicos respetables de otros círculos. No cabe duda de que hay grupos de científicos sociales de avanzada en los Estados Unidos que se identifican con nuestros problemas y que son concientes de los suyos propios; que no tienen empacho en protestar por actos incongruentes como la invasión a la República Dominicana, y que se han comprometido también con el desarrollo de la

en muchos otros países, a pesar de todos los obstáculos, las incomprensiones y las campañas de descrédito puestas a su paso por los campeones de intereses creados. Nuevos valores humanos de esta ciencia han aparecido, en números crecientes, sujetos ya a una estricta disciplina universitaria. El impacto de estos nuevos elementos empieza a sentirse, y a ellos debe abríseles el paso para que ocupen pronto las posiciones más eminentes de la profesión en el país. Estos científicos de nueva estampa ya han producido importantes estudios, como los presentados en este congreso. Están desarrollando técnicas más precisas, ofreciendo una adecuada temática de investigación y novedosos criterios para fijar prioridades en ella y transmitir el conocimiento adquirido a sucesivas promociones de sociólogos.

Ver este impresionante progreso de la sociología en los últimos años es algo que estimula, y que a mí personalmente me emociona.

Pero en los actuales momentos históricos de Colombia ya empieza a sentirse la necesidad de algo más trascendente. Ahora el país se agita de manera positivamente subversiva, para buscar nuevas formas de organización y de acción social y económica que reemplacen las que no le satisfacen. El país está tratando de articular nuevas metas valoradas para la acción colectiva, con el fin de ganar, por la razón o por la fuerza, un futuro mejor. Siendo esto así, los sociólogos y otros científicos nacionales adquieren una nueva obligación: la de trabajar por el advenimiento de ese nuevo orden social a que el país aspira y por el cual el pueblo deja sentir sus urgencias y anhelos, dentro de una época de transición azarosa y llena de riesgos y peligros.

El riesgo, el azar y el peligro de este momento histórico son las condiciones dentro de las cuales la presente generación de sociólogos y otros intelectuales debe hacer una contribución original y fructuosa de alcance universal. Si no por otra causa, porque ésa es la situación real en que se vive y trabaja día a día. La plenitud del saber, en

estas circunstancias, no podrá venir de la lectura rutinaria de los libros —usualmente importados de otras partes para protocolizar el coloniaje cultural—, ni del rito vacío de la enseñanza universitaria, que en muchas partes se detuvo en décadas pasadas, quedando sujeta a estériles repeticiones insulsas o a la ola de falsos mitos y héroes con pies de barro. La plenitud intelectual surgirá de la respuesta autónoma que se dé a los problemas del riesgo y del azar de nuestro desarrollo, mediante la investigación disciplinada e independiente, la meditación seria y la acumulación sistemática del conocimiento adquirido.

La creatividad intelectual y artística que quiere recibir la estimación universal no puede estar sujeta a marcos conformistas. Hoy más que nunca es necesario romper los moldes existentes y lanzarse más allá para estar de frente a la contradictoria, azarosa y peligrosa realidad de la subversión moral y de la potencialidad revolucionaria, que son síntomas evidentes de nuestro mundo y nuestra época. Esta es la tarea de una generación decisiva, quizás la nuestra, y por eso son pocos los años disponibles para realizarla. Implica esta tarea un compromiso con el futuro de nuestra sociedad y la adopción de nuevos criterios para fijar prioridades y decidir qué es lo más importante en relación con ese futuro. La respuesta a los interrogantes científicos y el estímulo al esfuerzo necesario para contestarlos deberán provenir de una ciencia comprometida con esa gran lucha social, económica y política que es la creación de un nuevo país.

Existe un peligro en esa función creadora del compromiso con el desarrollo moral subversivo: tradicionalmente los intelectuales colombianos hemos sido muy dados a sólo hablar y escribir, y a pensar que en esta forma llenamos nuestra obligación moral para con la sociedad que se transforma. Evidentemente, eso no es suficiente. Así se ha venido haciendo desde hace mucho tiempo sin que se produzca casi ningún efecto en el sistema social y económico combatido. Por el contrario, el dejar discutir ideas y pu-

blicar artículos y libros (no importa cuán extremistas sean) puede ser benéfico para el sistema, ya que permite a sus defensores destacar la «amplitud» del debate y lo «democrático» de sus instituciones. Lo importante es dar el segundo paso más allá de la expresión puramente literaria, científica o artística, para tornarse en participantes o impulsores activos del desarrollo, en críticos honestos de los sistemas imperantes, en vigilantes de los peligros de frustración que experimenta ese desarrollo, para que las palabras y las tesis vayan respaldadas por los hechos o iluminadas con el ejemplo.

Alguno podrá preguntarse legítimamente si esto va más allá de la ciencia para pasar a la política. No puede discutirse que tales riesgos existen, aunque comparados con los otros que presenta la vida corriente en nuestras sociedades en crecimiento no presenten ninguna desventaja especial. El hecho es que no podemos evitar esos riesgos ni ignorarlos para permanecer por encima o por debajo de ellos, sino que nos compelen a tomar una actitud definida ante ellos.

Por eso no es posible sostener que sólo existe compromiso en los científicos o personas que favorecen el desarrollo, pues también existe otro compromiso en las personas o científicos que por acción u omisión favorecen el *statu quo*. Su compromiso puede ser inconciente, es decir, creen que su actitud de apoyo a los sistemas imperantes es objetiva y libre de prejuicios. Pero en el fondo eso no es así: en la realidad están comprometidos con esos sistemas y llevan el prejuicio de su continuidad y defensa. En consecuencia, es importante sacar a luz esas ideas e ideologías concientes o inconcientes, tomarlas en cuenta en la investigación y proceder según tales hechos con toda seriedad, guardando los cánones del método científico. Esto es parte de la aventura intelectual que hoy propongo a la comunidad universitaria especialmente.

No se diga tampoco que esta aventura es totalmente heterodoxa o novedosa. En las ciencias económicas, por

ejemplo, se ha venido haciendo investigación comprometida desde hace unos veinte años, con Galbraith, Hagen, Hirschman, Currie, Furtado y Prebisch, economistas muy conocidos y respetados. A nadie se le ocurre decir que ellos no son científicos porque se comprometen con sus valores o ideologías; por lo contrario, se reconoce que su productividad y originalidad se afianzan en este compromiso.

Hoy la sociología está llegando a esa misma etapa de eficacia en la acción y en la planificación. En efecto, ya existe una corriente innovadora sobre el particular en la América Latina. La sociología comprometida tiende a formar parte de un serio aporte conceptual y teórico de un distinguido grupo de sociólogos latinoamericanos, como Pablo González Casanova, Fernando Henrique Cardoso, Rodolfo Stavenhagen, José A. Silva Michelena y Jorge Graciarena.

Todos estos científicos han tenido o tienen la posibilidad de participar en la lucha por el cambio con fines de observación y de conocimiento de la dinámica intrínseca en tales procesos. Son claras las ventajas que esto tiene para la ciencia. La ciencia deriva de tales experiencias de acción nuevos conceptos, nuevas teorías y un nuevo entendimiento a fondo de los fenómenos que le competen. Este es, precisamente, el reto científico del momento: el llegar a demostrar que aun comprometiéndose activamente con el esfuerzo nacional revolucionario también se puede hacer ciencia, y ciencia respetable en nivel universal. El diseñar nuevos marcos conceptuales basados en nuestras realidades conflictivas, sin apoyo en muletas ideológicas foráneas —el andar solos y sin miedo—, respondería a la necesidad de servirle al país, y al mismo tiempo enriquecería la ciencia social.

No es esto tampoco cosa nueva en la sociología misma. Desafíos intelectuales de este tipo, condicionados por la historia y por el crecimiento de sus sociedades, fueron acep-

tados y utilizados científicamente por Malthus, Smith, Marx, Comte, Ward y otros sociólogos comprometidos del siglo XIX, como también tiende a ocurrir, de manera creciente, hoy, cuando se descarta el funcionalismo estructural o se complementa éste con el modelo del desequilibrio social. Tal es el desafío del conflicto subversor y revolucionario que nos absorbe y que no puede ignorar el científico en los países que avanzan y crecen. La actitud necesaria lleva a un compromiso del científico con su pueblo, con el cual se identifica en sus aspiraciones. La ciencia nacional deberá reflejar esas aspiraciones, como se enraizarán las ideas e interpretaciones de su cultura en las angustias de las gentes y en el diario trajín de la vida del pueblo.

En conclusión, puede verse que en la sociología comprometida se aplica el método científico de investigación con una nueva dimensión de la objetividad, dentro de un marco de referencia ideológico que señala prioridades de trabajo. Esta ideología es la del cambio revolucionario, entendido como un esfuerzo total y profundo para cambiar el actual orden social y llegar a otro que se considera superior. La sociología queda así comprometida con el cambio en cuanto se orienta a estudiar problemas reales y agudos, vividos por la sociedad. Está en oposición a una sociología que estudie problemas formales con baja probabilidad de aplicación para la solución de los problemas del desarrollo.

Un desafío de la naturaleza del que describo no aparece sino en momentos cruciales de la nacionalidad: es el reto a la verdadera creatividad, que tiene dimensión universal. Según síntomas observables, éste parece ser uno de tales momentos. El hecho de que celebremos el Segundo Congreso durante esta extraordinaria coyuntura de nuestra historia puede abrir grandes perspectivas científicas, y de este congreso cabe esperar indicaciones adecuadas para tan trascendental tarea.

La contribución de cada uno de nosotros a través de ponencias o de la discusión de ellas podrá servir como hilo conductor que nos lleve a esa meta que buscamos: la de la permanente superación de la ciencia sociológica puesta al servicio de nuestra sociedad. Claro que éste es el sino del científico comprometido. Sólo que hoy esa misión — crear, contribuir, construir, guiar, criticar y luchar por una mejor sociedad se siente con mayor urgencia que nunca."

CASOS DE IMITACION INTELECTUAL COLONIALISTA

Hasta ahora hemos enfocado aspectos teóricos del colonialismo intelectual implícitos en diversas modalidades del compromiso (el compromiso-pacto), o al hablar de manera general sobre una ciencia rebelde que responde a una crisis, o de una sociología de la liberación.

Es necesario ser más específico y señalar ejemplos concretos de colonialismo intelectual entre nosotros. El presente capítulo enfoca sumariamente el problema, relacionándolo con los científicos sociales.* El siguiente lo hace en cuanto a la política reformista o desarrollista que ha caracterizado la formación (y deformación) de cooperativas en América Latina.

Comencemos haciéndonos una pregunta:

¿La fuga de talentos puede realizarse sin emigrar de un país a otro? Cuando un científico que permanece en su tie-

* Estudio publicado originalmente en *Diálogos* (Colegio de México), N° 29, septiembre-octubre 1969, y basado en la intervención que hice en un simposio sobre "Colaboración internacional en ciencias sociales", realizado en la Universidad del estado de Nueva York, Stony Brook, marzo 1968. Cf. la conferencia que dicté en la Universidad de Columbia, Nueva York, el 2 de diciembre de 1966, bajo los auspicios del NACLA (*North American Congress for Latin America*), sobre "Prejuicios ideológicos de norteamericanos que nos estudian"; y otras críticas similares hechas por mí en los Estados Unidos.

rra adopta como patrón de su trabajo exclusivamente aquel desarrollado en otras latitudes, sin hacer un esfuerzo crítico para declarar su independencia intelectual, puede producirse también aquel despilfarro de la inteligencia y del esfuerzo autóctonos que caracteriza al "robo internacional de cerebros". La creatividad personal da paso entonces al servilismo y a la imitación fatua y muchas veces estéril de modelos extranjeros considerados avanzados, que sirven más para la acumulación del conocimiento en las naciones dominantes que para el entendimiento de la propia cultura y la solución de los problemas locales.

Este asunto del servilismo está muy vinculado a la práctica de colaboración entre investigadores de distinta nacionalidad y de diferentes disciplinas. Vale la pena examinar algunos aspectos aplicables a las ciencias sociales, para deducir pautas que permitan combatir el despilfarro del talento, especialmente en nuestros países latinoamericanos, que tan necesitados están de realizar el más amplio uso de sus escasos recursos humanos, económicos y tecnológicos.

Como punto de partida tomemos la tesis de que tener un compromiso social es no sólo una forma apropiada para reconstruir la sociedad, sino también un reto para crear una ciencia seria que sea propia a la vez. Esta es aquella disciplina que, al enfocar las necesidades y objetivos supremos de la sociedad local, llena también todos los requisitos académicos de acumulación del conocimiento, la formación de conceptos y la sistematización universal.

El reto de la ciencia comprometida ha sido aceptado en toda su potencialidad creadora por científicos como Barrington Moore, Maurice Stein, Louis Wirth, Gunnar Myrdal, Arthur Vidich, Irving Horowitz y algunos otros que derivaron su inspiración de la tradición de la sociología dinámica, la sensibilidad política y el celo misionero por el cambio social, actitudes que resucitó C. Wright Mills. Estos sociólogos llenaron los requisitos exigibles en cuanto a idoneidad, pertinencia e integridad, para produ-

cir una ciencia propia y seria, poco sujeta a la fuga del talento en sus respectivas sociedades.

Cuando se aplican estos criterios a la ciencia social latinoamericana —con el contexto mundial en mente— puede descubrirse un panorama triste “que no inspira”, como dijo una vez un profesor norteamericano, porque muestra “estados de desorden” y de “confusión”. Aún más: se ha señalado el peligro de que “siga habiendo una ciencia social de segunda clase” (al sur del río Bravo) si los norteamericanos “se pliegan románticamente” a las decisiones latinoamericanas en cuanto a la selección de temas de investigación. Este asunto se relaciona con el problema de la imitación colonialista, que es otra manera de expresar la “fuga espiritual” del talento en una región dada.

Soy el primero en admitir que nosotros, los científicos sociales de América Latina, todavía tenemos mucho que aprender para llegar a ser tan respetados y hábiles como los científicos físicos o los naturalistas, y tan independientes como ellos. Comenzamos la carrera más tarde, y nuestra juventud posiblemente nos limite un poco. Sin embargo, el trabajo de muchos colegas latinos puede compararse favorablemente, desde el punto de vista técnico y desde muchos otros, con cualquier trabajo realizado por cualquier científico en cualquier parte del mundo. De hecho, ellos pueden responder con propiedad algunas de las preguntas formuladas por los colegas de otras partes, y se verá que no son tránsfugas intelectuales. Su ejemplo como profesionales creadores y originales es digno de estudio, porque puede estar indicándonos cómo combatir la fuga del talento y cómo salir de la mediocridad en que nos hallamos, especialmente aquellos que, como yo, hemos seguido rutinariamente, a veces, los modelos extranjeros “asépticos” de la ciencia no comprometida, creyendo de buena fe que éstos eran los cánones más altos de la metodología de la investigación.

Sin duda es interesante descubrir que la creatividad de algunos de los mejores profesionales latinoamericanos con-

temporáneos va en relación inversa a su dependencia de los modelos de investigación y de los marcos conceptuales diseñados en otras partes, tales como los que se acostumbran en Norteamérica y en Europa. En otras palabras, a mayor creatividad y perspicacia en la investigación local, menor dependencia de la versión actual de la tarea intelectual que se observa en los países avanzados, y menor el impacto posible del "robo de cerebros". Pero esta conclusión no debería sorprender a nadie, porque de hecho la ciencia social de segunda clase que se observa entre nosotros puede deberse a la cándida imitación que hemos hecho de las teorías de segunda clase y de la conceptualización estéril que se originan en los países avanzados, y que se difunden de ellos a nosotros.

Los trasplantes conceptuales de una cultura a otra, a diferencia de los injertos de órganos en el cuerpo humano, no han recibido toda la atención que merecen. Sin embargo, el principio de la aceptación o rechazo de ideas nuevas puede ir al meollo del problema de la investigación colaborativa y del servilismo científico. Naturalmente, es inevitable que las ideas y conceptos se difundan rápidamente en medios propicios, y en el mundo de hoy el compañerismo y la comunicación entre los científicos son más estrechos que nunca. Pero la experiencia nos demuestra que tal facilidad de contactos científicos y culturales puede tener efectos positivos así como negativos. La imitación simple, aparte el deseo honesto de confirmar una hipótesis, con frecuencia ha resultado ser un callejón sin salida, como puede verse en las disciplinas sociales cultivadas en la América Latina.

Por ejemplo, en la sociología y en la psicología social el trasplante del modelo del equilibrio para explicar transformaciones locales, o el de la hipótesis de la anomia como una variable dependiente automática de la urbanización, o el de la medida de actitudes *n-Ach*, en general, no ha tenido éxito. En antropología, los esfuerzos para aplicar el concepto de "indecisión social" a los grupos campesinos

en transición, así como algunas tipologías bipolares, han resultado algo estériles. En geografía humana, el método Köppen de clasificación de climas y la búsqueda del *optima loci* no han llevado a ninguna parte. En economía, la teoría del "despegue" o take off del desarrollo no parece tener bases firmes.

Por otro lado, debe haber mucho que aprender de los principios de organización social que se aplican a la "civilización selvática" y a la tecnología desarrolladas por las guerrillas del Vietnam y de otras partes; y también hay mucho que deducir de los experimentos sociales de Cuba que se llevan a cabo en gran escala, y sobre los cuales debe existir, por lo menos, la curiosidad natural de los científicos.

Por lo tanto, aquellos que recibimos el impacto de culturas dominantes debemos ahora más que nunca tener la precaución y el buen juicio de saber adaptar, imitar o rechazar los modelos extranjeros. Debemos desarrollar un sexto sentido para descubrir esquemas y conceptos que no darían resultado; o, por lo menos, desarrollar un diseño experimental para controlar la difusión de teorías sin importancia aparente, evitando así el desperdicio posterior de recursos y de tiempo a que daría lugar la imitación colonialista, y la eventual fuga de talentos.

Asimismo, nosotros los científicos del Tercer Mundo deberíamos esforzarnos por ser verdaderos creadores, para saber usar materiales autóctonos y normas conceptuales originadas en situaciones locales. Naturalmente, el desarrollar esta capacidad autónoma de "andar solos" es una prueba final, en cualquier parte, de ciencia fecunda y provechosa, y requiere trabajo arduo, más duro aún que el que nosotros hemos podido realizar hasta ahora en la América Latina y que nos hace tan perezosamente inclinados a adoptar lo extranjero. Esta tarea exige que los científicos sociales de la América Latina "lleguemos a los hechos".

nos "ensuciamos" las manos con las realidades locales y demos un mejor ejemplo de dedicación industriosa y productiva que pueda igualarse a la de los colegas de otras partes.

Algunos latinoamericanos pueden estar evitando los temas más candentes y delicados de nuestra sociedad, lo cual es un defecto porque coarta la originalidad. Pero afortunadamente ésa no es la tendencia actual. No es comprensible que la colaboración en la investigación y el acercamiento interdisciplinario no puedan brindar contribuciones en este sentido, especialmente si los interesados se mueven dentro de los mismos marcos de referencia, se respetan mutuamente y están inspirados por el mismo compromiso social. Una ciencia universal más rica sería el producto natural de esta colaboración hasta cierto punto "centrípeto". De hecho, también es tiempo de que los científicos de regiones menos desarrolladas realicemos con audacia y autonomía más estudios sobre los Estados Unidos y otras naciones avanzadas e imperialistas en etapas de superdesarrollo. Pero no para protocolizar la fuga del talento, sino para conocer mejor a los poderes dominantes, con miras al progreso y a la realización de la potencialidad de los países dominados.

Pero más que asistencia técnica unilateral lo que se está necesitando es colaboración honesta. Hay muchos profesionales de países avanzados que no solamente conocen los problemas sociales de otras partes, sino que se sienten políticamente atraídos por ellos. La colaboración con esa clase de profesionales rebeldes, que miran con simpatía los esfuerzos nacionales hacia una profunda renovación social, puede ser productiva. Se observa en esos profesionales el nacimiento de una antiélite intelectual articulada. Y la antiélite puede ser un signo saludable del cambio subversivo necesario en una sociedad. Esta renovación en las academias de los países avanzados puede estar produciendo

con rapidez, y ya se expresa en movimientos de protesta social y política y en la aparición de publicaciones iconoclastas.

Así, es importante tener un sentido real del compañerismo intelectual, un compromiso firme con el cambio social necesario y un sincero afán de crear una ciencia propia y respetable, para evitar la fuga espiritual del talento, así como la emigración del científico frustrado.

UN CASO TRASCENDENTAL DE COLONIALISMO INTELLECTUAL: LA POLITICA COOPERATIVA EN AMERICA /

Veamos ahora un caso detallado de colonialismo intelectual, con la historia de sus orígenes y el examen de sus desastrosas consecuencias.

¿Quién no ha oído decir que las cooperativas son un fracaso en la América Latina? No pasa día sin que, literalmente, en alguna parte del continente no se esté clausurando una cooperativa, con todo lo que ello representa en términos de despilfarro de recursos financieros y de agostamiento de ideales y esperanzas.¹

Evidentemente, los dineros que así se malbaratan pueden calcularse en varios millones de dólares anuales, representados en el costo de agencias gubernamentales y privadas de supervisión y fomento de cooperativas y en ayuda internacional con estos fines. La pérdida del ideal cooperativo es más sutil y venenosa, porque va minando la confianza de las gentes en sí mismas y en sus propias fuerzas,

¹ Nos referimos especialmente a cooperativas de tipo primario, basadas en vínculos sociales dentro de un área geográfica, dedicadas al consumo, al crédito o la producción, y cuyo efecto puede ser significativo para el cambio social. Este capítulo fue presentado originalmente como una contribución al Simposio sobre la Participación Social en América Latina, auspiciado por la OIT, efectuado en México, 14-16 de octubre de 1969, y organizado por Rodolfo Stavenhagen.

así como en los mecanismos del cambio social, reduciendo las posibilidades de éxito en nuevos intentos de transformación.

No obstante, aun con toda esa tradición de desplome y frustración, curioso es constatar que el cooperativismo sigue siendo "piedra angular" de la política social de nuestros gobiernos. Por una cooperativa que se cierra, otra —o quizá dos más— se abren para reiniciar el viacrucis. El cooperativismo subsiste, incorporándose como un mito a movimientos políticosociales de envergadura (la reforma agraria, el sindicalismo y el desarrollo comunal) y proclamando a las cooperativas como órganos necesarios de la "revolución pacífica" que, a los ojos oficiales, se impone en nuestros días para evitar la otra, la "violenta" y "destructora".

Es lógico preguntarse si este cíclico renacer del cooperativismo en la América Latina —que surge de las ruinas de ensayos realizados en periodos anteriores— tiene una justificación sociológica. En efecto, la tiene. Por lo que se ha podido estudiar al respecto, especialmente en lo que concierne a la parte rural,² parece que la fuerza de este mito reside en la creencia de que el cooperativismo es una "modernización" de la tradicional "cooperación", esto es, de las tradiciones de ayuda mutua, cambio de brazos, *mutirão* o beneficencia social que han distinguido a nuestras clases populares y que pueden colocarse, en un momento crítico dado, al servicio del bienestar colectivo. Así, aparecen las campañas principales de fomento cooperativo, por regla general, en épocas de crisis económica (entre 1927 y 1936), en la época problemática de la posguerra y sus ajustes económicos (década de 1940), o cuando se agita el espectro de la violencia rural (como en Colombia

² En el Instituto de las Naciones Unidas de Investigaciones para el Desarrollo Social (UNRISD), Ginebra, Suiza, se viene adelantando esta labor, que cubre no sólo a países de América Latina (tres de ellos intensivamente), sino a otros de Asia y África. Los informes serán publicados en 1970.

entre 1948 y 1957), o para hacer frente a la amenaza del comunismo y al impacto de la Revolución Cubana (década de 1960).

Pero esta modernización, naturalmente, no se deja llevar hasta sus últimas consecuencias: sería un suicidio para las clases dominantes e ilustradas que auspician el mito del cooperativismo. La transformación provocada por las cooperativas debe realizarse dentro de cierto margen, para que se satisfagan algunas necesidades primarias, sin producir cambios estructurales profundos: Se reconoce que las cooperativas, si se hacen bien, pueden llegar a ser peligrosas. De ahí que se las circunscriba y controle cuidadosamente y que al autorizarlas —porque se necesitan— se viva siempre con el temor a su potencialidad subversiva. La oposición se basa, en última instancia, en esta posibilidad —en lo que se puedan convertir las cooperativas— más que en su reducido desafío al *statu quo* y la proclamación de sus principios. Por eso, es una modernización marginal,³ aceptada y aceptable oficialmente.

Hay otro factor sociológico en este sentido. Hasta ahora se ha buscado que esta modernización no siga cauces populares propios y auténticos, sino aquellos impuestos por la imitación de pautas extrañas a la historia y la idiosincrasia de los latinoamericanos. Al combinar la innovación imitativa con el control social y político adecuado se impide aún más que aquélla cumpla todo el ciclo probable de transformación social. Se produce, en cambio, el aborto de las iniciativas que se toman en nivel local, o la rutinización del cambio tecnológico alcanzado. Por eso esta modernización marginal, condicionada a la imitación cultural y a la transferencia de modelos foráneos, ha servido, en

³ El concepto de "cambio marginal" (vs. el "significativo"), que es una de las bases teóricas del presente estudio, se deriva del planteamiento del autor en *Las revoluciones inconclusas en América Latina, 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968, donde se le hace una interpretación más completa y se aplica al período de las guerras de liberación en Colombia.

momentos de tales crisis colectivas, menos para beneficiar decisivamente a las gentes humildes que para calmarles los ánimos y restaurar la estabilidad social amenazada.

Las excusas por las fallas en nivel local nunca faltan: se deben, dicen, a la "inmadurez" del pueblo mismo. El fracaso fue por "falta de educación cooperativa", dirán en clásico eufemismo los expertos internacionales y supervisores nacionales, para encubrir la imprevisión e ingenuidad de los socios, la corrupción de los gerentes, la ineficacia de las juntas de vigilancia o el fracaso de los sistemas contables, siendo que, en la realidad, todos se habían prestado, sin saberlo, a una sutil maquinaria de cambio social controlado en que el objeto final no era tanto el estímulo a la autonomía comunal —tan enaltecido en la literatura cooperativa— cuanto el mantenimiento de la subordinación de las gentes en un nuevo contexto moderno.

Es necesario, entonces, desmenuzar este mito y colocarlo en su verdadera perspectiva. Aun admitiendo las buenas intenciones expresadas por los voceros del cooperativismo como un movimiento social que podría transformar la sociedad, es tiempo de que se vuelvan a examinar sus bases para entender su verdadero significado y conocer sus limitaciones en el terreno de los hechos. Tenemos entre manos un problema muy especial, pues se ha forjado entre nosotros un aparato ideológico que contiene dos elementos: 1) una innovación moderna, pero marginal y segura, producida por la tendencia imitativa de las clases dominantes e ilustradas; y 2) un recurso a ideales cooperativos antiguos, un poco desuetos y extraños al área, que sirve como maniobra de distracción popular en tiempos de crisis política y social. Si ello es así, se trata de uno de los casos más trascendentales de colonialismo intelectual en la América Latina, con grandes implicaciones y consecuencias económicas y políticas, estimulado no sólo por instituciones extranjeras deseosas de servir en este campo, sino por los mismos que gobiernan y orientan a nuestros países.

Comencemos por el principio, es decir, con un somero análisis del origen del movimiento cooperativo en algunos países americanos, cuyas raíces se encuentran en la Europa del siglo XIX.

Contradicciones ideológicas con los pioneros

Como en otros casos de contactos políticos trasatlánticos, parece que fue a través de los grupos liberales españoles de mediados del siglo XIX como se conoció en América Latina lo que se estaba haciendo en Europa para organizar al proletariado dentro del nuevo contexto industrial. En especial, se sabe que en México, por lo menos, tuvieron influencia las obras de Fernando Garrido, un admirador de los pioneros de Rochdale y amigo de Robert Owen, con quien mantuvo correspondencia. La influencia de Garrido se tradujo en un intento de fundar "compañías cooperativas", principalmente de consumo, en la década de 1870, que se combinaron con sindicatos entonces en boga. Estos ensayos, vistos esencialmente como "socialistas", fracasaron al entrar a gobernar Porfirio Díaz e implantarse en firme en México el sistema "capitalista", o por mejor decir, el del liberalismo económico.⁴ Igualmente, se registra en Cuba, en 1865, la presentación del owenismo a través del periódico de oposición *El Siglo* (al que por eso se acusó de comunista), periódico que hizo campaña en favor de la creación de cooperativas y que auspició la primera sociedad de socorros mutuos entre obreros que en 1866 existió en ese país.⁵

⁴ Robert Owen había pedido al gobierno mexicano, en 1828, permiso para establecer una colonia cooperativa socialista, parecida a la de Nueva Lanarck, en Coahuila y Texas, pero su propuesta no fue aceptada. Véase Rosendo Rojas Coria, *Tratado de cooperativismo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, pp. 174-175. Cf. Fernando Garrido, *Historia de las asociaciones obreras en Europa*, Barcelona, 1864.

⁵ Raúl Cepero Bonilla, *Obras históricas*, Instituto de Historia, La Habana, 1963, pp. 277-280.

Owen y los rochdalianos se constituyen así, desde el comienzo, en ángeles tutelares del cooperativismo en la América Latina. Su papel orientador, especialmente el de los pioneros de Rochdale, no les ha sido nunca disputado, aunque en periodos posteriores, como veremos, otros apóstoles del cooperativismo hicieran también su entrada.

En efecto, no hay cooperativa de ningún género en la América Latina, ni agencia promotora nacional, internacional, eclesiástica o privada donde no se haya repetido, como un nuevo evangelio, la historia de los 28 tejedores de la calle del Sapo. Sus siete reglas aparecen consignadas en leyes nacionales,⁶ en casi todas las revistas y folletos de propaganda,⁷ en estudios especializados de alcance regio-

⁶ Véanse las primeras leyes sobre esta política expedidas en la Argentina (decreto 11388 de 1926), Colombia (ley 134, de 1931), Chile (ley 596, de 1932), el Brasil (decreto 22239, de 1932) y México (leyes de 1933 y 1938). Todas acogen los principios rochdalianos expresamente. Leyes anteriores (como la mexicana de 1927 o la colombiana de 1918) confundieron las cooperativas con sociedades de compraventa y no surtieron efectos positivos; las posteriores del resto de países americanos copian o duplican las disposiciones encontradas en las leyes o decretos ya mencionados. Sobre estos aspectos legales puede consultarse, entre otros, a Fernando Chávez Núñez y Jean Orizet, *Estudio comparativo de la legislación cooperativa de América*, Washington, Unión Panamericana y OIT, 1957; y a Jaime Daly Guevara, *Derecho cooperativo*, Caracas, Universidad Central, 1967.

⁷ Notablemente en la literatura producida por agencias internacionales como la INTERCOOP (Sociedad Cooperativa Internacional Agrícola de Abastecimiento), la Alianza Cooperativa Internacional, la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) de los Estados Unidos de América, etc. Hay muchas series nacionales que siguen las mismas pautas, como por ejemplo las colecciones de "Cruzada Social", Acción Cultural Popular (Radio Sutatenza) y UCONAL (Unión Cooperativa Nacional) en Colombia; las de la UNESCO y el gobierno ecuatoriano; las de la Unión Panamericana; sociedades locales como el Centro de Estudios Cooperativos de Venezuela, la *Cooperativa Cultural dos Esperantistas*; en el Brasil; e institutos de formación cooperativa establecidos en casi todos los países americanos.

nal,⁸ y hasta en periódicos mimeografiados de vecindario rural,⁹ como ideas-faros que van indicando el camino del verdadero cooperativismo.

Este monopolio rochdaliano ha dado origen a un verdadero culto, expresado en la proclamación solemne de sus reglas — como “principios universales” del cooperativismo, hecha por la Alianza Cooperativa Internacional en varios de sus congresos, particularmente en el de París en 1937, decisión acogida por los seguidores del movimiento en congresos interamericanos realizados en Bogotá en 1961 y en Montevideo en 1963.¹⁰

Para lograr una perspectiva adecuada y entender lo que en la realidad representan los pioneros de Rochdale en el cooperativismo latinoamericano — así en lo positivo como en lo negativo — conviene recordar el contexto en que surgen, a mediados del siglo XIX, en Inglaterra, y estudiar cómo se transfiere esa experiencia al medio americano.

Ya la iniciación de ese tipo de cooperativismo de consumo en México, bajo la tutela de las obras de Garrido, es sintomática de las incongruencias a que puede dar lugar, y de ahí la frustración a que condujo en ese momento. En el fondo, ocurrió un desfase ideológico que partió del origen mismo del movimiento cooperativo, decantando o desvirtuando sus ideales originarios porque éstos no armonizaban bien con las instituciones existentes, ni podían sustentarse en actitudes tradicionales del medio ambiente, que

⁸ Por ejemplo, el estudio de Valdiki Moura, *Temática Rochdaleana*, Ric de Janeiro, *Gráfica Esperanto*, 1964.

⁹ Véanse el Nº 6 de *El Progreso de Saucio*, boletín de la Junta de Vecinos de Saucio (Cundinamarca, Colombia), del 14 de febrero de 1959; y comunicados de los consejos de administración de las cooperativas de Tibirita y San Vicente, también en Colombia, expedidos en 1957 (archivo del UNRISD, Ginebra).

¹⁰ Daly Guevara, *op. cit.*, pp. 270-271; Antonio Fabra Ribas, *La cooperación: su porvenir está en las Américas*, Bogotá, Editorial Óptima, 1941, pp. 61-73. Esta proclamación haría de los principios cooperativos rochdalianos algo equiparable solamente a los del Evangelio de Cristo y a la Carta de las Naciones Unidas.

los hacían incongruentes.¹¹ Se propuso la "cooperación", desde el principio, como antídoto de la "competencia" y del ánimo del lucro, implícitos en el nuevo sistema económico industrial capitalista. Los pensadores socialistas de la época, como Owen y Fourier, favorecían la cooperación, y los liberales como Raiffeisen y Schulze-Delitzch querían cierta forma de compromiso con el sistema capitalista. En Europa se adoptó finalmente este compromiso, expresado en diversas formas de cooperativas, pero especialmente en las de ahorro y crédito, como es ampliamente conocido.

Este problema de la decantación de la utopía cooperativa viene discutiéndose casi desde la iniciación del movimiento. Aún no se ha resuelto a plena satisfacción, pero en Europa casi se da por descontado. Afecta a los pioneros de Rochdale porque éstos ofrecen, paradójicamente, el primer caso dramático de una filosofía cooperativa desvirtuada: En efecto, la historia de los pioneros que se presenta a los campesinos, obreros y educadores latinoamericanos es sumamente parcial y está deformada precisamente en todo aquello que se relaciona con el problema de la decantación de la utopía. Conviene saber que los pioneros (por lo menos los más destacados e influyentes, como Charles Howarth) eran abiertamente socialistas y seguidores de Owen, y que impusieron total o parcialmente sus puntos de vista, especialmente en lo concerniente al control democrático, la participación en las utilidades y la distribu-

¹¹ El fenómeno aquí descrito es el identificado en la sociología contemporánea como "decantación de utopía". Esta se refiere al acondicionamiento de ideales por la realidad, que tiende a transformarlos o acomodarlos, perdiendo así su sentido prístino, desvirtuando o diluyendo las metas originalmente propuestas y dejando al descubierto las inconsistencias o "hipocresías" de la sociedad. Cf. Orlando Fals Borda, *Subversión y cambio social*, Bogotá, Tercer Mundo, 1968, pp. 8 et passim; Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941, pp. 169 y siguientes.

ción de excedentes.¹² Un fiel desarrollo de estos principios habría llevado a una cooperativa *sui generis* altamente subversiva, que hubiera roto con un sinnúmero de valores sociales y normas de conducta económica y social en la Inglaterra de la época, nación que apenas cimentaba su imperio y organizaba su economía con base en el capitalismo liberal. En efecto, al principio aquella cooperativa actuó como un "islote cultural", tratando de imponer sus ideales: fue la época más fructuosa de la misma, en términos educativos e intelectuales.

Pero hacia 1860, al haber establecido un negocio propio con obreros, y al haber abandonado la primera idea de una "comunidad autónoma", empezaron a experimentarse las tensiones entre el ideal cooperativo original y el medio ambiente empresarial existente, con su culto al lucro y la libre competencia. Los pioneros de Rochdale se enfilaban hacia un enfrentamiento fundamental entre ellos mismos y con el medio ambiente: o seguían como islote cultural y no crecían —antes podían perecer—, o se amoldaban a las circunstancias y modificaban el sentido de sus principios. En 1862, después de varias sesiones turbulentas, se inclinaron a lo más expeditivo: sus obreros serían tratados como en las otras empresas. Así cayeron por tierra los principios tan cacareados de la cooperación, dando paso a los del cooperativismo moderno ajustado al capitalismo liberal. Los pioneros de Rochdale no sólo deformaron las reglas sobre el control democrático y la participación de los socios-trabajadores en las utilidades de la producción, sino que limitaron el alcance de las otras sobre libre adhesión, fomento educativo y neutralidad política.¹³ El desconcier-

¹² Beatrice Potter (Mrs. Sidney Webb), *The Cooperative Movement in Great Britain*, Londres, Swan Sonnenschein and Co., 1893, pp. 59-62; Georges J. Holyoake, *Historia de los pioneros de Rochdale*, trad. de Bernardo Delom, Buenos Aires, Federación Argentina de Cooperativas de Consumo, 1944, pp. 17-18, 32-33, 85.

¹³ Potter, *op. cit.*, pp. 205-223; Holyoake, *op. cit.*, pp. 95-100.

to entre los pioneros fue tal que algunos se retiraron de la sesión avergonzados. Su mismo cronista autorizado hizo hincapié en que la cooperativa de Rochdale "no debería llamarse más cooperativa", y afirmó que aquella decisión de 1862 no había causado regocijo sino "en muchas casas bancarias y en numerosas manufacturas donde los hombres, desde generaciones atrás, trabajaban como caballos y morían como perros".¹⁴

El mismo Robert Owen, por supuesto, había empezado también a desencantarse de su hijastra ideológica.¹⁵ Habiendo advertido las contradicciones e inconsistencias sociales y económicas de la época —"la injusticia de la sociedad consigo misma"¹⁶, el famoso filántropo había declarado la guerra al principio del lucro. Para él, los cooperadores debían estar animados de un nuevo espíritu de servicio, por el "ideal moral" de que la organización de la comunidad no dependiera de los empresarios que buscan la ganancia, sino de la organización del trabajo tomando en cuenta el bienestar de los trabajadores y su clase social.¹⁷ Ahora, la cooperativa de Rochdale abjuraba de esos ideales, convirtiéndose en otra empresa, en una empresa capitalista, dejando de ser un islote cultural de visionarios y rebeldes y pasando a ser en cambio una cooperativa sectorial.

Las dudas suscitadas en Europa por la suerte de la cooperativa madre de Rochdale también han pasado ignoradas en la América Latina. En efecto, pocos recuerdan que Louis Blanc, otro visionario socialista, la atacó, y a

¹⁴ La causa de esta marcha atrás en Rochdale la achaca Holyoake a que habían entrado en la cooperativa socios que no conocían nada de cooperativismo y que eran administradores, pequeños capitalistas, traficantes y gentes análogas (*ibid.*, pp. 95-96).

¹⁵ Potter, *op. cit.*, pp. 56 *et passim*.

¹⁶ Robert Owen, *A New View of Society, or Essays on the Formation of the Human Character*, Londres, R. and A. Taylor, 1818, pp. 10, 87-88.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 57-65; cf. Potter, *op. cit.*, p. 221.

través de ella a Owen, reprochándoles su falta de decisión para ir hasta las últimas consecuencias, "hasta la toma del poder", para así terminar con su aislamiento cultural e imponer la nueva norma de vida cooperativa desde arriba.¹⁸ Evidentemente, tampoco Blanc tuvo éxito cuando alcanzó el poder y los políticos sabotearon sus *ateliers*. Pero la polémica continuó sobre la congruencia del ideal cooperativo dentro del contexto capitalista y su consecuente decantación, suscitando los graves reparos que al movimiento hicieron, entre otros, Ferdinand Lasalle, Carlos Marx, Louis Bertrand, Benoît Malon, Auguste Bebel y E. Vansittart-Neale, y que desembocaron en la escisión del movimiento en 1910 (Congreso de la Alianza Cooperativa Internacional en Hamburgo, y del Socialismo Internacional en Copenhague).¹⁹ Ya no parecía posible concebir al cooperativismo como perteneciente ideológicamente al socialismo que lo había engendrado, ni ver la idea de "cooperación" como antitética de "competencia", sino que las cooperativas se admitían como una fórmula desarrollista ajustada a las pautas reinantes del liberalismo económico. Evidentemente, muchas cooperativas europeas de la actualidad no pueden catalogarse más como tales, sino como grandes negocios y empresas capitalistas, con limitada participación de los socios. Igual se manejarían las sociedades anónimas. Esta interpretación decantada del cooperativismo se transmitió a la América Latina, a través de ideólogos alemanes que subrayaron otro sector económico, el de las cooperativas de crédito y ahorro, dejando de lado las de producción, que podían ser más peligrosas y subversivas por involucrar la tierra —fuente de poder—, sus usos y quienes la laboran.

¹⁸ Louis Blanc, *Organisation du travail: Association universelle*, París, Administration de Librairie, 1841, p. 74.

¹⁹ Véase el útil resumen de los puntos de vista de estos pensadores y el desarrollo de la Alianza y otras asociaciones que hace Grómoslav Mladenatz, *Histoire des doctrines coopératives*, trad. por Nicolas Leseanu, París, *Presses Universitaires de France*, 1933, pp. 173-194.

Todos estos hechos, tan conocidos en Europa, se han ocultado, por razones obvias, al público latinoamericano en general y a los socios afiliados a las sociedades cooperativas en particular. Ya debería quedar claro que a la región se llevó no un ideal prístino de cooperación moderna, sino un modelo desvirtuado por la experiencia capitalista. Este modelo no puede tolerar "verdaderas" cooperativas, porque destruyen el molde liberal en que operan. Cuando éste las permite, ellas deben convertirse en empresas comerciales o bancarias, en simples almacenes de compraventa, o en sociedades anónimas, si quieren sobrevivir, así insistan en mantener el nombre de "cooperativas". En esta forma se encubre el origen socialista de la idea, se tuerce su sentido y se castran sus posibilidades revolucionarias.

Esto no quiere decir que no se pueda fomentar el cambio social con las "cooperativas" como existen hoy. Su aceptación proviene precisamente de que lo producen porque es necesario. Pero tal aceptación va condicionada, como se dijo antes, a mantener la innovación dentro de un margen de seguridad que no amenace a los sistemas imperantes y los intereses creados. De ahí que no sean sino mecanismos de ajuste o corrección de estos sistemas.²⁰ Dentro de ese margen se permiten modificaciones sociales y económicas como la difusión de técnicas modernas, la adopción de abonos y semillas superiores, o se ensayan nuevos

²⁰ Esta tesis fue expuesta francamente por Vainó Tanner, presidente de la Alianza Cooperativa Internacional, en el histórico Congreso de París de 1937, cuando declaró: "El sistema cooperativo es susceptible de adaptarse a las diversas formas de la economía y llenar en todas ellas funciones importantes, corrigiendo defectos, subsanando errores y sirviendo siempre de oportuno contrapeso a las prácticas corrientes en la producción, la distribución y el consumo. Todo depende del criterio que en materia de cooperación prevalezca entre los grupos sociales que ocupen el poder" (resumido y citado por Fabra Ribas, *op. cit.*, p. 222). Es la misma teoría de los "pequeños goces" de Charles Gide, que se derivan del cooperativismo navideño y la obtención de regalos y otras prebendas familiares (Charles Gide, *Le coopératisme*, París, *Recueil Sirey*, 1929, pp. 311-312).

sistemas de crédito y se estimula el ahorro. Mientras pasa la urgencia de la crisis política que motiva el fomento cooperativo, estas campañas marginales avanzan. Luego se detienen o se frustran, sin que la gente haya realmente asimilado a su cultura la experiencia cooperativa moderna. Los problemas básicos de la pobreza y la ignorancia siguen, llevados a un nuevo nivel de complejidad y sofisticación, como veremos en seguida.

Incongruencias entre mito y realidad

Pasando por alto la decantación de la utopía cooperativa que, como puede inferirse, tiende a seguir una política contradictoria desde el origen mismo de su concepción, los encargados y otros entusiastas del fomento de cooperativas en la América Latina prefieren insistir confusamente, y de manera puramente verbal, en el mito rochdaliano originario. Al hacerlo, estimulan la realización de sucesivos ensayos que, como en el mismo Rochdale, desembocan en reveses. Esto es así porque, como en la Inglaterra de 1862, las entidades organizadas se encuentran ante una realidad ambiente que contradice los presupuestos sobre los cuales se habían concebido idealmente. Lo extraordinario del caso es advertir cómo esta triste historia de avances y reveses se ha venido repitiendo año tras año en todos los países, sufriendo ritos de masoquismo social sólo explicables por los escapes que tienen para los aspectos conexos del mantenimiento del *statu quo*.

En efecto, parecería obvio esperar un mínimo de cuidado al realizarse transferencias culturales de tal entidad entre una región del mundo y otra. Sin embargo, en el caso de las cooperativas se ha procedido en una forma tan superficial —y hasta irresponsable— que contradice aquellos principios del cambio social que estipulan un mínimo de congruencia con el molde socioeconómico y ecológico existente, es decir, cierta afinidad según la cual las institucio-

nes de nueva creación están condicionadas en su funcionamiento y duración por la naturaleza del medio en que actúan. Se observa, por el contrario, un prurito de imitar a los países considerados "avanzados", con cierta tendencia a subestimar el valor de lo propio e indígena y las posibilidades de creación autónoma.

Así, si de Inglaterra se toma la idea de las cooperativas de consumo, como hemos visto, de Alemania se importó la de las cooperativas de ahorro y crédito del tipo Raiffeisen. En uno y otro caso se trataba de experiencias sectoriales bien cimentadas en las comunidades locales, que surgían de tradiciones y situaciones económicas y sociales distintas a aquellas de América Latina, y ya condicionadas por el sistema capitalista vigente. En Rochdale se trataba de obreros pobres, es cierto, pero de calidades eminentes derivadas de una educación técnica y de un temple moral sumamente estricto, y del adiestramiento en el autogobierno democrático y la participación popular estimulados por la Reforma protestante.²¹ En Alemania se trataba de impulsos filantrópicos disciplinados de los ricos, para que colaborasen con los pobres y sufridos, haciéndose solidariamente responsables de buscar la "paz social" y aplicar la regla cristiana del "amor al prójimo".²² De allí surgieron en Europa nuevos servicios y actividades comerciales, que culminaron con la creación de bancos cooperativos plenamente armonizados con el medio económicosocial. Además, los movimientos cooperativistas de esos países avanzaron con la creación de federaciones regionales y, después de muchos años de experiencia, sus fines, derechos y obligaciones quedaron plasmados en legislaciones nacionales.

La atracción del diseño alemán, especialmente, para los imitadores latinoamericanos es muy comprensible. He aquí una fórmula cooperativa relativamente fácil y ya decantada por el sistema capitalista, que en apariencia no exige

²¹ Potter, *op. cit.*, pp. 37, 39, 91.

²² Franz Brauman, *El hombre que venció la pobreza*, trad. de M. Vieira, Bogotá, UCONAL, 1966.

mucha infraestructura educativa, ni contable, ni bancaria. Las cooperativas de ahorro y crédito pueden iniciarse en pequeño y quedar sujetas al necesario control de los poderosos y de los intereses creados, y por eso no pueden ser peligrosas. De ahí que hayan sido de las primeras en organizarse en la América Latina, hacia 1927 y años subsecuentes, en respuesta a las graves crisis económicas de la época.²³ Luego, en la década de 1950, estas cooperativas recibieron el decidido impulso de los gobiernos, así como el de la Iglesia Católica, especialmente en países afectados por la violencia rural y la aceleración de la migración rural-urbana, con toda su secuela de problemas de desajuste y tensión social, económica y política. La tendencia a impulsar el "fácil" y "seguro" cooperativismo de crédito y ahorro ha sido mucho más evidente en la década de 1960, cuando esta categoría pasa a ser meteóricamente la segunda en casi todos los países, después de la de consumo. Las tasas de crecimiento de las cooperativas de crédito y ahorro disponibles para Ecuador (19.0) y Colombia (2.8) son sintomáticas, considerando que las tasas de crecimiento de las cooperativas en general son de 2.4 para Ecuador y 1.9 para Colombia, durante el mismo periodo.²⁴

Pero la importación de estos modelos —así fueren par-

²³ Los viajes a Alemania fueron mecanismos importantes del trasplante cultural de las cooperativas de crédito a la América Latina. El presidente electo de México, Plutarco Elías Calles, visitó las Cajas Raiffeisen y las cooperativas de estilo Schulze-Delitzch en Alemania en 1925, y durante su presidencia se aprueba la primera ley cooperativa de México, que traduce aquella experiencia (1927); Rojas, *op. cit.*, p. 324. En Colombia, el sacerdote Adán Puerto regresa de Europa, en 1922, convencido de este tipo de cooperativismo, e inicia una gran campaña de promoción que culmina en 1926 en el nombramiento, por el gobierno colombiano, de una comisión de estudios que recomienda la legislación cooperativa subsiguiente; Rymel Serrano, *El movimiento cooperativo en Colombia*, Bogotá, Instituto de Economía Social y Cooperativismo, s.f.; *Difusión Cooperativa* (Bogotá), Superintendencia Nacional de Cooperativas, 1943, No 2, p. 24.

²⁴ Archivo de UNRISD, Ginebra.

ciales y en apariencia sencillos y convenientes— produjo en todo caso serias incongruencias.²⁵ Lo primero que puede observarse es la reversión del proceso análogo en Europa: allí la creación de cooperativas se plasma al cabo de varias décadas de experiencia en una legislación que responde a las necesidades locales. En la América Latina se comienza con la legislación, sin que hubiera ninguna cooperativa funcionando en parte alguna. Además, ella refleja ya los intereses creados, especialmente los de los comerciantes, cuyos negocios podían quedar afectados por la innovación. Esto da origen a inconsistencias y contradicciones aberrantes, lo cual se puede ilustrar con el caso mexicano. La ley de 1927 refleja conceptos comerciales y referencias al Código de Comercio de México que hacían poco menos que inocua la idea del cooperativismo. Tales errores no empezaron a corregirse sino con la ley de 1933.²⁶ En Colombia, las primeras disposiciones pertinentes (1918) eran más para sociedades de compraventa. Las de 1931 se adicionaron con la ley de 1936, que concede exenciones y derechos de aduana a las cooperativas, que para entonces no eran sino 48, abriendo así el camino para convertirlas en “buenos negocios”.²⁷

En todo caso, se impone el cooperativismo desde la cumbre, como acto paternalista y autoritario y no como resultado de un convencimiento popular derivado de la participación democrática o de la ilustración de las gentes. En cambio se rinde homenaje verbal a los principios de Rochdale, induciendo la formación de negocios bajo la guisa de la cooperación y produciendo, en nivel local, instituciones híbridas destinadas al abuso de confianza. En el mejor de los casos —como en Colombia por la ley de 1936— se

²⁵ Otros cooperólogos modernos que se citan con frecuencia en la América Latina, o cuyos libros corren traducidos al español, son los siguientes: Víctor Hüber, Luigi Luzzatti, Alphonse Desjardins, Edward Filene, Paul Lambert, James P. Warbasse, Henrik F. Infield, Charles Gide, Ernest Poisson y Georges Fouquet.

²⁶ Rojas, *op. cit.*, p. 324.

²⁷ *Difusión Cooperativa*, No. 2, 1948, pp. 24, 47.

utilizó la legislación cooperativa para encubrir negocios y operaciones lucrativas que envolvían la importación de equipos y materiales con las ventajas que la ley concedía a las llamadas "cooperativas", materiales que luego se vendían a buen precio en el mercado nacional.

Al adoptar los modelos cooperativos europeos se pensó, naturalmente, en los "más adelantados", en los del siglo xx, que constituyen, como queda dicho, la culminación de todo un proceso de cambio social, ajuste jurídico y decantación utópica. Se olvidó el hecho de que los campesinos y obreros europeos (los principales clientes de las cooperativas) habían pasado ya por procesos culturales que exigían un nuevo tipo de adiestramiento técnico, nuevas formas orgánicas de solidaridad y una orientación más impersonal y secundaria hacia los mercados y los precios que aquella que había privado al iniciarse el movimiento en el siglo xix. Eran pues modelos poco adaptables a la condición de América Latina, especialmente en las áreas rurales y los barrios marginales, donde todavía se vive en un tipo de sociedad de solidaridad mecánica y primaria, donde la técnica es aun rudimentaria en muchas partes y los problemas de mercado se tratan todavía en el plano personal.²⁸ Si en las cooperativas europeas se individualizaba el poder de votación, se restringían las lealtades familiares, se empleaban rígidos principios comerciales y contractuales, se exigía un alto grado de conducta impersonal y se aceptaba la racionalidad jurídica para las sanciones, en la América Latina la realidad presentaba una sociedad paternalista, explotada y marginal, en la que el concepto de cooperación era exactamente todo lo contrario.

Naturalmente, ni siquiera los míticos principios rochda-

²⁸ Cf. Emilio Willems, *El cambio cultural dirigido*, Bogotá, Facultad de Sociología, 1963, pp. 48-52. Este autor observa, en efecto, que las cooperativas de estilo europeo más exitosas en la América Latina son aquellas iniciadas por los inmigrantes europeos del sur del Brasil y de parte de la Argentina, que llevaban consigo la tradición cooperativa de sus respectivos países.

hianos podían funcionar en tales circunstancias, aunque se hubieran hecho los esfuerzos más estrambóticos: en nivel local, que es el crucial en estos casos, la libre adhesión quedaba condicionada a lealtades personales y familiares, o a la decisión unilateral de un jefe, *gamonal* o *coronel*, que disponía en última instancia; el control democrático se desvirtuaba por las características autoritarias de la sociedad, que imponía límites al voto personal y a la conducta de los socios dentro de la cooperativa; la distribución de excedentes se interpretaba como una ganancia justificada que no confirmaba sino el afán de lucro de los socios y de los que no lo eran, debido al *ethos* capitalista reinante en toda la sociedad; el interés limitado al capital confirmaba lo anterior y creaba un grupo de privilegiados que no colaboraban sino según los beneficios que recibían; la neutralidad política y religiosa quedaba ahogada por la existencia de las tensiones políticas en la sociedad mayor y por la intensidad de las luchas partidistas que desbordaban las cooperativas y las tomaban como nuevas arenas de confrontación; el pago al contado era muy difícil de exigir entre gente que vivía al debe y a la caza natural de ventajas, dentro de una economía de la pobreza; y el fomento de la educación no era más que una ilusión, cuando el Estado ni siquiera podía cumplir sus obligaciones mínimas de enseñanza primaria.²⁹

En consecuencia, no sorprende encontrar en las regiones latinoamericanas casos tolerados como los siguientes: cooperativas estatales —y de empresas privadas— en que se obliga al socio a entrar, sin ilustrarle en mayor cosa, como condición para recibir servicios; imposición de antiguos mayordomos o mayores, o de funcionarios oficiales, como gerentes o como miembros de consejos de administración; mantenimiento de formas feudales de explotación de la tie-

²⁹ Cf. Marco Antonio Durán, *El agrarismo mexicano*, México, Siglo XXI, 1967, pp. 97-132; Narsés Salazar Cuartas, *La cooperación en Colombia: Balance crítico y programa*, Bogotá, Editorial Meridiano, 1955, pp. 207-209.

rra, en comunidades llamadas cooperativas, en que se emplea a los socios como peones; utilización del capital de la sociedad para un reducido número de amigos o familiares del gerente; depósito del ahorro de gentes humildes cooperadoras en bancos privados que no benefician sino a clientes pudientes; empleo de las cooperativas para racionalizar la caridad de las parroquias; mantenimiento del control social del párroco a través de directivas elegidas sólo con su previo consentimiento; utilización de las cooperativas como trampolín político, por jefecillos locales; robo y malversación de fondos por parte de los líderes de la cooperativa; conversión de cooperativas en capítulos o células políticas bajo el control de partidos nacionales. Cuando quiera que se observan síntomas en otra dirección, produciendo, por ejemplo, una mayor participación real de los socios, el surgimiento de nuevos líderes que desafían, por justa causa, a los tradicionales, la discusión de alternativas radicales basadas en una conciencia de clase que llevarían a actos redistributivos de la riqueza, entonces, al observarse estos síntomas, se construye un cerco alrededor de los líderes insurgentes y se procede a la sistemática destrucción del islote rebelde, sin dejar que se expanda ni que se proceda a constituir federaciones fuertes de esta tendencia en nivel de la comunidad o región. Además, es rara la cooperativa que haya hecho, en realidad, una verdadera e intensa campaña educativa: el sólo postularla y aplicarla luego hasta sus consecuencias finales ya es un desafío intolerable para el sistema.³⁰

Así, invocando las reglas clásicas del cooperativismo se

³⁰ Datos de campo recogidos por los equipos del UNRISD, 1968-1969. Véanse las monografías siguientes (en proceso de publicación): Hernando Ochoa y José María Rojas, *La cooperativa de Tamesis*; Carlos Fonseca Mejía, *Tradicón y cambio social: la Cooperativa de San Vicente*; María Teresa Findji, *La cooperativa ganadera de Cunday*; Ramón Pugh, *Estructura de poder local y liderazgo campesino*; informes especiales sobre el Ecuador y Colombia, por Salomón Rivera, Carlos Escalante y Fabio Ocampo (títulos provisionales).

refuerzan las estructuras sociales y económicas existentes, dándoles un nuevo lustre, el de la modernización. A las gentes se les dice que dan un paso adelante si se cooperativizan: en realidad quedan aún dentro del mismo círculo de poder que nunca llegó a romperse con la innovación, sino que recibió el refuerzo de la técnica y la sofisticación de lo que se consideraba "avanzado" o "racional". He aquí la función latente de este cooperativismo a medias que es positivo para la perpetuación de las pautas vigentes de dominación y explotación, puesto que no llega a desafiarlas realmente sino que se amolda a ellas, las mimetiza, las ofrece como simple mecanismo de ajuste en momentos de necesaria transición.

Pero estas incongruencias entre el mito rochdaliano y la realidad económicosocial de la América Latina —a veces tan útiles para el mantenimiento del *statu quo*, como hemos visto— no constituyen pruebas para sostener que el cooperativismo sea imposible en este continente. Lo que se demuestra, ante todo, es lo fútil de persistir copiando modelos extranjeros, introduciéndolos en áreas donde ello no produce sino un tipo estéril de conflicto social o el refuerzo de las estructuras existentes.

Se menosprecia al campesino y al obrero latinoamericano si se les piensa incapaces de crear algo positivo en este campo y de responder a estímulos culturales y técnicos apropiados. Y, por otra parte, se sobrestima la aplicabilidad de las ideas de cooperólogos eminentes, así sean ellos Hüber o Lambert, Warbasse o Infield, Gide o Poisson.

Claro que la disyuntiva subsiste en la elección entre el fomento cooperativo ideal, con su tendencia colectivizante y socialista, y la aplicación de fórmulas más individualistas, dilema que deberán resolver algún día los promotores de la política social en cada país. Pero, en todo caso, no han faltado quienes vuelvan los ojos a las realidades de las comunidades, a las actitudes y aspiraciones de las gentes y a sus tradiciones más dinámicas, para derivar la necesaria inspiración. Quieren tomar estas tradiciones y las formas

de vida real como puntos de partida para crear modelos propios de cooperación en la América Latina. Vale la pena estudiar ahora estos intentos, para ver cómo se reflejan en la concepción de las políticas cooperativas de nuestros países.

La búsqueda de modelos cooperativos propios

Hay que reconocer que la literatura sobre el cooperativismo en la América Latina es poco original, y que sus adeptos se distinguen por la manía de citar copiosamente a cooperólogos europeos y norteamericanos. Esta tendencia al colonialismo intelectual se ha venido estimulando por agencias extranjeras, especialmente europeas, que han financiado amplios programas de divulgación y que han tratado de afiliar las cooperativas latinoamericanas a federaciones o movimientos internacionales de diversa índole.

El principal centro de difusión del cooperativismo europeo durante la intensa época de nueva legislación en los países americanos (especialmente durante la década de 1940) fue Buenos Aires. Allí la Sociedad Cooperativa Internacional Agrícola de Abastecimiento (INTERCOOP), con sede en Rotterdam, auspició una gran colección de publicaciones en español (entre otras, los conocidos "Cuadernos de Cultura Cooperativa") que se esparcieron por todo el continente, con los temas y orientaciones analizados en páginas anteriores. También en Buenos Aires se hallaba la Federación Argentina de Cooperativas de Consumo, con otra larga serie de publicaciones y folletos del mismo estilo. Más adelante se duplicaron estos libros o se prepararon nuevos en otros países, como Chile, Colombia, México y el Brasil. Los títulos publicados demuestran su orientación típicamente europea, con traducciones de autores conocidos de ese continente, o trabajos de latinoamericanos que se constituyeron en sus discípulos.

Hacia la misma época, la Unión Panamericana y la Organización Internacional del Trabajo se distinguieron con

muchos libros y revistas sobre este tema, que seguían la misma dirección europeizante, complementada con algunos cooperólogos norteamericanos estilo Infield y Warbasse.³¹ La Unión Panamericana contaba con una sección de cooperativas dentro de su División de Asuntos Sociales y de Trabajo, que fue otra tribuna de orientación extracontinental. La Food and Agriculture Organization (FAO) llegó después con manuales organizativos para cooperativas agrícolas calcados en Rochdale, Luzzatti y otros promotores europeos.³²

Más tarde, ya en la década de 1960, la Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos (AID) estableció en México un centro de difusión cooperativa (y de desarrollo comunal) que publicó muchos folletos ilustrados, del mismo tenor de los anteriores. Mientras tanto, organismos como la Organización Raiffeisen de Alemania y la CUNA Mutual de Wisconsin, Estados Unidos, establecieron vinculaciones apropiadas con cooperativas de ahorro y crédito en toda la región, especialmente a través de asociaciones nacionales de cooperativas, como la Unión Cooperativa Nacional (UCONAL) o la Asociación Nacional de Cooperativas, ambas de Colombia. Últimamente, las experiencias israelíes con los kibutzim llamaron la atención y produjeron corrientes de intercambio sobre esta materia entre Israel y varios países de América Latina que buscan nuevos modelos para seguir imitando.

Obviamente, ninguna de estas entidades y organismos tendía o tiende a estimular el pensamiento propio latinoamericano ante las posibilidades y problemas de la cooperación, sino que todos inducen a seguir las pautas marcadas

³¹ Véanse, por ejemplo, Unión Panamericana, *Desarrollo del movimiento cooperativo en América*, Washington, 1954; International Labor Office, *The Cooperative Movement in the Americas*, Montreal, ILO, 1943.

³² Especialmente la serie "Cuadernos de Fomento Agropecuario". Véase, por ejemplo, el de J. L. Tenenbaum y Jorge St. Siegens, *Manual de prácticas cooperativas para el agro de América Latina*, Roma, FAO, 1960.

por los pioneros, apóstoles y filósofos del cooperativismo en Europa, los Estados Unidos e Israel. La tendencia a citarlos y a "estar al día" ha impedido así volver los ojos a las realidades propias y obtener de ellas una visión fresca y más realista de las posibilidades de la cooperación en la América Latina.³³ Por fortuna hay excepciones, y algunos hombres singulares han empezado a marcar cierto derrotero que, de seguirse explorando, podría sentar las bases de modelos propios de cooperativismo en la región. Esta tendencia vuelve los ojos a un socialismo original, aunque no exactamente el mismo pre-rochdaliano de Owen y otros fundadores.

Los primeros planteamientos pertinentes se hicieron en el Perú en la década de 1930, como consecuencia de la revaluación del campesino andino y de sus instituciones colectivas agrarias que hiciera el pensador socialista José Carlos Mariátegui.³⁴ Uno de los discípulos de este escritor, Hildebrando Castro Pozo, planteó en 1936 la necesidad de estudiar el cooperativismo en relación con las instituciones tradicionales del *ayllu* y la *marka* peruanos, y presenta con claridad, por primera vez, la disyuntiva que tienen y tendrán todavía por mucho tiempo los forjadores de esta política en nuestros países: seguir "el sistema capitalista del

³³ Entre los animadores más dinámicos y dedicados del cooperativismo en la América Latina en su primera época, que han publicado textos o folletos sobre este tema (además de los citados en este estudio), se cuentan: el sacerdote jesuita Francisco Javier Mejía (fundador de UCONAL), Francisco Luis Jiménez y Carlos Valderrama Ordóñez, en Colombia, Fernando Chávez Núñez, de la Unión Panamericana; Jorge St. Siegens, en Honduras; Antonio Fabra Ribas y Antonio Rodríguez Rosa, originalmente españoles, que contribuyeron al movimiento en Colombia y en México, respectivamente; Juan L. Tenenbaum y Erico Panzoni, en la Argentina; Fabio Luz Filho y Werneck de Souza e Silva, en el Brasil; Agustín de Arroita, en Venezuela; Alejandra C. Cusin, en Cuba.

³⁴ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Librería Peruana, 1934 (primera edición, 1928).

escapamiento de tierras y el *yanconizaje* latifundista", o dar curso "a las aspiraciones comunitarias de conservar los *ayllus* sus tierras, orientándolas hacia la doble finalidad de modernizar las instituciones que actualmente las poseen, para racionalizar la producción y dar un nuevo contenido ideológico a la conciencia agraria de nuestras masas sociales".³⁵ Castro Pozo entendía que las fórmulas cooperativas importadas eran todas de tipo parcial o sectorial, refiriéndose primordialmente al consumo o al crédito, y que tales fórmulas eludían el problema capital del control de la tierra y de la producción agrícola, y la necesidad de introducir cambios fundamentales en la sociedad total. Para llegar al meollo de la cuestión propuso organizar cooperativas integrales de producción, basadas en la propiedad territorial y en las prácticas y costumbres económicosociales de las comunidades andinas. Reconoció, además, la necesidad de hacer una transformación estructural en la sociedad, para llegar a un cierto tipo de "república cooperativa y comunalista".³⁶

Aunque Castro Pozo reflejó el interés romántico del movimiento indigenista de la época (lo que le impidió ver

³⁵ Hildebrando Castro Pozo, "Del Ayllu al cooperativismo socialista", Lima, *Revista de Economía y Finanzas*, 1936, pp. 7, 210.

³⁶ Castro Pozo, siguiendo los lineamientos de Marx (su *Inauguraladresse* de la Asociación Internacional de Trabajadores, 1864) y de Lenin (su opinión favorable a las cooperativas dada en 1923, en el esquema "De la cooperación", como lo cita Moshe Lewin, *La paysannerie et le pouvoir soviétique, 1928-1930*, Paris, Mouton and Co., 1966, pp. 87-88), no acogió de Ernest Poisson sino sus tesis integralistas sobre la producción, rechazando aquellas que se refieren al consumo. Cita a Poisson, en cambio, cuando éste sostiene que el cooperativismo debe llevar a "una sociedad económica nueva en la que no sólo los medios e instrumentos de cambio sean de la propiedad colectiva de los consumidores, sino que también la producción de las riquezas sea igualmente dirigida por los mismos consumidores asociados, convertidos en propietarios de dichos medios de producción y de cambio", pensamiento convergente con la posición de Castro Pozo y de los socialistas modernos. *Ibid.*, p. 273; cf. Ernest Poisson, *La république cooperative*, Paris, Bernard Grasset, 1920, p. 71.

algunas dificultades prácticas en la modernización del *ayllu*), marca una ruta hacia lo propio latinoamericano, distinta a la de los otros autores, y señala algo que es esencial: el problema de la propiedad de los medios de producción y del control y uso de la tierra, que otros cooperólogos tienden a olvidar.

En dos países pudo haberse aplicado este modelo para-socialista, por sus características nacionales y por haber pasado por revoluciones agrarias: México y Bolivia. En ambos, el cooperativismo ha tenido alcances limitados. En México, luego de un período de relativo auge poco después de la Revolución, los cooperólogos más connotados cometieron el error de fundar un partido político que combatió con las armas contra el general Álvaro Obregón. El gobierno revolucionario decidió luego adoptar una política decididamente antiooperativa, que todavía pesa en México para impedir nuevos intentos en este campo.³⁷ Mientras tanto, la organización de los ejidos, aun de los colectivos, fue dejando de lado la organización cooperativa para caer dentro de la maquinaria de partido, perdiendo la visión de las potencialidades innovadoras de la reforma agraria en el campo de la cooperación popular. El reparto de tierras fue produciendo sutilmente, en cambio, la restructuración de la hacienda y de las antiguas pautas de tenencia, en tal forma que se tendió a completar el círculo y volver casi al mismo punto de partida de antes de la Revolución.

El principal ideólogo de las cooperativas mexicanas refleja esta misma perplejidad. Rosendo Rojas Coria alcanzó a ver en la tradición del *calpulli* potencialidades semejantes a aquellas que advertía Castro Pozo para el *ayllu* peruano. Pero se perdió en la utopía evolutiva de Poisson, a la que arribó adoptando de paso las tesis más reaccionarias de Warbasse, para concluir en la necesidad de llegar "sin violencias... hacia un sistema... en que sea posible

³⁷ Rojas Coria, *op. cit.*, pp. 296-309.

la convivencia humana, luchando contra el lucro y el régimen del salariado". Así, en el fondo no dijo nada nuevo para México o la América Latina.³³

En cambio, el hilo suelto de Castro Pozo lo retomó, con más lucidez, Miguel Ángel Angueira Miranda en la Argentina, en 1960. Angueira Miranda fue más decidido que Rojas Coria y más explícito que Castro Pozo. Advirtió cómo un posible movimiento cooperativo nuevo podría surgir en la América Latina por razón de las radicales contradicciones internas del régimen económico y social vigente. Este movimiento se basaría en un cooperativismo integral y en la "socialización del poder", que llevarían a una transformación total de la sociedad, sin detenerse ante la violencia inevitable.³⁹

Interesante es constatar cómo esta línea de pensamiento va postulando con mayor claridad la necesidad de soluciones estructurales, para llegar a un "cooperativismo integral" o total, basado en modificaciones de las relaciones de producción, y no solamente dirigido a instituciones sectoriales o parciales adoptadas a la manera europea (crédito, consumo y ahorro). La posición de este tipo, derivada de Castro Pozo y Angueira Miranda, encontró natural afinidad en la revolución boliviana de 1952, que abrió otra oportunidad de experimentar con nuevas formas de organización campesina. De allí proviene la importante contribución del socialista colombiano Antonio García Nossa, consejero de la FAO ante el gobierno boliviano, aunque también en Bolivia se registre una eventual frustración de los intentos modernos de cooperación campesina.

En Bolivia no se trataba ya simplemente de fundar unas sociedades cooperativas a la manera tradicional, prerrevolucionaria, sino de construir una economía cooperativa

³³ *Ibid.*, pp. 621-626, 667-668. Cf. James Peter Warbasse, *Democracia cooperativa*, trad. por Jacobo Prince y otros, Buenos Aires, Editorial Américala, 1956.

³⁹ Miguel A. Angueira Miranda, *Carácter revolucionario del cooperativismo*, Buenos Aires, INTERCOOP, 1960.

como tercer sector de la economía nacional". García admira el fracaso de las cooperativas que, "guiándose por la ortodoxia mutualista, tratan de resolver sus problemas de un modo enteramente insular y dentro de una ordenación económica que les es totalmente adversa".⁴⁰

Propuso así, de nuevo, un cooperativismo integral de índole revolucionaria, modificando las relaciones de producción y yendo, como lo quería Castro Pozo, a las comunidades reales de campesinos, al *ayllu* y la *marka*, reavivándolos, poniéndolos al día con elementos técnicos, y estimulando la autonomía y la participación locales.⁴¹

La reforma agraria boliviana ofreció las posibilidades de poner en práctica estas ideas, pero no las llevó a sus últimas consecuencias. Por una parte, se adoptó una política evolutiva y sectorial que permitía la coexistencia de cooperativas de mercadeo, producción y trabajo, y sólo en algunas secciones del país (como en las áreas de nueva colonización) se organizaron cooperativas de tipo integral. En las comunidades indígenas tradicionales se ensayaron cooperativas de producción y de trabajo, y en algunos antiguos latifundios se establecieron cooperativas integrales, con explotación colectiva de la tierra.⁴² Sin embargo, la política de fomento de cooperativas integrales del tipo de comuna se fue deteniendo a medida que la reforma agraria subdividía las tierras de hacienda o titulaba lotes en terrenos de antiguas comunidades, creando, en cambio, propietarios individuales. Además, la atención del Estado se fue dirigiendo más hacia el fomento de sindicatos que de cooperativas, al tiempo que se iba desarmando a las milicias campesinas y el sector rural perdía parte de su influencia en el nuevo gobierno militar. Al negarse así la esencia misma de las propuestas de Castro Pozo, las cooperativas

⁴⁰ Antonio García Nossa, "La economía cooperativa y los países subdesarrollados", *Cooperativismo* (La Paz), julio 1960.

⁴¹ Edwin A. Moller, *El cooperativismo y la revolución*, La Paz, Imprenta *Renovación*, 1963, pp. 142-143 y 177 y siguientes.

⁴² *Ibid.*, pp. 252-254.

resultantes se fueron acercando más y más al modelo individualista, lucrativo y comercial de los demás países, reflejando los mismos problemas de índole burocrática, administrativa y moral, y de falta de motivación, aunque cabe reconocer que en el caso boliviano se llegó a estimular una mayor participación popular.⁴³

No sólo la frustración de la revolución boliviana y el cierre del ciclo histórico de la mexicana dejaron en pañales los modelos propios de cooperación popular en la América Latina, sino que las reformas agrarias de otros países (con la posible excepción de Chile) tampoco han registrado el éxito de sus propias cooperativas. Los estudios realizados en Colombia, Venezuela y Ecuador así lo indican, con el cierre sucesivo de cooperativas estatales o el abuso en las existentes. En vista de que en estos países se persiste, por el contrario, en seguir imitando los modelos extranjeros o imponiendo las pautas decantadas ya conocidas del cooperativismo "universal",⁴⁴ puede observarse ahora lo que

⁴³ Observaciones personales del autor en el área altiplánica y en partes del Alto Beni, en Bolivia, 1962. La frustración de la reforma agraria boliviana es tema de varios estudios importantes. En lo concerniente al sector cooperativo campesino, véase el de Antonio García Nossa, "La reforma agraria y el desarrollo social en Bolivia", *El Trimestre Económico*, Vol. 31, Nº 123, julio-septiembre 1964, en que se culpa al "atraso del Estado" que frenó el desarrollo democrático en nivel local, permitiendo "la distorsión caudillista o burocrática del sindicalismo".

⁴⁴ Acaban de publicarse en Bogotá dos libros que son sintomáticos de esta persistente desorientación: la traducción de la bibliografía de Federico Guillermo Raiffeisen, escrita por Franz Brauman (ya citada antes), y el texto de Charles Gide, *Cooperativismo*, Bogotá, *Publi-Coop.*, 1968, este último reproducción de la primera edición española publicada en Buenos Aires por la Federación Argentina de Cooperativas de Consumo, en 1944. El gobierno colombiano, además, ha solicitado al Fondo Especial de las Naciones Unidas asistencia técnica por más de un millón de dólares para iniciar programas de fomento cooperativo diseñados según la misma orientación ya conocida. Esto, a pesar de la cautela que pide otro técnico extranjero, el cooperólogo sueco Jack W. Arnés (*Las cooperativas, instrumento para el desarrollo*

emerge de la Revolución Cubana, en su esfuerzo de reorganizar los sectores campesinos.

En efecto, cabe recordar que en Cuba, al inicio de la revolución, se estimuló la creación de "sociedades cooperativas" para la explotación colectiva de la tierra. Un número de ellas demostraron ser irrentables y fueron disueltas, demostrando su ineficacia dentro del nuevo contexto revolucionario.⁴⁵ La política oficial subsiguiente fue, comprensiblemente, la de no apresurar el proceso cooperativo. Esta política de cautela tuvo el buen efecto de evitar que se siguieran las decantadas pautas del movimiento cooperativo internacional, con su tendencia a revertir al principio del lucro e inducir la descomposición social, y que en cambio se empezara a experimentar con nuevas formas de cooperación que respondían a la realidad del proceso de reestructuración socialista del sector agrícola en Cuba. Así, comienzan a aparecer grupos campesinos organizados (incluyendo pequeños propietarios) que racionalizan la introducción y utilización de la maquinaria agrícola, supervisan la distribución de elementos y materiales (como el abono químico), colectivizan e intercambian su fuerza de trabajo, ajustan sus fincas a la planificación de la producción y ejecutan otras tareas culturales y materiales que les llevan a las metas que, en otras circunstancias, serían también las del cooperativismo bien entendido. Estos organismos son elementales, y "las normas cooperativas son tan simples que muchas veces toman el aspecto de una gestión de cooperación y no de una cooperativa".⁴⁶

en Colombia, Bogotá, *Tercer Mundo*, 1966), que no ve porvenir sino en las cooperativas empresariales y de empleados, tipo *Avianca* o *Tubos Moore*.

⁴⁵ Carlos Rafael Rodríguez, "La segunda reforma agraria cubana: causas y derivaciones", en Óscar Delgado, editor, *Reformas agrarias en la América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pp. 540-546. Cf. Jacques Chonchol, "La reforma agraria cubana: realizaciones y perspectivas", *El Trimestre Económico*, Vol. 30, Nº 117, enero-marzo 1963, pp. 69-143.

⁴⁶ C. R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 545.

Así, el gobierno cubano sorteó la trampa que había afectado negativamente a las revoluciones boliviana y mexicana en el campo de la cooperación campesina, y en cambio estimuló la adaptabilidad local. Claro que el modelo resultante (hasta ahora) es peculiarmente cubano y refleja la facilidad de la transición efectuada en la isla de la economía agraria de plantación de antes de la Revolución a la economía agraria socializada actual. Pero señala la pauta a seguir en cuanto a la orientación de las políticas nacionales, para basarlas en los hechos y en las realidades locales. Hoy se puede hablar de una etapa "poscooperativa" en Cuba —sin haber pasado por la etapa cooperativa previa al estilo clásico—, en la que todo el país (y más el sector rural) se podría considerar como constituyendo una "república cooperativa". Es dudoso, por supuesto, que ella se conciba al estilo de Poisson. Parecería que ciertas unidades de producción y trabajo, como las "brigadas de ayuda mutua" de la región cañera de la provincia de La Habana, constituyen núcleos "poscooperativos" de esta nueva estampa, que han logrado resolver los problemas de participación social y económica, educación y difusión técnica de las antiguas cooperativas en el medio campesino cubano.⁴⁷

Conclusión: ni colonialismo ni marginalidad

De tales experiencias sin parámetro conocido, que surgen de la realidad dinámica de la sociedad, podrían derivarse algunos modelos apropiados, sin el peligro de las incongruencias producidas por el colonialismo intelectual y las tendencias de imitación que han llevado a tantas frustraciones políticas, despilfarros económicos y leyes inocuas en nuestros países. Una cosa parece cierta: que los modelos propios, obviamente, no podrán sujetarse más a las

⁴⁷ Observaciones personales del autor en Cuba, junio, octubre y diciembre de 1969.

pautas rochdalianas. Ya desde hace cuarenta años (o desde hace un siglo, si se cuentan los primeros intentos mexicanos inspirados en Garrido) se ha acumulado suficiente evidencia sobre este particular para seguir insistiendo en el mito decantado de los pioneros y de la calle del Sapo.

Hay algo obviamente equivocado en esta política tan consistentemente negativa: su falta de autenticidad, como hemos tratado de demostrarlo. Es posible que los famosos siete principios hayan sido funcionales para Europa y los países avanzados, y que representen la quintacencia del cooperativismo adaptado al medio ambiente de esos países. Pero ello no les debe hacer indispensables puntos de referencia para la América Latina, en tal forma que nuestros actos y nuestras iniciativas tengan que juzgarse sólo según aquellas pautas y normas.

Hemos visto que los siete principios no se traducen bien a la realidad latinoamericana, lo cual no hace a ésta necesariamente mejor o peor que la europea, la norteamericana o la israelí. Hemos visto también que las únicas "cooperativas" que sobreviven y crecen en nuestro medio son aquellos negocios y entidades empresariales que se adaptan a la estructura económica tradicional y operan dentro de su margen de seguridad, tornándose en mecanismos de ajuste para el sistema en transición y dándole el lustre falso de la modernización. Brindan una ilusión de mejoramiento colectivo al pueblo para evitar las explosiones violentas de la injusticia, sin resolver los problemas más fundamentales de índole económica, cultural y social. Por eso, aquellas cooperativas relativamente modestas que se organizan en nivel local y que responden, por lo mismo, a alguna urgencia real de obreros o campesinos, nacen con sentencia de muerte prematura.

De todos modos, las alternativas existen, y la actual coyuntura histórica de la América Latina invita a seguir una vía propia que lleve a resultados más positivos. Evidentemente, el tipo de cooperativismo a medias que hemos

estudiado, traído de fuera y fomentado en nivel internacional, sirve para efectos del cambio marginal tolerable. Pero, a la corta o a la larga, este tipo de soluciones tímidas no será satisfactorio para nadie y se buscará una nueva forma de acción social y política. De ahí que las agencias internacionales y nacionales —laicas o eclesiásticas— que fomentan el cooperativismo se encuentren hoy ante un verdadero dilema: seguir apoyando los programas reformistas conocidos, en que no se ganan sino cambios marginales, se forman agricultores o artesanos con mentalidad de pequeños empresarios que luego explotan a sus prójimos, y se refuerza la estructura social existente, contradiciendo así las metas proclamadas del desarrollo económico y social; o, en cambio, adoptar una política más decidida de enfrentamiento, basada en factores humanos locales que permitan dar ese definitivo y necesario paso adelante, y que refleje la experiencia creadora de los grupos nacionales que están comprometidos con una verdadera transformación social, política y económica.

Se impone una política cooperativa más consistente y menos colonial. En cualquier forma, no parecería conveniente seguir difundiendo los modelos decantados clásicos del cooperativismo, ni sus héroes e ideólogos, ni las técnicas derivadas de ellos, todo lo cual ha demostrado su ineffectividad y su incongruencia con las realidades latinoamericanas. Parecería mejor buscar información fresca sobre los esfuerzos de cooperación real en nivel popular que surjan en la región —especialmente aquellos que retan al *statu quo*—, para estimularlos y derivar de ahí nuevas enseñanzas y técnicas y, si se quiere, descubrir nuevos y más genuinos héroes y temas culturales.

En conclusión, el nuevo tipo de cooperativismo que se necesita en los países de América Latina es aquel que reacciona de manera significativa —y no marginal— ante los defectos y las contradicciones socioeconómicas actuales; aquel que destaca y proyecta hacia el futuro el propósito de una sociedad abierta y justa, y que combate realmente

los intereses creados basados en el lucro y la competencia egoista. Es el cooperativismo que busca la liberación decisiva del pueblo trabajador, que hasta hoy ha pagado los costos del desarrollo sin recibir beneficios adecuados a su sacrificio.

En toda lógica, a juzgar por los datos históricos y el análisis del proceso de formación —y deformación— de la política cooperativa en la América Latina, no podría concluirse sino de la siguiente manera: examinemos lo indígena, aprendamos de lo nuestro y hablemos de lo propio.

Entre nosotros mismos se encuentran en botón las nuevas formas de asociación humana que harán posible el florecer de un orden social superior en la América Latina. Son expresiones sociales que no hemos podido descubrir ni utilizar con plenitud por nuestro prurito de imitación ante lo que hacen o dicen en otras latitudes, por nuestra tendencia colonialista a subvalorar los talentos y cualidades de nuestro propio pueblo.

EL PRO Y EL CONTRA DEL RETO

Una de las características de nuestra ciencia imitativa es la de no contar con suficiente información ni documentación sobre casos como los que anteceden, que pueden multiplicarse en lo educativo, lo comercial, lo artístico, etc. La situación se explica: análisis como éstos sirven para revelar los mecanismos sociales que han venido funcionando para mantener el *statu quo*. Siendo que parecen actuar también con ese objeto, ¿para qué preocuparse? Evidentemente, quienes se preocupan de tales cosas no pueden ser sino agentes provocadores o científicos rebeldes, comprometidos con la subversión del orden existente. En consecuencia, mientras más silencio e ignorancia haya sobre estos asuntos, mejor.

Aún así, el mero escarbar por tales campos dramatiza la crítica situación por la que pasan las masas latinoamericanas y, con ellas, quienes las dirigen y orientan. Ni siquiera los científicos comprometidos con el *statu quo* pueden ignorar tales problemas: la situación se les evade y descompone con gran rapidez, en tal forma que se agotan las formas de parche, de acomodo, de bombero, de reforma, en fin, de "desarrollo", sin que se logre aliviar los problemas encontrados. De ahí que la crisis actual del reformismo constituya, en esencia, también la crisis de toda una forma de vida y de su concepción explicativa; es decir,

de la ciencia y del conocimiento sobre los que se ha construido.*

El reto del Informe Rockefeller, como hemos visto, lleva este problema al clímax, bajo el signo del mercado del dólar y de la espada de Damocles del Pentágono y el Consejo Interamericano de Defensa. Frente a la crisis del reformismo se aconseja ahora oficialmente la imposición de medidas de violencia. A la amenaza político-militar siguen la coacción científica y tecnológica y la penetración cultural y espiritual. Así se cree que terminará, de una vez por todas, la crisis social.

Pero tampoco podrá haber más enfermo, porque la medicina viene a ser más perjudicial que la enfermedad. Con tal política, los Estados Unidos alienan a aquellos de sus amigos que esperarían una posición más positiva, más comprensiva, menos dogmática y macartista. Es una política que aleja más que une a los pueblos del norte y del sur, que dramatiza las incongruencias internas del imperio y que mina su credibilidad.

Hemos visto cómo la ofensiva cultural hemisférica ya va andando. Está debilitando la autonomía intelectual y científica de la América Latina, lo único que le queda a ésta como identificación de su personalidad y de su historia. Los ejemplos de infiltración cultural que se presentan en capítulos anteriores revelan en cierta medida los peligros que se afrontan, los despilfarros que han ocurrido y que van a venir, las humillaciones que se esperan. ¿Qué podemos aprender nosotros, científicos del Tercer Mundo, de ese avance de Armagedón que pretende reducirnos a robots y servidores de modelos extraños, pero que nos con-

* Véase un análisis de los mecanismos o "leyes" del reformismo (desarrollismo) en América Latina, vistos a través de la organización campesina, en el volumen *Estudios de la realidad campesina* (Nº 2 de la serie sobre "Instituciones rurales y el cambio dirigido"), publicado por el UNRISD (Instituto de las Naciones Unidas de Investigaciones para el Desarrollo Social), Ginebra, Suiza, 1970.

sume al mismo tiempo de inanición porque chupa como sanguijuela nuestros recursos de toda clase, que son muchos? ¿Será que estamos condenados a servir siempre de carne de cañón, como objetos de una política fabricada en otra parte, como curiosidades antropológicas que van a adornar museos e institutos de lugares extraños?

Por fortuna ha habido casos que nos señalan la vía autónoma y que nos enseñan una gran lección: mientras más latinoamericano, mayor el respeto que se suscita en nivel universal. Se es respetado por lo que se es, no por lo que se imita; por el aporte propio, que crea un nicho en la ciencia o en el arte mundial. Es así como fulguran personalidades como Caldas, Finlay, Lleras Acosta, Houssay, Fernando Ortiz, que sin perder su esencia latinoamericana, sin dejar de echar raíces en su propio medio, merecieron el respeto universal. Es la razón de ser y la gloria de un Rivera, de una Mistral, de un Neruda, de un García Márquez. Éstos son genios de la cultura latinoamericana que lograron liberarse del servilismo que ha caracterizado a muchos de nuestros intelectuales y artistas. Levantaron la cabeza y vieron el verdadero horizonte de nuestro pueblo. Contestaron anticipadamente el reto de Rockefeller, cada uno en su sitio y en su época.

Tener estas actitudes de rebeldía intelectual puede parecer peligroso a algunos, como un salto al vacío que llevará a la pérdida de lo que ya tenemos en el campo de la cultura, la ciencia y el arte, porque pertenecemos todos a la corriente de la civilización occidental. Esta crítica no se justifica, a menos que se piense según los marcos de referencia y los criterios de importancia que nos tientan desde afuera. Si se recuerdan las becas, prebendas y cargos que dependen de ese contacto con las instituciones dominantes extranjeras (y con algunas nacionales); si se aceptan porque sí los modelos y conceptos que hemos aprendido en libros y sistemas importados, podríamos llegar a tener la sensación de que saltamos al vacío. Pero la experiencia puede ser sorprendente: el tal vacío no existe sino

en cuanto a la parquedad intelectual. Hay vacío donde no se trabaja, donde no se piensa, donde no se investiga y se pregunta y se critica. El rigor de la ciencia es disciplina personal, y ésta no se aprende ni se guarda necesariamente en medios artificiales extraños: se lleva consigo, se madura y fortalece en el contacto con la realidad ambiente.

Por eso el esfuerzo de tener ciencia propia y de librarse del colonialismo intelectual es tarea esencial, así en nivel personal como en nivel colectivo. Y este esfuerzo, riguroso y serio, ganará el respeto del mundo y se unirá, tarde o temprano, a la corriente intelectual universal. Pero esta relación ya será en otro plano: de igual a igual y no de dominante a dependiente.

¿Qué se puede perder con una decisión del tipo que proponemos, si casi nada escapa ya, en nuestro medio, a la órbita agigantada de la homogeneización a lo Puerto Rico y del mercado de consumo a lo obsoleto? Ciertamente, el reto de Rockefeller puede galvanizar el poderío latente de nuestro subcontinente, para producir una nueva sociedad, con una cultura y una ciencia remozadas. Dejad, entonces, que se frunza el ceño ante la ciencia rebelde y subversiva, la sociología de la liberación, el compromiso y el estudio de la crisis. Dejad que se rompa el cordón umbilical con nuestras madres putativas de las zonas templadas.

Las leyes estadísticas sobre la distribución normal de la inteligencia pueden seguirnos favoreciendo. Nuestro pueblo seguirá en acelerado crecimiento en todo sentido. Pero faltaría la decisión del trabajo arduo y constante. Los científicos e intelectuales deberíamos estar a la cabeza y dar ejemplo, con nuestra industriosidad e ingeniosidad, con nuestra adaptabilidad creadora, con nuestra filosofía de servicio, con nuestra seriedad de propósitos.

¿Será esto una simple ilusión? No necesariamente. Otros pueblos —aquellos que hoy nos dominan— nos han mos-

trado cómo trabajar para realizar algunos ideales. El reto destaca la acción e impele hacia adelante. O ciencia rebelde, nueva, constructiva, o ciencia de segunda clase, imitativa y desadaptada. Se juega el porvenir de nuestro pueblo, su propia identidad, su explicación de sí mismo, su razón de ser. La suerte está echada. Puede ser que recordemos ese porvenir.

BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO - 8 DE LA R



2 9004 00152276 1